MARIANO AZUELA

EL PADRE AGUSTIN RIVERA

EDICIONES BOTAS - MEXICO

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elpadredonagusti00azue

El Padre Don Agustín Rivera

MARIANO AZUELA

LIBRARY OF PRINCETON
DEC 5 1996
THEOLOGICAL SEMINARY

EL PADRE DON AGUSTIN RIVERA

EDICIONES BOTAS

1942

Propiedad del editor, asegurada
conforme a la Ley.

Hecho en México.—Imp. "Veracruz". Eric. 12-91-54

Dr. Agustín Rivera a los 85 años de edad.

PROLOGO

Se han publicado algunas breves biografías del padre don Agustín Rivera, pero, incluso la que él mismo revisó a su protegido y amanuense don Rafael Muñoz Moreno, ninguna es completa. En cambio en las numerosas obras que dió a luz está fielmente escrita su autobiografía. Su personalidad es tan vigorosa que se impone en cada libro, folleto y hoja suelta salidos de su pluma. Aparece siempre él: el hombre con sus cualidades y defectos; su despejada inteligencia, su memoria prodigiosa, su ímpetu no domeñado por la lucha, las enfermedades, la senectud, la pobreza y la miseria; su mordente ironía; su candorosidad infantil traducida en minucias ociosas y observaciones redundantes; su apasionamiento ciego, a veces, por sus opiniones, y cierta falta de ponderación y equilibrio, en otras.

Difícil será para algunos valorizar con tino y equidad la vida y la obra de este sabio. Su gran veracidad lo obligó a ser un gran sincero. Y hoy a la sinceridad se le llama impudor o tontería. Cuando un hombre se presenta tal cual es, se le desprecia o se le hace objeto de sarcasmos.

Vivimos un instante en que los hombres descienden voluntariamente con gozo y satisfacción a la categoría de insectos, tomando la forma y el color de la hoja o del tallo con que se nutren. La mistificación y la mentira son la base de nuestras relaciones sociales y

trascienden en todas sus manifestaciones. El hombre pone su mayor afán en hacer de él no sólo una mentira para los demás sino para sí mismo.

Por otra parte el pensamiento liberal que fluye incesantemente de sus libros es inactual. Su ciclo terminó cuando sus jurados enemigos, los que ayer negaban las libertades humanas como inspiraciones del demonio, ahora oprimidos por una pasajera subversión de hombres y valores, en masa piden clamorosamente esas mismas libertades que tanto deturparon.

Por medio de artera y mañosa propaganda, sus enemigos, hábilmente auxiliados por publicistas irresponsables, mantienen el confusionismo y la mentira en torno del hombre y su obra. Lo presentan como un escritor adocenado, hispanófobo mezquino, vulgar jacobino y uno de tantos utópicos del positivismo y de "la era del progreso".

Basta citar unas cuantas frases tomadas al azar de sus obras para desmentir tales especies.

Hoy está de moda hacer elogios desmedidos de don Lucas Alamán, como descubrimiento de la última hora. Cuando era una herejía pronunciar ese nombre entre los liberales, el padre Rivera escribió: "En mi humilde juicio los sabios de más valía que han aparecido en la República Mexicana son el padre Nájera y don Lucas Alamán."

Siendo defensor inquebrantable de la Independencia y de la Reforma, así se expresa de los conservadores intervencionistas: "la mayor parte de los imperialistas abraron de buena fe, porque el caos producido por la revolución de Ayutla era para pensar de buena fe en otro sistema de gobierno".

Su criterio como investigador de historia se pinta en una línea: "El padre Las Casas merece poco crédito como historiador por su parcialidad en favor de los indios."

He aquí una muestra de su hispanofobia: "Los males que los españoles hicieron a México fueron mucho menores de los bienes que les hicieron."

Y de su POSITIVISMO: *"Los que creen que el progreso material es lo principal del progreso humano, dan indicio de no haber pasado del silabario... Con verdad y justicia el padre Félix en el púlpito de Nuestra Señora de París habla así de los positivistas: "Yo os conjuro por la ciencia misma: vuestra obra no es un edificio levantado con verdades nuevas, para que se cobije con él el ingenio del porvenir; es la prisión del espíritu."*

No, la inquina de sus enemigos deriva de causas cautelosamente mantenidas en la sombra: es el crimen de haber exhibido a los dominadores y explotadores de México Colonial con documentos pacientemente recogidos y al alcance de cualquier lector para su fácil comprobación, y de haber demostrado la incomprensión de la inmensa mayoría del clero mexicano de nuestras luchas de Independencia y de Reforma.

El Dr. D. Alejandro Martín del Campo, hombre muy ilustrado y poco devoto del padre Rivera, escribió: "El Dr. Rivera es uno de aquellos hombres que no sólo se han distinguido por su amor a la verdad y por su afán para buscarla, sino principalmente por su valor para decirla."

Y el padre Rivera tuvo que seguir la suerte de todos los que han tenido ese valor.

Si incurrió en errores consagrando su vida a la defensa de México libre e independiente, los comparte con los espíritus más generosos, abnegados y optimistas de su tiempo, y no son ciertamente de los que tenga por qué avergonzarse.

La obra del padre Rivera, impresa en papel de ínfima calidad, en tiros limitadísimos, trunca y dispersa ya, está destinada a desaparecer muy pronto, a menos que algún prócer simpatice con este noble espíritu y quiera salvar lo que queda.

El propósito de las páginas que siguen es rendir homenaje a esta apasionante figura del México del siglo XIX, *recogiendo algunos rasgos salientes de su vida y de su obra.*

CAPUCHINAS

En la cristiana quietud del pueblo, lo mismo en las frescas mañanas de octubre que en las tibias de mayo y las heladas de enero, a las cinco y media en punto cantan los campanarios del poblado con acompañamiento de tordos en la alameda de las márgenes del río, de gorriones en los truenos de la plaza y en los huertos, de saltaparedes en las cornisas y pretiles de las casas. Canta también el agua de la Acequia bajando por el Chorro en borbotones sobre el relavado pedregal del río.

Dando segunda llamada de misa aparecen por la calle, a paso tardo y apagado, mujeres arropadas en negro de los pies a la cabeza. Si acaso, por algún descuido, asoma la orla de una toca blanca.

Gente de pueblo se baja de la banqueta y sombrero en mano las saluda, como a los sacerdotes, con cariño y reverencia.

Veinticinco son las monjitas recogidas en dieciocho casas distintas, por la piedad de algunos vecinos. En 1863 fueron treinta las exclaustradas.

Hoy 12 de mayo de 1868 acaba de tomar posesión como capellán y director espiritual de las Capuchinas, el padre y doctor don Agustín Rivera.

Está recién venido de Europa a donde fué en viaje de estudio. No es un desconocido porque nació en el mismo pueblo y aquí ha vivido muchos años.

Pasado de la madurez, muestra en su cabeza, naturalmente rizada, muchas hebras de plata. Su aspecto es noble, imponente, pero sin afectación ni arrogancia. No muy alto y un poco obeso; su frente es comba y despejada; bajo unas cejas pobladas chispean con vivacidad extraordinaria sus ojos color de olivo. Pero lo que más atrae de su rostro es una nariz de perfección griega irreprochable. Sus labios bondadosos, suelen levantarse en sus extremos por un plieguecillo de fina ironía.

El pueblo es devoto, sin gazmoñería. (Están frescos los recuerdos de Pedro Moreno y viven numerosos descendientes de los que pelearon heroicamente en el Fuerte del Sombrero.) Artesanos de camisa y calzón blanco, peones descalzos o de guarache, albañiles de manos curtidas, comerciantes apurados, humildes mujeres de rebozo, damas de tápalo de merino, todo el mundo hace hilo en esta temprana hora a oír su misa antes de comenzar sus faenas habituales.

Cada templo tiene sus preferencias. A la Parroquia, especialmente los domingos y fiestas de guardar, ocurre la florida juventud, las muchachas más hermosas y los jóvenes más gallardos, aparte de cuantos presumen su vestido nuevo. A la misa de ocho van los recién casados, y es hora de cita para los novios. Es una misa muy iluminada, más que por las dos velas de cera del altar, por centenares de ojos relucientes de radiante juventud. La Parroquia no está reñida con la santa alegría de vivir y allí se cumplen los mandamientos de la Ley de Dios amando "a tu prójimo como a ti mismo: amén".

Pero Capuchinas no es halago para los sentidos. Sus paredes austeras y en sombra, su ambiente silen-

cioso y frío, invitan a la meditación. Es el templo de las monjitas de vivir austero y pobre, de los insomnes ancianos y valetudinarios que la cama expulsa en cuanto asoma la luz, de los enfermos desahuciados y de cuanta gente se ha resignado a volver sus ojos al cielo.

La misa comienza a las seis, y después del Evangelio el capellán suele despojarse de su casulla, arrellanarse en un sillón, de cara a sus feligreses, y dar una breve plática que monjitas y seglares escuchan con gran devoción.

*
* *

En la piedra que sirve de clave a la gran puerta de comunicación entre la sacristía de Capuchinas y las habitaciones del capellán, hay un letrero: USURAE IN CALAMO, usuras en la pluma. "Con estas palabras quise expresar mis esperanzas de que con mis pobres escritos ganaría más de lo que había ganado con empleos honoríficos en Guadalajara, durante trece años."

Disfruta de la más alta estimación y del más profundo respeto de todas las clases sociales. Pero en los pueblos abundan las gentes desocupadas que divierten sus largas horas hurgando vidas ajenas. El caso del nuevo capellán de Capuchinas los intriga y los pone a cavilar. Es muy extraño que un sacerdote tan ilustrado como el señor doctor Rivera, que tantos años fué catedrático del Seminario, después de su viaje a Europa, venga a recluirse en este pueblo tan triste y tan feo. Y más extraño todavía que haya aceptado un puesto por el que recibe por toda remuneración un sueldo de quince pesos mensuales.

Pero las monjitas dicen que están encantadas con su nuevo director espiritual, que es muy sociable y platica mucho con ellas. Lo mismo dicen muchos artesanos que viven con un real o real y medio a lo más, rancheros ingenuos que lo llevan a confesión, abarroteros de barrios pobres que lo convidan a que les bautice un hijo y otras gentes sin el sentido práctico de la vida. Es lo más justo del mundo que un hijo del pueblo que sabe tanto, algo les enseñe a sus hermanos y que se encierre a leer y a escribir en su casa si en ello tiene gusto.

La casa del capellán es de dos pisos y consta de sala, amplia biblioteca, algunas recámaras, cocina y comedor. En el fondo hay una especie de terraza o mirador a cuyo pie corre el río siguiendo por la espalda de la iglesia y el convento.

Pueblos inmediatos, que tienen envidia a los buenos vecinos de Lagos, han inventado cuentos muy divertidos. Dicen que cuando el padre Parada se aburrió de conjurar el río en sus grandes crecientes, llevando cruz alta, ciriales, hisopo, etc., después de una tremenda inundación que se llevó los jacales de la Otra Banda e hizo brotar como fuentes los resumideros del convento, arrojando el agua hasta cerca del Rosario, temiendo con justicia por la vida de las monjitas, muchos vecinos tomaron una determinación heroica: se juntaron los más vigorosos para empujar iglesia y convento fuera del cauce del río. Parece que, en efecto, consiguieron retirarlo más de diez varas de su sitio; pero el río se encaprichó a seguirlos y continuó pasando igual que antes. Desde entonces se resignan las señoras decentes a conjurar las negras culebras que en tiempo de aguas se forman y rugen en el cielo y a

desbaratarlas persignándolas con la vela de Nuestro Amo, al son de la campanita consagrada.

Y bien, en ese mirador se instalan mesas, sillas y servicio para la comida 'que me es muy grata teniendo a la vista muchas huertas de árboles frutales e inmensos campos que rematan en los crestones de Comanja".

En una de las recámaras hace pintar el Padre Nuestro en latín, francés, inglés, italiano, portugués, azteca y tarasco. Esa oración admirable le da tema para muchas de sus pláticas en la misa de las monjitas.

Cuando quiere predicar, basta un toque especial de la campana de la iglesia para que la gente acuda y pronto la llene a reventar.

"Del balcón de mi sala veo a cuatro calles de distancia la recámara donde nací." Es una casa polvosa y parda en la plaza, desde una de cuyas ventanas vió muchas veces enterrar muertos en el atrio de la parroquia. Igual que la plaza principal, el atrio carecía de pavimento y por temporadas verdegueaba en grandes cuarterones la cebada. Allí pacían las mulas de la "estufa" de Nuestro Amo y a veces se metían en el templo, poniendo en grandes apuros al señor cura y al sacristán para echarlas fuera.

Bien abiertos los ojos al paisaje dulcemente melancólico, bajo un sol deslumbrante, un cielo purísimo, luminoso e insondable, perdurará el recuerdo en su cerebro y en su corazón con matices imborrables. "He vivido en París, en Londres, en México; pero en ninguna parte tan contento como en este rincón de Lagos". Jamás de sus labios ni de su pluma saldrá una palabra para su querido terruño que no sea de elogio. Si permite un día que lo arranquen de sus ama-

dos terrenes para ir a morir lejos de ellos, es cuando la senectud lo deja a merced de influencias extrañas.

*
* *

Agustín Rivera y Sanromán pertenece a una familia decente, bien recibida en la sociedad. Don Pedro de Rivera, su padre, natural de Chiclana, peleó valientemente en defensa del gobierno colonial y por sus hechos de armas Fernando VII le otorgó el grado de teniente de milicias. Si muchos españoles tuvieron que emigrar al triunfo de los nacionales, don Pedro, siempre estimado por los laguenses, no abandonó la población. Doña Eustasia Sanromán, su madre, descendía del acaudalado español don Andrés Sanromán, avecindado en Lagos en 1696. Don Antonio, padre de esta señora, difrutaba de moderada fortuna, habiendo sido alcalde de la ciudad.

Muchos Sanromanes fueron dueños de grandes caudales y haciendas y otros se quedaron en la indigencia, porque al que baja en vez de tendérsele la mano se le mete zancadilla y porque siempre al pescado grande le gustó comerse al chico. Hubo pues de todo en la familia; Sanromanes que dieron lustre al apellido, como el presbítero y doctor don Clemente, catedrático de filosofía en el Seminario de Guadalajara, secretario del Gabildo Eclesiástico, fundador y redactor único del periódico conservador "El Error", y algunos jesuitas, clérigos seculares y monjes.

Sanromanes pobres y de aventuras fueron sus tres tíos abuelos que encabezaron guerrillas de insurgentes. Uno estuvo en las filas de Hidalgo y murió alanceado

en la hacienda de Jalpa, otro fusilado por los realistas en la Villita y el otro recogido en su vejez y hasta su muerte en la casa de su sobrino el padre don Agustín Rivera.

Parece que a los Sanromanes ricos no les simpatizaron gran cosa sus parientes pobres y vieron con espanto a los liberales. Por lo que el padre Rivera un buen día le amputó lo Sanromán a su apellido.

Recibe, por consiguiente, la educación esmerada que corresponde a los de su clase. Los padres tienen como deber sagrado preservar a sus pequeños de contactos corruptores. Eligen sus amistades exclusivamente entre niños de su misma clase. Es magno problema para la familia escoger la escuela. Si el padre se lo confía al maestro "con todo y nalgas", es porque el maestro con su acrisolada conducta se ha hecho acreedor a ello. Hay, en verdad, escuelitas insospechables, donde priva una inocencia angelical, como la de nana Juanita y nana Sanjuanita, que enseñan a deletrear en un catecismo antiquísimo: "Se..ra..phi..nes. Se.. ra..ra..pichi..nes." Pero en la calle del Calvario tiene la suya don Ramón Méndez que no sólo enseña el Ripalda, sino las cuatro reglas elementales de la aritmética, lectura, escritura y hasta algo de urbanidad. Como el chico demuestra aplicación y talento, de allí pasa a una lancasteriana, donde se gana desde luego el puesto de monitor.

* * *

En plena salud y con alegría, el padre Rivera se entrega desde el primer instante a la organización de su trabajo. Instala su biblioteca, enriquecida con obras,

cuadros, objetos de arte, arqueología, curiosidades y recuerdos que trajo de Europa. De orden y disciplina, procura la distribución de su tiempo con el maximum de provecho y el minimum de esfuerzo. Se levanta al toque del alba y a menudo ve aparecer la aurora tras las azuladas montañas, una de cuyas prominencias señala el histórico Cerro del Sombrero que dió fama a Pedro Moreno y a sus heroicas huestes. Cuando sale el sol ya está diciendo misa. Hace una hora de ejercicio, luego se encierra en su estudio a meditar, a leer o a escribir, hasta el mediodía. El trabajo intelectual es su placer más grande, como el de todo escritor nato. Eminentemente sociable, pronto llega el día en que no falta amigo a su mesa, "que aunque frugal es variada y abundante". Juega uno o dos tutes sin apostar y se fuma un puro de Tuxtla. Invariablemente duerme una hora de siesta y destina el resto de la tarde hasta el obscurecer a la confesión de las monjas, cuya regla las obliga a hacerlo cuando menos una vez a la semana.

No lee ni escribe una línea con luz artificial. Hace o recibe visitas hasta las diez de la noche, hora en que se mete en su cama. "Las leyes de la sociedad son duras, pero más dura y terrible es la soledad." Su trato con gentes de distintas condiciones económicas, sociales e intelectuales, enriquece sus pensamientos. "Porque los libros sin la sociedad son como las plantas sin aire y sin luz."

En cuanto pone la cabeza en la almohada se queda profundamente dormido y del lado que se acuesta despierta al toque de avesmarías. "Me agrada escuchar el canto del buho sobre la ventana de mi recámara, su monótono canto más frecuente cuanto más

se adelanta la aurora, hasta que alza su pesado vuelo de despedida."

Sor María Gertrudis, la madre abadesa de las Capuchinas, escribe de su Capellán en 1881: "es tan cumplido, que en este año sólo dos días dejó de decir misa y esto por enfermedad".

Con un sentido profundo de responsabilidad, una vez que acepta un cargo lo desempeña con la mayor eficacia. "Por genio soy inclinado a la exactitud en mis negocios."

Confesar monjas es tarea que requiere otros estudios y disciplinas que no se aprenden en los Seminarios ni en los viajes. Dedica, pues, algunas horas al estudio de los místicos ascéticos, Santa Teresa de Jesús, San Alfonso de Ligorio y Alfonso Rodríguez, que más tarde aprovechará en sus pláticas y sermones.

Conversardor amenísimo e interesante desde todo punto de vista, con facilidad atrae la atención de las monjas. Las más ancianas, contemporáneas de las fundadoras del convento, le narran historias muy curiosas, como la de una niña de año y medio, recién destetada y otra de cinco años, que vistieron a esa edad los hábitos monjiles como fundadores de dicho convento. Ratifica o rectifica los datos obtenidos, registrando los archivos de Capuchinas y obtiene material para escribir su "Noticia histórica del ex convento de las Capuchinas de Lagos".

Su afabilidad y buen humor, sus prendas personales, lo llenan de amigos. Platica con el sabio y con el ignorante, con el rico y con el pobre, con el inteligente y con el tonto y sabe ajustarse admirablemente a todas las capacidades. Ríe a grandes carcajadas porque siente que la risa aumenta la vitalidad de su cuer-

po y despeja de sombras su alma. Muy pasado de los setenta, todavía hará el elogio de la risa con Rubén Darío: "Bendigamos la risa porque es la luz de la aurora, el carmín del cielo, el trino de los pájaros. . ."

Individuos hasta de mínima cultura presumen amistad con él y muestran su autógrafo en los folletos que le han pedido. "A mi muy ilustrado compadre. . ." Porque el número de sus compadres excede ya de las páginas de su libro diario de registros donde apunta escrupulosamente el nombre de las personas que tal día lo han visitado y el día en que tendrá que visitar a don Fulano y a don Mengano. A nadie deja de pagarle la visita. No es raro encontrarlo sentado en un tosco banco de tres pies, a la sombra de un petate, pagando la visita al vendedor de las tunas en la plaza de San Antonio, o en San Felipe al que vende leña.

En onomásticos, bautizos, defunciones, matrimonios, etc., siempre acompañará a sus compadres o amigos.

Su popularidad desborda el pueblo. De la vecina población de San Juan de los Lagos viene una comisión a invitarlo a predicar en su venerado Santuario. Acepta y su sermón de Guadalupe, dicho en un quince de agosto, es una de sus mejores piezas sagradas. Sus feligreses la imprimen y reimprimen muchas veces y la Biblioteca de Oradores Mexicanos la conserva en las páginas de alguno de sus volúmenes.

MEMOR

Sin ser propiamente una ciudad monacal, en Lagos abundan los templos, desde el humilde del Calvario en lo más alto de la colina, hasta la Parroquia, magestuosamente sustentada sobre enorme plataforma

a muchos metros del suelo. El graderío pavimentado de anchas lozas de Comanja presenta las ondulaciones y desgaste del paso de millares de millones de devotos. Las gráciles torres del Santuario, la solemne y única de la Merced, las del Rosario mutiladas al nacer, las graciosas del Refugio y sus siempre alegres repiques en la soledad del barrio, la cúpula altiva de la Luz entre ramajes en perenne verdura. Y al fondo del caserío luminoso los pesados muros del convento de las Capuchinas, sus contrafuertes color de almagre y las enormes grecas blancas estucadas, que ni los siglos han podido borrar. Sobre sus carcomidos pretiles se levantan santos de cantera mutilados por las balas y por los años. "Centinelas de una fortaleza para no dejar penetrar al demonio ni a ningún profano mortal al convento Hoy mudos testigos de un monasterio vacío."

Dos fiestas anualmente se celebraban entonces, el Seis de Agosto y la Distribución de Premios a los niños más aventajados de las escuelas del Padre Guerra.

El *Seis de Agosto* se denomina la titular, en honor de *Nuestro Padre Jesús del Calvario*. Y como ocurre en todos los pueblos la fiesta profana apaga del todo a la religiosa. La ciudad, de suyo tan quieta y tristona, comenzaba a desamodorrarse cuando aparecían las avanzadas: cilindros callejeros, guitarras griegas, músicos ambulantes y, sobre todo, el *ante*. Una cantadora de cara cortada, sombrero galoneado, franela llameante de lentejuela, dos charros de voces guturales y aguardentosas, un bajo sexto y el arpa, con las últimas canciones de Tierra Caliente y del Bajío. Un truhán cualquiera llevaba sobre su cabeza el comal de barro con fleco de papel de china y adornado como zarzo de

banderillas, con el *ante* envuelto en trocitos de papel "a dos por medio y a cuatro por un real, mirando que el tiempo está tan fatal".

Luego, en húmeda y fresca tarde nublosa, al atronar de latones, tambora y platillos de la música de viento, seguida de todos los desocupados del pueblo. Todo el mundo a las ventanas; comadres y chicuelos a pedir una tarja, programa de las fiestas impreso en letras de oro, en papel de china de colores chillantes.

De la plazuela del Hueso se desalojan apresuradamente los puestos de manteca, chicharrones, menudo y demás comestibles, dejando el campo libre para la lotería, el volantín, los carcamanes, la ruleta y otros juegos de azar. La *Partida* se instala en la casa inmediata a la tienda de "El Seis de Agosto", con grandes espejos, guirnaldas y coronas de yerbas y flores, lámparas deslumbradoras y en el centro de la sala una larga mesa de tapiz afelpado, verde, con filas de pesos de plata reluciente.

Siete días dura la fiesta y seis son las calles principales que por turno se engalanan y por la noche se alumbran con cazuelejas y farolitos. El séptimo es de iluminación general. Entran las casas en competencia, se exhiben los mantones más ricos y vistosos, colgando de las puertas y ventanas. Hilos de papel picado van de una acera a la otra y por la noche se encienden pequeños faroles de papel y vidrio de vivos colores, y arden las cazuelejas intermitentemente sobre los pretiles. Las banquetas se convierten en estrados de las familias más bien puestas. El río humano que corre por enmedio se apretuja de cuando en cuando para dar paso a las carretelas de las "privativas" que han presidido las corridas de toros.

El vocerío ensordece: gritan en la plaza del Hueso el de la lotería, el del volantín, los de los juegos; gritan en las esquinas los pasteleros, ofreciendo sus piezas recalentadas en grandes ollas de barro que, con sus olores, los del pollo frito y las enchiladas, desafían el más rehacio apetito. La música de viento sube y baja desde la falda del Calvario hasta la orilla del río. La fiesta se cierra con la quemazón de los castillos en algún ángulo de la plaza principal.

El pueblo vive una semana de fiebre intensa: corridas de toros, carreras, peleas de gallos, bailes, jamaicas, días de campo y promesas muy risueñas de próspera natalidad para el año venidero.

La otra fiesta es el reverso: sin músicos de viento, sin farolitos, sin repiques, tiene una significación más honda para el adelanto de la población. Las familias más estrictas en la educación de sus niños no vacilan en enviarlos a las escuelas del Padre Guerra, porque han sido atendidas siempre por el profesorado más competente. Por tanto si la noche de la distribución de premios no hay pastorela, circo u otra distracción, además de los papás y las mamás, concurren todos los desocupados y ociosos a desaburrirse de la monotonía de sus horas.

Los pequeños agraciados se retiran con sus nanas en cuanto termina el reparto y sólo los mayorcitos con sus padres y la gente de edad se dan un atracón de arte y letras que les basta para el año. Hay para todos los gustos: discursos, versos, canciones, solos de violín y guitarra y recitaciones a granel. El programa iniciado a las nueve en punto, todavía a las dos de la mañana no deja ver la otra punta.

Fiesta de Inauguración

I

Aquella mañana fría de enero de 1869, en el exconvento de las Capuchinas se celebraba algo más importante que una repartición de premios. El ala noroeste de este edificio se acababa de transformar en colegio. Amplias puertas y ventanas daban paso al sol que en torrentes se derramaba hasta los corredores de entrambos pisos; los tecolotes y las lechuzas habían escapado a refugiarse en los escondrijos y hoquedades de los muros posteriores del edificio y los murciélagos a las enormes cocinas olorosas a humedad y jaramago y a las celdas llenas de sombra.

El patio principal, cubierto con una enorme vela de lona, estaba apretado de sillas y bancas para la concurrencia; adornadas las columnas de los corredores con yerba y rosas en coronas y festones bajo los arcos. Sobre amplia plataforma alfombrada, en el fondo, se levantaban la mesa y las sillas para el Rector y los catedráticos y una tribuna de baranda negra.

Era una fiesta excepcional, de largo tiempo esperada: la inauguración del Liceo de Varones del Padre Guerra, colegio destinado a la enseñanza preparatoria para las carreras de sacerdote, médico, licenciado, etc., aparte de una cátedra de dibujo lineal y constructivo y otra de música, exclusivamente destinadas a los artesanos y gente pobre de la localidad.

El presbítero don Miguel Leandro Guerra, hombre adinerado, nativo de San Francisco del Rincón y avecindado durante largos años en Lagos, amó a este pueblo como a su misma tierra natal y en su testamento le hizo un legado. No era un adocenado y supo comprender una de las mayores necesidades del país, cuando nadie se ocupaba de ello. "El porvenir es el de la agricultura, ella, ella sola es la que ha de resolver el problema del bienestar general." Sólo que en vez de resolverlo a la moderna, a nadie le robó dinero ni propiedades para hacer felices a los pobres: modestamente legó su hacienda de Santa Bárbara, a pocas leguas de Lagos, y algunos otros bienes, "para que con sus productos se establezcan dos escuelas primarias y una de agricultura teórico-práctica."

El obispo Barajas de Guadalajara fundó dos escuelas y dos cátedras de latín, pero no la de agricultura por no permitirlo el estado de agitación y revuelta endémica en que se encontraba el país. Más tarde el Ayuntamiento de Lagos fué encargado de la administración de esos bienes y con la colaboración desinteresada y entusiasta de algunos vecinos cultos se abrió el nuevo establecimiento.

Al atractivo de esta inauguración se agrega la novedad del discurso oficial encomendado a uno de los catedráticos, que lo es el nuevo capellán de las Capuchinas.

Sus sencillas pláticas en la misa le habían conquistado ya un selecto y numeroso auditorio, pero gentes de mayor cultura y bien enteradas tenían deseo de escucharlo en festival de importancia. Su fama de gran orador databa de hacía largos años, cuando en la Universidad de Gudalajara, invitado por los abogados para

predicar en ese templo, en su fiesta anual, dijo un gran sermón, que impreso era ya muy conocido.

Los viejos de Lagos se acordaron de un reparto de premios en una escuela, el viernes de Dolores, en que el pequeño Agustín Rivera y Sanromán ocupó la tribuna por vez primera. La sala estaba de bote en bote, en la sillería negreaban las cabezas, los altos peinetones de carey que valían una onza de oro, los solideos y las coletas de los clérigos y las blancas capuchas de los mercedarios. Codeábanse agricultores con ricachones inflados y sin quehacer, el médico y un abarrotero, el notario con el sacristán del curato, el boticario con el Leguito de la Luz. De cúbico levitón café y corbata blanca, el señor Maestro, auxiliado por los Monitores, de uniformes azules, con rocetones bordados de hilo de plata, recorrían el local, dando las últimas disposiciones para comenzar el acto. Presentes las autoridades religiosas y civiles, dos alcaldes sostenidos gravemente en sus varas de bejuco con borlas vistosas y empuñaduras de oro, se persignaron, dando así la señal del principio de la fiesta.

Cuando llegó su turno al orador, se produjo un rumor de risas y voces: bisbiceo de damas enternecidas, alegría de los papás conteniendo trabajosamente los aplausos, hilaridad de los chiquitines escolares al ver al compañerito de diez años ,de sotana, bonete y blanca sobrepelliz achinada.

Sereno, dueño de sí, con voz clara y bien matizada, con ademán natural y perfecto, el chico dijo de memoria, sin turbarse en una sola palabra, un sermón de la Virgen de los Dolores. Al terminar resonaron los aplausos y muchas personas se levantaron a felicitarlo, abrazándolo cariñosamente.

Ahora el medio era otro: en vez de los dos alcaldes presidió el acto, en representación del M. I. Ayuntamiento, don Camilo Anaya, liberal ameritado que no sabía persignarse. Fungió como rector un sujeto pacato y con aire de sacristán; el catedrático de filosofía era un periodista de ideas moderadas, el de historia, liberal. Con el laudable y desinteresado propósito del progreso intelectual de su terruño, hombres de los más cultos de la ciudad, habían prescindido de sus diferencias políticas y religiosas, en bien de la juventud, aceptando cátedras sin remuneración alguna.

El viejo catedrático de historia ocupó la tribuna y su palabra se adueñó en seguida de su culto auditorio, demostrando que sus merecimientos como orador profano corrían parejas con los ganados ya como predicador de gran fuste.

Agustín Rivera, su madre y dos hermanas

Años de Seminario

I

Cuando del Liceo vuelve a su retiro siente el remover de aguas dormidas, el calor de rescoldos mal apagados, el rejuvenecimiento de laureles marchitos. "Amaneció el memorable 15 de enero de 1869 en que una mano amiga (don Ventura Anaya) me llevó a sentar en la cátedra de historia del Liceo del Padre Guerra".

Nueve años antes había dejado el Seminario donde transcurrieron su adolescencia, su juventud y buena parte de su madurez, como alumno y catedrático. El Seminario y la Universidad de Guadalajara viven inseparables de su corazón: sus recuerdos abundan en sus charlas y escritos. Canto de amor y ternura es la dedicatoria de su libro "Los Dos Estudiosos a lo Rancio" a sus maestros, condiscípulos y discípulos de Guadalajara y Morelia. Su feliz memoria le permite citar nombres, fechas, hechos y anécdotas. Con igual cariño recuerda a su maestro el arzobispo don Clemente de Jesús Munguía, al obispo Verea, al licenciado don Crispiniano del Castillo "mi muy amado maestro, encorvado hoy sobre un bordón, bajo el peso de los setenta y nueve años, al borde de la sepultura, mirando allí el término de una docta cátedra y de un bufete pobre pero honrado"; a su compañero el licenciado Fermín Riestra, gobernador de Jalisco, y a sus condiscípulos "Juan Calera que murió arreando un hatajo de burros, Benito Ruiz haciendo iglesitas de popote a los setenta

años para mantenerse." Los sigue atentamente hasta su desaparición del escenario de la vida.

"Esta dedicatoria —escribe— es el canto monótono del ave al caer las hojas, es un tiesto de barro que contiene la flor del geranio, es una siempreviva marchita al calor de mi alma."

*
* *

"Es tan vivo que da miedo" —dijo doña Luz Ochoa, sorprendida de la facilidad con que el niño aprendió a persignarse, a cortarse las uñas y a escuchar el milagro de Santo Domingo que le quemó la cola al diablo con una vela de cebo. Confirma la previsión de la primera maestra, don Merced Gómez, el de la escuela del Calvario y luego los lancasterianos, después del sermón de Nuestra Señora de los Dolores.

El niño que revela dotes intelectuales y afición al estudio tiene sólo un camino abierto para cultivarlos: el Seminario.

Doce años tenía Agustín Rivera y Sanromán cuando terminó la escuela y se planteó a sus padres el problema de enviarlo fuera, a un colegio. Don Pedro había soñado en el Seminario de Guadalajara, pero sus negocios se habían puesto malos y no podía sostener los gastos. Acertó en esos días a llegar de vacaciones a Lagos el padre Portugal, amigo de la familia. Enterado del apuro, ofreció llevarse al chico al Seminario de Morelia, al amparo del obispo su hermano, aprovechando su influencia lo mismo que la del Rector su amigo. Loco de regocijo salió Agustín con el padre Portugal y otros dos seminaristas en carretela, por el camino de

León, en una mañana de 1834. Pernoctaron en esa ciudad y ya a solas lloró el muchacho recordando la salida: el valiente militar desprendiéndose de sus brazos, llorando; su madre doña Eustasia profundamente pálida y con una sonrisa congelada en sus labios, dándole una lección de carácter que valía toda una bendición.

Siete días duró el viaje. Se detienen sucesivamente en Silao, Salamanca, Celaya, Acámbaro, Indapécuaro y Morelia.

Todo ha cambiado ya ante los ojos asombrados del estudiante. El paisaje hermosísimo pero necesariamente limitado de su pueblo natal, ha quedado roto a la luz de nuevos panoramas. hombres nuevos y cosas nuevas. Desborda la alegría de su corazón y su inteligencia se afina. Despejado, talentoso, mejor se va dando cuenta de su superioridad mental. Su espíritu observador y satírico se despliega. Tras los altos muros del Seminario, sorprende con su charla amena, fresca y jocosa, con su inalterable buen humor, con su cabeza leonina y su acentuado perfil griego.

—Sí, el chico es muy simpático; pero frívolo e incapaz de pasar el mar.

¿Sí? Pues ahí les va una segunda sorpresa. El catedrático de gramática castellana, don Clemente de Jesús Munguía, sorprendido por la prodigiosa memoria, la fácil palabra y la incansable laboriosidad de su nuevo alumno, le señala desde luego uno de los primeros lugares de su clase y en seguida lo distingue como al predilecto de sus discípulos. (Muchos años después, Monseñor Munguía, Arzobispo de Morelia, se acordará de Rivera, ofreciéndole un sitial en el coro de la catedral.)

En el Seminario de Morelia amplía sus horizontes. Su carácter se comienza a definir: entusiasta, bromista, pero ocultando, sin proponérselo, lo que de más fuerte hay en él: su carácter. Comienza a reparar en las fuerzas antagónicas que dividen los espíritus, en el ambiente de inquietud que reina en todo el país; en la lucha encarnizada entre liberales y conservadores que comparten sus mismos maestros. Vagamente aparecen en su memoria las diferencias de sus parientes ricos con sus parientes pobres: las injusticias sociales, la enorme deficiencia de la educación escolar, las supersticiones y consejas en que el pueblo vive.

A los primeros truenos de mayo el Seminario entra en efervescencia: exámenes y vacaciones. Muchas horas extras de estudio a la luz escasa de una vela en altas horas de la madrugada. Insomnio en algunas noches por fatiga cerebral. Pero luego el entusiasmo de la partida. Han de salir en masa a la misma hora. De antemano han llegado mozos y arrieros que esperan con sus bestias en los mesones.

En León lo espera su padre, y al bajarlo en brazos, de su caballo, lo sacuden los sollozos. En el resto del camino se muestra tan reservado que el estudiante sospecha algo serio en la familia. En efecto, después de algunos días de su llegada a Lagos, sabe que don Pedro está en quiebra y enfermo. Sin embargo terminadas las vacaciones aún pueden enviarlo al colegio.

El desbordamiento de salud, los nuevos panoramas, su reingreso al alegre mundo estudiantil, echan un velo sobre sus penas. Más se acuerda, cuando sale en días de asueto a visitar al obispo Portugal que lo distingue con su afecto y le pregunta por los suyos.

Estudioso como pocos, no por ello es ajeno a mitotes y algaradas estudiantiles. Su buen humor le vale unos palmetazos del vicerrector, para quien no cuenta el diploma de marras que lo exime de los castigos corporales. En el curso de unos ejercicios de San Ignacio, que exigen reconcentración espiritual muy grande, festejó con una risotada, a uno de sus compañeros: cuando el predicador ponderaba con voz patética y ademán de angustia el pasaje del hijo pródigo, comiéndose las bellotas que los cerdos desdeñaban, comentó aquél casi en voz alta:

—¡Tarugo, yo mejor me habría comido un puerco!

Los laguenses fueron siempre objeto de bromas pesadas. Por si es verdad o no que en una junta de notables decidieron que la mejor manera de arrancár un nopal nacido entre las torres de la parroquia, era subir un buey a que se lo comiera, dos seminaristas se dieron de navajazos.

Rivera no sólo refería las más conocidas anécdotas de su tierra, sino muchas de su propia cosecha.

Del complejo de inferioridad que el Alcalde, el Puente, el Buey y otros personajes han creado a los laguenses no escaparon ni hombres tan ilustres como el fabulista don José Rosas Moreno que en más de una ocasión dijo haber nacido en León. En cambio aquel gran poeta de León, el insigne e inimitable don Celestino González, hasta en verso se enorgullecía de ser laguense:

Lagos de Moreno
En ti hay que admirar:
Pues tienes en tu seno
Un héroe y un Poeta liberal.

Naturalmente el poeta liberal era él.

De gran resonancia eran las fiestas del 16 de septiembre. Tomaban parte en ellas catedráticos y alumnos, exponiendo sin temor las más encontradas opiniones. Abundaban los sacerdotes de ideas liberales, como el propio obispo de Morelia y el Rector del Seminario, el catedrático de Matemáticas don Ignacio Aguilar y Marocho y algunos otros seglares que más tarde serían ultraconservadores. El vicerrector, pasante de teología, era liberal radical.

Entre sus compañeros de Seminario tuvo a Jesús Sollano, futuro obispo de León y a Pelagio Labastida, más tarde uno de los arzobispos más famosos de México, que habitó con él la misma pieza.

Volvió una vez más de vacaciones y lo esperaba ya el desastre: don Pedro arruinado, cada día más enfermo y nada para seguir sosteniendo su carrera.

Pasan tres meses de inquietud y angustia. Don Pedro empeora y en abril fallece.

Se despide la escasa servidumbre que queda; doña Eustasia y sus hijas mayores hacen pan para vender y Agustín sigue estudiando latín con unos clérigos del convento de la Merced.

M E M O R

El pueblecito duerme recostado en la suave pendiente de una colina. En lo más alto de ella se levanta un humilde templete desde donde se abarca la población a un solo golpe de vista. Blancas de sol descienden sus calles, rectas, paralelas, cortadas perpendicularmente en cuarterones, con muchos huertos y árboles, hasta las arenas del río donde se agitan como enormes alas blan-

cas las ropas tendidas a secar y a trechos parpadean aguas verdes estancadas mirando al cielo que se mira en ellas. Más allá del río, entre tupida arboleda de pirules, sabinos, saúces, olmos, cipreses y álamos blancos, asoman los techos de zacate dorado del jacalerío de la Otra Banda. Y mucho más allá todavía se dilata una inmensa planicie de huertas, hortalizas, alfalfares donde cabecean los bimbaletes derramando cascadas de agua en el negro surquerío. Se cultivan granados, moreras, membrillos, duraznos, peras, higos y chavacanos y, al ras del suelo, lechugas, nabos, coles, cebollas y gitomates.

El débil rumor del mercado llega desvahído con el canto del gallo o el ladrido de un perro en lejano bario. Suele aparecer la silueta diminiuta y movediza de un transeúnte a lo largo de una acera.

Sólo los domingos la calle de la Estación parece de gran ciudad.

Desde muy temprana hora se ha convertido el mercado al aire libre. De uno y otro lado se levantan cerros de naranjas, limas, plátanos y enormes brazadas de caña de castilla, y todas las frutas de la estación. Barrio arriba se venden artículos de mercería, quincallería, bordados, deshilados y primorosas labores de mano; loza fina de Guadalajara, sillas sobredorados de la Villita; petates y sopladores del pueblo de la Laguna . . .

Después de la misa de ocho la gente viene a sus compras y se revuelve con la que ha llegado de los ranchos. En breve la aglomeración es tan grande que difícilmente se puede dar un paso. Aturden los gritos de los vendedores, las campanas de la parroquia llaman-

do a misa mayor, los gritos de los chiquillos y las disputas de las amas regateando sus compras.

II

Lecturas piadosas, visitas con su madre a las capuchinas, conversaciones inquietantes con algunos liberales, amigos de don Pedro, son entretenimientos en sus largas horas muertas. Por las tardes suele transitar por las orillas del pueblo que más y más se le adentra en su corazón.

Un bello día lo sorprende la gran noticia.

—Te vas a Guadalajara, Agustinito. ¡La ilusión de tu padre!

Hace el milagro su abuela, doña María Francisca Padilla, viuda de Sanromán. Bajo su protección ingresa a uno de los centros culturales de mayor prestigio en el país. Chicos escogidos en pueblos hasta de lejanos Estados, ocurren al Seminario de Guadalajara. Abundan muchachos inteligentes y de empuje. En la cátedra de Lógica y Metafísica va a encontrarse por primera vez con don Agustín de la Rosa.

Y vuelve a pasar el mar. En seis meses se despacha el curso de sintaxis latina y a fines de año comienza el de prosodia y retórica, recuperando el tiempo perdido.

Una vez más ve cortada su carrera. Estudiando física, una dolencia extraña lo obliga a encamarse en la enfermería del colegio. El médico, muy preocupado, quién sabe que habla de un "aneurisma"! El chico aprovecha de una mejoría para presentarse en examen extraordinario y partir a su tierra a curarse. La cátedra de física no es de las mejores; el texto es antediluviano

y el gabinete se compone de una máquina eléctrica descompuesta y una neumática, que año por año es la hilaridad de los alumnos: el profesor les promete matar un ratón dentro de ella, pero siempre le falla la experiencia porque no la sabe manejar. Con justicia las dos máquinas se guardan en una canasta pizcadora en un rincón de la clase. Naturalmente Rivera presenta un brillante examen.

A fines de año regresa curado y con nuevos proyectos en la cabeza: quiere hacer el curso de Derecho. Los catedráticos son unos viejos chochos, empolvados, y sus alumnos, forzados, para no matarles sus clases. Riverita, que no fué nada maniado, se enfrenta un día con el catedrático y le dice con desenfado:

—Señor, aquí no más perdemos el tiempo: nadie entiende el texto y usted nunca nos explica nada.

Con gran asombro se entera de que no uno sino varios ancianos catedráticos de Derecho presentan la renuncia de sus clases y que el obispo Aranda se las acepta gustosamente, sin haberlo reconvenido.

Pero más papista que el papa, su abuela, que lo tiene bien vigilado porque su dinero le cuesta, al despedirse en unas vacaciones en su hacienda de Lodeávalos, lo sorprende con estas sibilinas palabras:

—¡Eh, hijo, que no se oigan con el tiempo los lamentos de la Iglesia por causa tuya!

El mozo no echa en saco roto la advertencia. Comienza desde luego a distinguir entre el obispo Aranda y su abuela; entre católicos y católicos.

Insaciable en sus anhelos de aprender, terminado su curso de Derecho en el Seminario, quiere pasar a la Universidad y obtener su título de abogado. La so-

lemne doña María Francisca Padilla viuda de Sanromán, pone el grito en el cielo:

—Te he protegido porque creía que ibas a ser sacerdote; pero te retiraré mi ayuda si sigues otra carrera. Casi todos los licenciados son enemigos de la Iglesia.

Y su tío el padre y doctor don Clemente Sanromán abunda en razones para retirarle tan nefandos pensamientos.

Pasa un año. La familia sigue viviendo en la penuria; pero doña Eustasia es madre abnegada y valiente. Vende en tres mil quinientos pesos su casa y dice a su hijo:

—No te apures; terminarás tu carrera de licenciado. Todos nos vamos a Guadalajara.

*
* *

El profesor de Derecho Civil en la Universidad es el reputado maestro, licenciado don Crispiniano del Castillo. Rivera se lo gana luego: designado para un trabajo que habrá de leer en el aula mayor, escribe "Disertación sobre la Propiedad", que merece desde luego su publicación en "Variedades de Jurisprudencia", revista especializada de la capital, y dos veces es reeditada.

"Era yo entonces un joven sencillo que no pensaba más que en la *posesión pignoraticia,* en el *uso* y en el *usufructo,* y todos los hombres me parecían *usuarios* o *usufructuarios.* Muy lejos estaba yo ese día de pensar que aquel escrito sería el eslabón de una cadena de libros y folletos".

Durante tres años, día a día, acompañó a su maestro en paseos por diversos sitios de Guadalajara, a título de ejercicio. La influencia de un espíritu afín es de incalculable potencia y supera la de los libros de todas las bibliotecas del mundo.

En el Seminario de Morelia había vislumbrado la agitación de los partidos políticos y ahora tenía que meditar seriamente en la causa de las encarnizadas luchas que ensangrentaban su patria. No se extinguían las cenizas de la guerra de Independencia cuando estaban ya encendidas las brazas de la Reforma. Las mismas casacas con otros bordados, los mismos hombres con otros nombres. Conservadores, herederos de los Callejas y los Iturbides; liberales, hijos legítimos de Hidalgo, de Morelos y demás insurgentes. Raro será el hombre que no se vea constreñido ahora a definirse netamente en el bando de los *mochos* o en el de los *chinacos*.

Y bien, su maestro del Castillo era un liberal radical. Tan radical que fué uno de los fundadores y redactores del famoso periódico "La Estrella Polar". En los rincones más escondidos de Jalisco, llamaron por mucho tiempo "polares" a los desafectos al clero.

Terminados sus estudios recibe las órdenes sacerdotales en aflictivos momentos. Aunque el señor obispo Aranda —"de quien haré siempre memoria con lágrimas en los ojos"— le había designado ya catedrático de Mínimos en el Seminario, del pequeño capital traído de Lagos no quedaba nada.

La noticia de su consagración la recibe su abuela con enorme regocijo y lo invita a pasar sus vacaciones en la hacienda. Vuelve a Guadalajara, se titula de abogado en la Universidad y es designado catedrático de segundo año de latín. Con sus cátedras y sus emolumen-

tos como sacerdote sostiene trabajosamente a su familia. El mismo señor Aranda le concede una capellanía para que haga los gastos de su doctorado en Derecho que cuesta setecientos pesos. Entretanto ha muerto doña María Francisca que como herencia deja a su hija doña Eustasia cuarenta mil pesos.

Ahora todo ha cambiado: la familia vive con bastante holgura. El padre Rivera aumenta sus ganancias: catedrático en Filosofía, cura de Toluquilla. El obispo Aranda lo distingue con honrosas comisiones. En consulta le ha confiado una solicitud de unos católicos acaudalados que pretenden establecr un Monte de Piedad. De la cátedra de Filosofía pasa a la de Derecho Civil en el Colegio Seminario, que desempeña durante nueve años consecutivos.

Sus éxitos constantes, el ascendiente que tiene con el Sr. Aranda le atraen numerosos y gratuitos enemigos. Dos veces lo acusan de cultivar relaciones con liberales. A la primera, el obispo le da un tirón de oreja y a renglón seguido lo designa segundo Promotor Fiscal de la Curía Eclesiástica. A la segunda lo hace su familiar y en seguida cura interino del Santuario de Guadalupe. Vencidos, sus enemigos hipócritamente lo adulan y por algún tiempo lo dejan en paz. De cura del Santuario asciende a primer Promotor Fiscal.

Hubo siempre en el alto y en el bajo clero espíritus comprensivos, generosos y verdaderamente cristianos que con su prudencia y su discreción supieron hacer el bien a todos.

La entrada de un nuevo obispo da el anhelado triunfo a la clerigalla ruin y envidiosa. Una nueva acusación prospera. Fastidiado, el padre Rivera pide una licencia para descansar y hacer un viaje a Europa.

El Liceo del Padre Guerra

Entra, pues, en una etapa de actividad y producción intensas. Atiende su capellanía, sus cátedras de Historia, estudia y escribe. Al acervo de sus obras publicadas, "Elementos de Gramática Castellana", "Breve Tratado de Delitos y Penas", "Mi Visita a Londres" y "Cartas Sobre Roma", agrega una obra nueva compuesta para sus alumnos del Liceo del Padre Guerra, "Compendio de Historia de Grecia". Selecciona adecuados *pensamientos* ajenos y propios para fijar en los muros del mismo colegio de donde pasarán a grabarse indeleblemente en los cerebros tiernos y dóciles de los jóvenes educandos. La juventud es uno de sus puntos de mira. "Escribo para los que no tienen para comprar libros, para la clase media y para la clase baja que sabe leer y escribir, y principalmente para la juventud, en tono que todos me entiendan, donando la mayor parte de mis libros y folletos". Así como aquellos pensamientos fueron fijados en los muros del exconvento de las Capuchinas, estas palabras suyas deberían haberse grabado en el calicanto de los cerebros de sus enemigos que lo tildan de vulgar y grosero. ¡Qué lejos estuvo de esta turba de charlatanes y farsantes que por pescar una presidencia, una curul u otra prebenda, peroran y embaucan a las masas de analfabetos del belfo colgante y mollera de cemento!

Con el tono y gesto de satisfacción del hombre que siente haber cumplido la misión que se impuso en la vida, dirá en su senectud ante un grupo de amigos: "He-

mos conquistado los cerebros y las ideas, la universal y plena ejecución de ellas vendrá después. Ved las escuelas y las imprentas en las orillas de los lagos y en el centro de las montañas, ved al hererero y al carpintero con su periódico en las manos. Hoy ni un carpintero ni un pintor permiten que se les hable de tú".

Como no puede imprimir en Lagos, por falta de algún taller mediano siquiera, ha de enviar sus manuscritos a una imprenta de San Juan de los Lagos, perdiendo mucho tiempo sólo en la corrección de las pruebas. Publica "Compendio de Historia Romana" y una deliciosa narración que es un modelo de sencillez, gracia y emotividad: "El Pozo de la Sacristía".

Aparte de algunos sermones y breves escritos de asuntos místicos, inicia unos estudios en cuatro nutridos folletos, con motivo de una polémica con el obispo Sollano de León de los Aldamas, a propósito de la enseñanza de los clásicos latinos, paganos, a la juventud. En seguida aparece el primer tomo de su "Compendio de Historia Antigua de México" que una apasionada y torpe censura deja trunco.

Por tanto sus facultades se despliegan del todo. No hay página de sus escritos que no contenga abundante grano. El forraje tan grato a nuestros ilustres pedantes está excluído en absoluto. Sus obras seducen por su frescura y acento de actualidad. Si en autores famosos de su tiempo, se resiente hoy una literatura pasada de moda y torpemente se confunde con una ingenuidad que no existe, en la obra del padre Rivera —de una manera inconsciente quizás— se ha eliminado la *literatura*. Esta sigue los vaivenes de las modas, pero la vida es hoy como ayer y como siempre, y vida es lo que

palpita en cada línea de sus escritos. Ingenuo fué ayer, lo es hoy y lo será siempre.

* * *

Coincidencia o resultado el hecho es éste: nunca antes ni después de la estancia del padre Rivera en Lagos y de los Establecimientos del Padre Guerra, el nivel cultural de la población se levantó más. En 1891 se fundó el Liceo de Niñas. Se publicaron permanentemente periódicos de distintos matices políticos y religiosos; uno de ellos "El Defensor del Pueblo" duró más de veinte años y llegó a ser el decano de la prensa de Jalisco, a la desaparición del famoso "Juan Panadero" de Guadalajara. Hubo numerosos periódicos de oportunismo político y meramente informativos; pequeñas revistas exclusivamente literarias: "La Patria de Rosas" de los hermanos Alfredo y José Becerra; "La Esperanza" de Antonio Velázquez Galván; "Notas y Letras" de Ausencio López Arce y Apolonio Moreno, compositor famoso éste y autor de la popular "Tres Piedras"; "Páginas Literarias" de Bernardo Reyna, y "Kalendas" de Francisco González León y Mariano Azuela. Por iniciativa del poeta Antonio Moreno Oviedo se realizaron unos Juegos Florales con resonancia en todo el país, en los que se dió a conocer el poeta Francisco González León. Moreno Oviedo fundó un centro literario, sin nombre, ni directiva, ni estatutos, abierto simpre a cuantos quisieron cultivar las letras. Duró más de diez años y su mejor cosecha fué recogida y lujosamente editada por el mismo Moreno Oviedo en cuatro tomos intitulados "Ocios Li-

terarios". El Dr. Alejandro Martín del Campo, largos años rector de los Liceos del Padre Guerra, escribió y publicó varios folletos de historia patria, de biografía y de distintos asuntos escolares. El Dr. Bernardo Reyna y el Lic. Jesús Gallo reunieron en sendos tomitos lo mejor de su producción literaria. Federico Carlos Kegel produjo su famosa obra dramática "La Hacienda", representada en Guadalajara, en México, y llevada posteriormente al cine. Cirilo Gómez Mendívil y Jesús Velázquez Galván publicaron algunos opúsculos de polémica histórica y religiosa. En sendos tomos aparecieron las mejores poesías de Ruperto J. Aldana, Francisco González León, Ramón H. Iriarte, Antonio Moreno Oviedo, José Becerra y Francisco Guerrero Ramírez.

De los establecimientos del Padre Guerra fueron hijos, entre otros, el doctor Manuel Alvarado, arzobispo de Guadalajara, el latinista y presbítero don Aniceto Gómez, Fernando Nordesternau de "La República Literaria" de Jalisco; el doctor Jesús Delgadillo Araujo, director por muchos años de la Escuela de Medicina de Guadalajara, el novelista don Carlos González Peña, el maestro compositor y concertista Antonio Gomezanda; las escritoras María Dolores Amador y Sahara G. de Lomelín, los periodistas Bruno Romero, Antonio Rivera de la Torre y Gabriel v Ausencio López Arce.

Multitud de sacerdotes, médicos, abogados, farmacéuticos, ingenieros, salieron de aquellos establecimientos, aparte de un sinúmero de músicos, pintores y artesanos, de las clases nocturnas de música y dibujo, que luego se desperdigaron por todo el país en

busca de más amplios horizontes para desplegar sus facultades.

Como catedrático primero, después desde su retiro, el padre Rivera tomó participación activa en todos los actos culturales de su terruño, distribuciones de premios, inauguración de mejoras, etc. Su espíritu vivificador alentó cuanto significaba progreso en el pueblo.

* *
*

Lucha tenaz y constante sostuvieron esos centros de enseñanza contra enemigos de todo orden: envidiosos y mezquinos que jamás toleran lo que se levanta del nivel común, gobernantes rapaces que con el motivo más baladí intentaban apoderarse de los fondos del Padre Guerra. El Gobierno del Centro siempre tendió su mano al Ayuntamiento de Lagos y durante muchos años se salvaron. Pero vino la Revolución con su hombres de voracidad desbozalada que en un tris tras acabaron con todo. Los fondos y las propiedades pasaron a extrañas manos, se cerraron los colegios y las escuelas; los edificios fueron destinados a dar alojamiento a las hordas sucesivas que los convirtieron en zahurdas. Si hombres de Benito Juárez de un convento supieron hacer un colegio, gentes de Carranza y de Villa de un colegio supieron hacer un chiquero.

Ahora las bóvedas se han cuarteado, los muros temblequeantes se desploman ante el dolor callado e

impotente de unos cuantos ojos viejos y cansados y ante la impasibilidad e inconsciencia de una generación a la que parece no importarle su pasado.

Viaje a Europa

I

"Desde mis primeros años deseé conocer dos cosas, la ciudad de México y el mar. Logré lo primero en 1853 y lo segundo en 1858. Un camino de siete días en diligencia es una gran lección para un joven que por la vigilancia de sus buenos padres se ha criado en el recinto de la casa de una ciudad pequeña y en el interior de un colegio. Se ensanchó el horizonte de mi corazón y comencé a desear ir a Europa. Desde entonces Roma vivió en mi pensamiento como después viviría en mi corazón."

Tenía 31 años y el mismo candor infantil con que rindió la jornada después de los 90.

Rememora su viaje a México como algo de significación tan grande en su vida como sus conversaciones con su maestro de Derecho Civil en la Universidad. "Oí hablar y discutir mucho sobre política, religión y costumbres, escuché diversas opiniones, conocí las ideas reinantes y pesando el pro y el contra, formé mi criterio sobre dichas materias."

Después de mes y medio regresa a Guadalajara y dice a su madre:

—Hágame su merced el favor de darme todos los días un pedazo de carne asada.

"Hasta el día de hoy no me falta este alimento y a eso atribuyo el haber llegado a la edad octogenaria."

Se lava la cara, se peina ante el espejo, cepilla su ropa y pone orden en sus cosas. Se compra una escupidera y se suena la nariz de manera diferente y más pulcra que la que aprendió de sus ancianos maestros. Toma fruta en la cena y ¡no le hace daño!

Con razón doña Eustasia exclama asombrada:

—¡Te fuiste un Agustín y vienes otro Agustín!

*

En aquellos tiempos los seminarios fueron semilleros de ideas y tendencias nuevas. Desde los últimos años del siglo XVII las Gacetas de Alzate habían servido de vehículo a los principios de la Revolución Francesa y de la filosofía moderna. Muchos insignes sacerdotes y seglares, en la cátedra y en sus escritos, abrieron los ojos de muchos criollos en el seno mismo de los seminarios. Allí brotó la semilla y de allí salieron los caudillos de la Independencia y de la Reforma. Al calor de un ideal común, el engrandecimiento de la patria, entendido a la manera de cada uno, jóvenes ilustrados, optimistas y generosos (no hordas de analfabetos y palurdos sedientos de poder, oro y pleceres) salieron a difundir sus ideas por los ámbitos de la nación. Muchos se quedaban en los campos de lucha y pocos regresaban a sus lares a morir en glorioso pobreza, con la satisfacción inigualada de haber servido honestamente a su patria. (Fariseos

escandalosos y cínicos bellacos han puesto de moda abominar del liberalismo por sus resultados económicos, como si antes de la Reforma la propiedad no hubiera estado amortizada en las manos del clero y después de la última revolución no hubiera servido para enriquecer a millares de granujas con caretas de revolucionarios. Ni los mismos encomenderos españóles dieron muestra de una voracidad tan repugnante como la de la generación actual.)

Su sed insaciable de saber y comprender, la inquietud constante por la agitación política, las bajas intrigas de sus enemigos, todo se juntó para impulsar el deseo de su viaje a Europa. No sospechaba que el conocimiento que más perdura es el que conquistamos con nuestra propia carne. Sin darse cuenta de ello, en el medio de donde quería salir estaba adquiriendo lo que no se aprende ni en los libros ni en los viajes: el conocimiento íntimo de los hombres.

* * *

Muchas peripecias le ocurrieron en los últimos años de profesor del Colegio Seminario. Visitaba con frecuencia a un sacerdote de sus mismas ideas, sobrino del Dean de la Catedral. Allí observó, en una ocasión, inusitado movimiento de canónigos, priores, monjes y altos dignatarios de la iglesia. Pronto se enteró de que estaban incubando el famoso Plan del Hospicio que traería de nuevo al poder al ya muy desacreditado don Antonio López de Santa Anna. Invitado a decir misa en esa casa, que era precisamente del Hospicio, la noche de Navidad, llegó cuando daban el primer repique.

A poco se oyeron lejanos disparos, luego llegó la noticia de que Miñón estaba atacando la plaza y ya no hubo más repiques ni misa. Miñón se apoderó del Hospicio, cubrió de soldados las alturas y el padre Rivera, quieras o no, aceptó el encargo de proporcionar alimentos a los oficiales y de confesar a los soldados que caían heridos bajo una lluvia de balas.

En otra ocasión estaba muy tranquilo, de codos en una ventana de la calle de Jesús María, viendo entrar las fuerzas liberales del general Degollado que acababan de desalojar a Plancarte, cuando un militar del batallón "Herrera y Cairo" lo identificó como sacerdote, lo aprehendió, lo insultó y lo puso preso. Enterado del caso un antiguo compañero del Seminario, el coronel Miguel Cruz Aedo, no sólo ordenó su inmediata libertad, sino que se le extendiera un amplio salvoconducto para transitar por donde él quisiera. Sin embargo una prudente advertencia del mismo jefe lo hizo ocultarse por algunos días en Guadalajara y más tarde en un pueblecito del cantón de Ameca.

Todas estas circunstancias reunidas lo decidieron, por tanto, a solicitar una licencia por dos años para abandonar sus destinos. Vendió algunas propiedades urbanas que su madre le había donado, lo mismo que su biblioteca y marchó a México.

Pero en México se encontró con la novedad de que Miramón tenía sitiado Veracruz e interrumpidas las comunicaciones con ese puerto. En México hay mucho que ver y aprender. Los días se pasan sin sentir. En espera de tiempo sereno, se dedicó a documentarse en las bibliotecas para un trabajo que había comenzado en Guadalajara: "Cuadro Sinóptico de los Hom-

bres y Hechos más notables de la Historia Moderna." Ocurría a los puestos de libros viejos y en la plaza del Seminario hizo valiosas adquisiciones a precios irrisorios. Ocho veces más costaba un ejemplar de "Las Profecías de la Madre Matiana" que los "Sermones de Bourdalue".

Tuvo oportunidad de conocer de cerca a muchas figuras de las más destacadas de la época. Desde un balcón de la calle de San Francisco vió la entrada triunfal del Ejército Constitucionalista. Un desfile de carretelas descubiertas con políticos y militares famosos del partido liberal. En la última iban graves y solemnes, como lo ameritaba el acto, don Melchor Ocampo y don Benito Juárez. (Su admiración por éste último era tal, que encontrándolo casualmente en una población de la costa de Jalisco, se acercó a saludarlo y le estrechó la mano.)

No obstante haber sido derotado Miramón, la inseguridad del camino a Veracruz subsistió. Obtuvo, entre tanto, el cargo de capellán de las monjas betlemitas que desempeñó algunos meses, hasta que, perdida la esperanza de llevar a cabo su viaje, se decidió a volver a Lagos, donde fué Sacristán Mayor de la Parroquia y capellán de la hacienda del Salto de Zurita.

Aunque el obispo Espinosa y sus enemigos principales habían huído de Guadalajara, los que quedaron suprimieron su cátedra del Colegio Seminario lo mismo que las de otros sacerdotes de ideas liberales.

Por las constantes persecuciones religiosas tuvo que salir de Lagos como los demás sacerdotes y por algún

tiempo anduvo de la ceca a la meca, llevando por valles y montes sus apuntes para la obra que estaba acabando. Vivió en San Luis Potosí, en Río Verde, en pueblos y haciendas de ese mismo Estado, volvió a Guadalajara y de nuevo hizo un intento de partir a Europa. En la diligencia de México a Veracruz llevó de compañero a un padre Dávila, conservador recalcintrante que, perseguido por el gobierno liberal, buscaba su salida del país, viajando de incógnito. El amplio criterio del padre Rivera allanó las asperezas de sus opiniones contrarias y se hicieron tan buenos amigos que se alojaban en el mismo cuarto de hotel. En Orizaba cayó enfermo y en cuanto obtuvo alguna mejoría reanudó su viaje a Veracruz donde recayó, viéndose obligado a regresar a México y otra vez a Lagos.

Pero ya no habría contratiempo que lograra disuadirlo de su empeño. Repuesto apenas vuelve a la carga. De Lagos sale a caballo, en Silao toma como guía a un ranchero que le ofrece llevarlo hasta Celaya por catorce pesos, por veredas desconocidas, pero más seguras que los caminos.

Atraviesan la sierra de Guanajuato caminando a caballo o a pie, según lo exige lo anfractuoso del terreno. Pernoctan en pobrísimos jacales, en rancherías de otomíes con quienes se entienden por señas, porque no saben jota de español.

Y todo está muy bien: el caudal de conocimientos de los hombres y las cosas compensa sobradamente las penalidades del viaje.

En Celaya paga a su guía, toma la diligencia y sin más interrupciones, llega por fin al puerto.

Las brisas saladas del mar dilatan su pecho y tonifican su corazón.

II

Todo lo observa con el regocijo y zozobra del chico que por travesura se ha metido en casa ajena. Los marinos, no obstante su encolamiento de soldados en gran parada, son atentos y gentiles. Hay pasajeros a quienes el mareo trae ya a mal traer, en tanto que otros, cómodamente sentados, fuman, leen periódicos o charlan, como si estuvieran en su propia casa.

Cabecea el "Emperatriz Eugenia": muchos pasajeros discretamente se retiran a sus camarotes; él apenas percibe vagas sensaciones en el estómago y en la cabeza, pero no le impiden sacar libreta y lápiz y comenzar sus apuntes.

¡Qué cosas nuevas aprende uno en estos viajes! Debe estirarse bien la ropa, lustrarse el calzado, ponerse bien derecha la corbata. Esto es agradable y da empaque. Todos lo tratan a uno mejor.

La Habana. Muchos pasajeros bajan a conocer la ciudad. El movimiento en el muelle emborracha; teme uno perderse entre tanta gente.

Visita la estatua de Cristóbal Colón, la ceiba milenaria a cuya sombra se dijo la primera misa en América y, también, una factoría de chinos donde le obsequian un manuscrito que guarda para "mi museo".

Después la Martinica. Pero aquí son contados los minutos y apenas se contempla de carrera el monumento de la infortunada Josefina, nativa de esta isla.

Y ahora hasta Saint Nazaire.

Más que el bamboleo de la embarcación sacudida por las olas en la inmensidad del mar, lo marean los muelles con sus agitadas multitudes. Marinos, pasajeros, empleados, militares, mozos, gente de todas especies removiéndose agitados, ansiosos, como si súbitamente hubieran perdido la razón. Van de un lado a otro, estiran la cara, dilatan los ojos, se atropellan, se revuelven como asilados de manicomio. ¿Cómo aventurarse en este oleaje sin naufragar?

Por tanto, cuando ocupa su asiento en el vagón del ferrocarril, su respiración se sosiega y su mente recupera el equilibrio.

Todo bien, nada falta; el lápiz y la libreta no han caído de sus manos.

Molesta ese tubo de hierro muy caliente que le pasa a uno bajo los pies. Parece que a muchos pasajeros los conforta. Cuestión de costumbre. La lentitud de la marcha no se compensa con la brevedad de las paradas. De buena gana en algunas estaciones bajaría a conocer algo de lo más importante de la ciudad. Cinco minutos cuando más, aún en las estaciones de comida. Muchos pasajeros tienen que subir corriendo con restos de sus alimentos porque han dado ya la señal de partida. Es interesante ver con que limpieza comen en su mismo asiento, sin más cubiertos que los dedos.

Pasan las horas y se repara mejor en las molestias del ferocarril comparadas con las comodidades del buque. Sobre todo ese malhadado tubo de calefacción que vacían periódicamente y llenan de nuevo con agua hirviendo. La postura forzada a que obliga se con-

vierte en un verdadero martirio. ¡Y tenerse que aguantar el viaje de un tirón a Roma!

¡Roma! "¡Roma, la gran ilusión de mi vida! ¡El término de este viaje tan deseado!"

El corazón se le escapa.

—Hotel Minerva. .

—Sí . vamos.

Se lo han recomendado pasajeros de pocos recursos. Buen servicio, poco dinero.

Asciende cuatro pisos. La habitación es pequeña y no de lo mejor. Pero todo queda compensado con el precio de alquiler comprendiendo la comida: cuatro reales y medio de la equivalencia en moneda mexicana.

"Algunos lectores desearán que les hable del Capitolio o de la Bendición papal —comienza su primera carta—, pero voy a hablar primero de cómo se sirve el chocolate en Roma, porque a las personas entendidas les gusta saber las costumbres, maneras, etc. . ."

En efecto, más que la gran Basílica de San Pedro le ha sorprendido el vaso de agua de limón que le sirvieron con el chocolate. Hasta piensa que el mozo es muy distraído. Se toma el chocolate y aparta el vaso, sin hacer observaciones. Pero el signore Angelini, un empleado del Vaticano, que tiene predilección por los mexicanos, lo invitó a merendar en su casa y allí también aparece el extraño vaso de agua de limón con la taza de chocolate.

—¡Dispénsenme, señores; pero el limón agria la leche y esto nos hace daño a los mexicanos!

Notas como ésta abundan por millares en sus escritos lo mismo que en sus amenísimas charlas. Pero

hay que ser cautos en el reír. En medicina como en otros ramos del saber, las vulgaridades de hoy fueron la ciencia de ayer: hoy resulta venenosa la leche para muchos enfermos y ayer era alimento insustituible para todos, por ser el natural. ¿Por qué no se le ha de admitir a un buen vecino de Lagos que la leche agria le haga daño? Todo consiste en una diferencia entre la ciencia de Lagos y la de Roma.

III

Gran hallazgo este del signore Angelini. Desde luego ofrece ser su guía, le traza un plan de trabajo para obtener en un mínimo tiempo el provecho máximo. Seducido por su candorosidad aunada a un gran talento, acaba por llevárselo a su propia casa.

El resultado es perfecto. Cuando algún tiempo mas tarde el señor Angelini recibe un ejemplar de "Cartas sobre Roma", después de atenta lectura, comenta, admirado:

—Este señor conoció a Roma mejor que muchos que hemos nacido y vivido aquí.

Cuando en su vejez el padre Rivera contesta a uno de sus gratuitos detractores que se burla de su viaje a Europa, escribe: "Aunque el padre Coloma dice que el hombre se conoce por la corbata, yo no fuí a Europa a comprar corbatas ni a tomar helados, sino a aumentar un poco mi corto caudal científico, adquirir mayores conocimientos de los hombres y las cosas y adquirir un horizonte más amplio que el de Lagos donde me crié. No fuí con representación di-

plomática ni puesto de gobierno sino con mis escasos recursos y supe aprovechar los cortos días."

En cuanto adquiere algún conocimiento de la ciudad pontificia ruega a su amigo y favorecedor lo dejé hacer ya solo sus recorridos. Le gusta permanecer cuanto tiempo quiere, tomar apuntes y meditar, sin la preocupación de estar causando molestias a nadie.

Educado en estrictas disciplinas desde su niñez, sin trabajo se ciñe al plan propuesto. Con excepción de tres días consagrados a la consulta de algunas obras en la Biblioteca, en cuanto se desayuna, a las nueve, sale a visitar los edificios y monumentos de antemano señalados en su guía, sin más interrupción que los minutos estrictos para tomar un almuerzo en cualquier sitio cercano. A las cinco regresa a casa y desde la oración de la noche hasta las diez, amplía y da forma a los apuntes que tomó.

* * *

Su primera visita a la Basílica de San Pedro le produce una impresión desagradable y penosa. Las estatuas de mármol, las columnas, arcadas y bóvedas, la gran nave central, le arrancan esta exclamación: "Esto es inferior a lo que yo me esperaba".

Se adelanta desazonado y no salé de su primera sorpresa cuando otra lo deja estupefacto. En sentido inverso viene un grupo de fieles que al acercarse al pedestal de un santo parecen hormiguitas. Sus ojos se dilatan enormemente sorprendidos. Hasta entonces se da cuenta de que allí todo es colosal y grandioso y

sólo la admirable armonía y la proporción del conjunto lo indujeron a su error.

Pero en verdad sí hay algo muy pequeño: los concurrentes que, cuando algún cardenal o el mismo Supremo Pontífice celebran el Santo Sacrificio de la Misa, formando grupos de pie o sentados en las bases de las columnas, platican en voz alta como si estuvieran en su casa. Muchas parejas discurren charlando y riendo, sin atender a la ceremonia. Al *alzar* doblan un instante la rodilla sin interrumpir su plática.

Como buen católico solicita audiencia del Santo Padre. Pío IX se la concede especial y en el curso de ella le pregunta por Benito Juárez.

Visita al General de los Jesuitas y concurre a una solemne ceremonia en una Sinagoga, con el respeto de los hombres que saben que a Dios se le adora en todas las religiones y en todos los templos.

Asiste a los teatros, oye "El Barbero de Sevilla", "Traviata" y "Don Pascual". Conoce actores y cantantes de mucha fama.

Visita cuanto monumento notable hay en Roma. Días enteros se pasa en el Vaticano. Admira el lujo de los salones pontificios, el solemne porte de la servidumbre de nobles, los vistosos uniformes de las guardias suizas.

Admira a Miguel Angel y a Rafael y anota que las Madonas de Fra Angélico, por su espiritual pureza, sobrepasan a las de los más insignes pintores del mundo.

Asciende la gran cúpula de San Pedro hasta la linternilla desde donde contempla extasiado la ciudad entera. "Roma contemplada desde la linternilla de la

gran cúpula de San Pedro, Nápoles desde el Vesubio y la ciudad de México desde el castillo de Chapultepec, son los más bellos panoramas que he visto en mi vida."

En Nápoles, "paraíso de Virgilio", permanece una semana. De la tumba del mantuano retira una piedrecilla para su museo, como ya lo hizo en el Coliseo. "En la Villa Nacional me alegré de ver la sotana católica justamente ensalzada e inmortalizada en la estatua colosal de Juan B. Vico."

Va a Pompeya. Visita la casa de campo de Cicerón y la celda de Santo Tomás de Aquino.

"Con el corazón transido de dolor, pero henchido de recuerdos", abandona a Roma, después de una estancia de tres meses y medio.

Su ilustración, su método, una cuidadosa preparación, su gran memoria y la ayuda valiosa del señor Angelini le dieron abundante material para su libro "Cartas sobre Roma" que despertará la admiración de los que ya la conocen o han vivido en ella, como la envidia de los que, de haberlo hecho, sólo habrían aprendido a tomar chocolate con agua de limón.

* * *

En Londres la vida es muy cara. La visita por tanto es muy breve porque los recursos cada día son más limitados. La fortuna lo sigue. Aquí también encuentra una casa de asistencia donde hay personas que hablan español y generosamente se le ofrecen como guías. El día se lo pasa en las calles y por la noche escribe "Mi Visita a Londres", que "es el regalo de viaje que llevo a mis amigos de México."

En París se encuentra con un paisano amigo, que más tarde será uno de sus enemigos. Un ricachón de abolengo y con fama de muy ilustrado. Lo invita y lo acompaña a un baile, donde asoma por brevísimos momentos el gran mundo de la Ciudad Luz.

Ahí mismo hace imprimir "Mi Visita a Londres". Conoce cuanto el tiempo le permite; oye cantar a la Patti, compra libros, cuadros y curiosidades baratas.

Su recorrido por España es bruscamente interrumpido. Estando en Chiclana, sitio donde nació don Pedro de Rivera, estalla la revolución de Prim. Más que de carrera retorna a Francia y a fines de ese mismo año se embarca en "El Panamá" rumbo a México.

* * *

Con muchas petacas llega a Lagos; pero mayor es el bagaje que lleva dentro de la cabeza.

Comparaciones dolorosas le han evidenciado el enorme atraso del país, no obstante haberse consumado desde muchos años su independencia. Comprende con meridiana claridad la impotencia de las armas cuando no van acompañadas con la fuerza del pensamiento. Tiene plena conciencia de la solidaridad humana y siente el deber imperioso de impartir a sus hermanos lo que ha podido aprender. Con un gran sentido de responsabilidad pone manos a su obra que no terminará ya sino con su vida.

Polémica con un Obispo

I

Se ha dicho que un hombre vale en proporción a los obstáculos que es capaz de vencer. El que no ha sido combatido, vejado o perseguido alguna vez en su vida es hombre de dudoso valer.

Sin enemigos, una personalidad tan fuerte como la del padre Rivera no habría podido realizarse. Desde que comenzó a sobresalir como estudiante del seminario tuvo enemigos numerosos y gratuitos; pero de no haberlos tenido, más tarde él mismo se los habría procurado.

Fueron de dos clases: pobres de espíritu, gentes de buena fe a menudo, que se espantan cuando se les presenta su religión sin falsificaciones, fanatismo, supersticiones, consejas y demás mentiras que la afean, incapaces de profesarla en su prístina pureza, y envidiosos, carentes de personalidad, sabios eruditos sistema Kardex, con la miopía congénita del biólogo que en un organismo no sabe encontrar más que proteínas, hidrocarbonados y grasas; tipos fatuos e hinchados que lo apartan con desdén y le niegan valimiento como si sus escritos fueran fárragos de nimiedades y tonterías y él mismo un pobre espantapájaros de beatas y sacristanes.

Hoy que cualquier mamarracho se cree un pontífice de la verdad, no sería del caso inquirir lo que de

verdad hay en la obra del padre Rivera. Interesa el hombre auténtico que vive en ella. Si con justicia hay que desconfiar de esos ideólogos cuyas doctrinas les producen harto dinero, en cambio son dignos del más profundo respeto los que en defensa de sus ideas sufren ataques, persecuciones, miseria y hambre.

* * *

Pocas y breves cartas cambiadas con un alto dignatario de la Iglesia a propósito de un asunto baladí, son motivo suficiente para provocar en el padre Rivera una reacción violenta y desproporcionada y dar origen a cuatro folletos nutridos de enseñanza.

A fines del 72 el padre Rivera estaba dando los últimos retoques a su "Compendio de Historia Romana" cuando llegó a sus manos un informe rendido por el Rector del Seminario de Colima, en un festival de clausura de cátedras, en el que se ufanaba enfáticamente de haber suprimido la enseñanza de los clásicos latinos paganos, entre otras razones porque "éstos nada tienen que enseñar a los cristianos: ninguno es tan bello y elegante en su latín como San Jerónimo, ninguno (incluso el mismo Virgilio) tan agraciado y poético como San Ambrosio, ninguno tan sencillo, suave y elegante como San Gregorio. . ." etc.

"Educado yo con Fedro, Cicerón, Virgilio y Horacio —observa el Dr. Rivera— me vino el pensamiento de escribir algo en defensa de sus inmortales obras y contribuir con mi grano de arena a impedir el perjuicio que puede causar a la juventud la propaganda de la nueva, singular y errónea —en mi con-

cepto— doctrina del Abate Gaume y del padre Ventura."

Aprovechó, pues, la ocasión que se le presentaba al imprimir su nuevo libro para agregarle un comentario acerca de la utilidad de la enseñanza de los clásicos paganos a la juventud.

"Pero como escribo con mucho cuidado al dar a luz mis escritos, en razón del respeto que se debe a la sociedad y a la utilidad o el daño que produce la prensa, me ocurrió consultar a quien más sabe y escribí al Ilmo. Sr. Sollano, pidiéndole su opinión sobre esta materia y suplicándole me diera las razones en que se fundara en el caso de ser contraria a la mía."

Cultivó siempre buenas relaciones con miembros del alto clero y entre otras contaba con lá amistad del obispo de León, excondiscípulo del Seminario de Morelia, que muchas veces lo sentó a su mesa. Hacían gratos recuerdos de su vida de estudiantes y pasaban largas horas en amena e interesante conversación.

La consulta dió lugar a varias cartas de polémica. La posición del Dr. Rivera desde el principio de la pugna fué perfectamente clara y definida; adujo sus razones y las expuso con el mayor respeto. El obispo Sollano, desde el principio hasta el fin, observó una actitud muy cortés, pero ambigua y vacilante.

"La cuestión que usted me propone —contesta en su primera carta— es muy delicada y yo me contento con remitirlo a la lectura de las obras del Abate Gaume y del Padre Ventura." Y le señala tales y cuales capítulos.

"Opongo a la autoridad de esos dos escritores —replica el padre Rivera— la de los Jesuitas, justa-

mente reputados como los educadores más eminentes, que enseñaron siempre los clásicos paganos."

Y el obispo Sollano insiste:

"En concepto del Abate Gaume la Revolución Francesa, bajo todos sus aspectos, fué la consecuencia lógica de la enseñanza del colegio, y así lo han reconocido jesuitas muy 'distinguidos'".

"Con el más profundo respeto me permito contestar a Su Señoría Ilustrísima que en tal caso habría que prohibir no sólo la enseñanza de los clásicos, sino la historia, el fuego y el petróleo."

Luego, demostrando su lealtad y buena fe, en la misma carta agrega: "A pesar de todo, voy a quitar de mi libro los párrafos alusivos a esa materia, porque cuando consulto con un superior sobre una cosa dudosa no es para cuestionar sino para obedecer, anteponiendo su respetable juicio al mío."

Poco tiempo después el Sr. Sollano recibe un ejemplar del "Compendio de Historia Romana" con una carta en que el Dr. Rivera reitera haber cumplido su ofrecimiento.

El Sr. Sollano le da las gracias. "Veo que ha suprimido de su libro la materia relativa a la enseñanza de los clásicos paganos, contra su opinión y sólo por respeto a la mía. Le suplico y recomiendo que lea las obras del padre Ventura y del Abate Gaume y hará suya mi opinión."

Así habría terminado todo sin la intromisión del chisme, la envidia y la estupidez de los que en la sombra espiaban cuanto hacía y decía el padre Rivera. Las murmuraciones hacen correr la especie de que su Ilus-

trísima Sollano ha dado al Sr. Rivera una tunda de padre y señor mío.

El mitote va y viene de León. Que ya el sabio de Lagos enseñó el cobre. El Sr. Sollano parece no ser ajeno a ello. Con un seminarista de su diócesis envía con un recado, unas *cartillas* o programas escolares "para que vea el Sr. Rivera que aquí también enseñamos los clásicos paganos latinos, *expurgados*,"

"Los escrúpulos —comenta quietamente éste— son estorbos que el demonio pone en muchas almas buenas, temiendo el bien que pueden hacer, semejantes a las madejas de cabellos que los niños ponen en las patas de los pajaritos para que no puedan volar."

Su amistad agriada ya, queda rota definitivamente.

Mientras tanto el chismillo ha salido de la circunscripción de las dos ciudades. Circulan copias de las consabidas cartas y van hasta Guadalajara. El Lic. D. Eufemio Mendoza, discípulo distinguido del padre Rivera, las cree de interés general y, sin pedir su consentimiento a nadie, las hace publicar en "La Revista Universal". Esto es causa de gran enojo para el obispo de León y sus paniaguados, mientras que al padre Rivera le permite poner los puntos sobre las íes y acallar el doloso chismerío de sus malquerientes. Cuatro nutridos folletos aparecen a cortos intervalos: "Pensamientos de Horacio", "Concordancia entre la Razón y la Fe", "Los Dos Estudiosos a la Rancio" y "Ensayo sobre la Enseñanza de los Clásicos Latinos Paganos a la Juventud".

Ni tardo ni bobo, el padre Rivera había conseguido y leído detenidamente las obras recomendadas por el obispo, con el resultado menos esperado. Descubre

que el abate Gaume y el padre Ventura, para fundar su tesis en un texto de San Agustín se lo habían mutilado. Y descubre a la vez que si el Sr. Sollano había leído a Gaume y a Ventura, no así a SanAgustín.

Frenéticos por el fracaso, sus oponentes se la vuelven por pasiva. Primero lo atacaron porque permitió la publicación de una corespondencia privada, ahora porque "todo lo que ha escrito sobre esa materia lo ha escrito al aire, combatiendo a un enemigo que sólo existe en su calenturienta imaginación." ¿Las *casillas* que el Sr. Sollano le ha enviado no son la prueba de que en todos los seminarios de México, con excepción del de Colima, se siguen enseñando los clásicos paganos? El padre Rivera afirma que deben enseñarse con prudencia y discernimiento, Monseñor Sollano que deben enseñarse *expurgados:* ¿qué es entonces lo que ataca y a quién el padre Rivera?

Tan candorosa confesión le devuelve la cachaza y el buen humor habituales y refiere un cuentecillo: "Había en cierto pueblo de Yahualica un viejecito cuya mansedumbre se revelaba hasta en lo pausado que era para hablar. Tenía la manía de añadir a cuanto decía esta expresión: ¿no le parece? Era afecto a la vida retirada y no provocaba a nadie, pero tenía en su casa un garrotito para lo que se pudiera ofrecer. Una noche atacaron su casita dos ladrones para quitarle lo poquito que tenía y viendo que estaban por echar abajo la puerta, la abrió, colocándose a un lado con el garrote en la mano. Entró el primer ladrón, le dió un garrotazo, lo tendió en el suelo sin sentido y le dijo: "¿no le parece?" Entró el segundo, repitió la operación con el mismo resultado y le dijo: "¿no le parece?" Vino el

Alcalde y declaró que el susodicho viejo no tenía culpa alguna, porque había obrado en defensa propia."

De su cosecha el padre Rivera agrega como comentario:

"Esta fabulilla
Se llama LA CAPA
Vístala el lector
Si acaso la entalla

¿No le parece?"

IV

El vulgo de los de arriba, "las brillantes pelucas, los venerables bonetes y las reverendas capillas" del padre Feijoo, aunque de ínfima calidad, existen aun en los más modestos pueblos. A falta de mejores prendas poseen un olfato maravilloso para el peligro. Y peligro muy serio han presentido en el padre Rivera desde que vino de Europa. Sale a la calle de levita pasada, sombrero alto, bastón, cuello almidonado de pico y sin la sotana puesta y enrollada a la cintura como lo acostumbraban los sacerdotes —lo que significa que acata sin protesta las leyes de Reforma en vigencia—, y todo eso con sus maneras de seglar, lo hacen muy sospechoso.

Mugrientos santurrones, ecos y voceros del Curato, con los ojos en el suelo y las manos sobre el pecho, murmuran escandalizados. Uno afirma que en la Sagrada Mitra tiene mal ambiente y por eso ha venido a refugiarse a Lagos; otro observa que el sueldo mise-

rable de que actualmente disfruta no se lo paga Nuestra Santa Madre Iglesia sino una de las familias que protegen a las capuchinas. El otro insinúa que el señor Rivera ha estado loco. "¿Cómo explicarse de otra suerte que un simple sacerdote se atreva a enfrentarse con una de las columnas más fuertes de la Iglesia, el Dr. y Maestro, Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor don José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos?"

El mismo padre Rivera lo ha dicho. Reputa al Sr. Sollano como uno de los obispos más sabios y celosos, y si se atrevió a cruzar algunas cartas de polémica con S. Ilma., fué siempre sin faltarle al respeto y tomando en consideración que no es su prelado.

"Mis lectores saben que soy muy afecto a citar autores, porque es propio del hombre sensato conformar sus apreciaciones con las de los sabios; pero esto no me impide pensar con mi propia cabeza y que hasta con los Papas, los Santos y los sabios use de la libertad de pensamiento que tiene todo hombre en materia humana."

¿Lo han oído ustedes bien. ¡Libertad de pensamiento! ¡Anatema! Más claro no canta un loro.

El Sr. Cura es un personaje de maneras palaciegas, de porte aristocrático, grave y solemne como un arzobispo. Las beatas ricas están encantadas, se lo disputan en sus reuniones, lo invitan a sus haciendas; las modestas hijas de María lo contemplan a baba caída. Cuando ocupa la cátedra sagrada, su voz a medio tono, lenta, suave y enfática a las veces, fluye de sus labios como hilo de arenitas de oro que su auditorio recoge con veneración.

En no lejanos días ocupó altos puestos en la Mitra de Guadalajara. Fué uno de los brazos del obispo don Pedro Espinosa, Vice rector del Seminario y Rector interino. Acusado con otros sacerdotes (incluso el padre Rivera) de cultivar amistades con liberales, el propio obispo lo defendió, haciéndose garante de su conducta. Pero a la muerte de su protector cayó de la gracia de los politiquillos clericales y rodó de pueblo en pueblo hasta venir a caer en este de Lagos.

Admiradores apasionados del padre Rivera afirman que este cura es uno de sus embozados enemigos, de los que tiran la piedra y esconden la mano. Y determinan la formación de dos grupos antagónicos en torno del sacerdote liberal: el de las beatas y los chupacirios y el de los *chinacates* que le han perdido el miedo a las eternas llamas del infierno.

Lo que de verdad existe en el fondo de la polémica Sollano-Rivera se reduce a la incompatibilidad del criterio liberal con el conservador.

MEMOR

En las horas de asueto hacíamos corillos hasta con los de facultad mayor del Seminario. Dos de prima tonsura discutían con calor que si el padre Rivera de Lagos esto u lo otro. Uno decía que sí, muy enojado, y el otro, a risa y risa, le alegaba que no. Y yo, estudiantillo del tres al cuarto, dije para mis adentros: "es una vergüenza que siendo tú también de allá, estés aquí nomás abriendo la boca".

Y me propuse conocerlo de cerca en mis próximas vacaciones.

Estando, pues, en mi tierra, una mañana fuí a buscarlo a su casa. Entonces vivía ya por el callejón del Indio. En aquel tiempo todavía las calles conservaban sus nombres tradicionales: las que bajaban del Calvario se llamaban la Merced, la Estación, el Cuartel Viejo, Capuchinas, la Cruz Verde, etc. La más larga las cruzaba, viniendo de la falda del cerro de la Cruz, a un lado del Refugio; al pasar frente a la Parroquia dejaba su nombre del Puente de Padilla por el de calle Real y seguía culebreando por un costado de la fábrica de hilados la Victoria, el Puente (que se hizo en Lagos), y con el nombre de la Acequia llegaba hasta las inmediaciones de la estación del ferrocarril a inmediaciones de unas planicies blancas y salitrosas.

El callejón del Indio es como una cuña metida en los propios riñones de Lagos. Corta la calle de la Estación a poca distancia de la plaza, de la Parroquia y de las casa consistoriales.

Como quien compra en el tendajón media libra de azúcar, dije a la fámula costruda que salió a abrirme.

—Vengo a comprar "Los dos Estudiantes a lo Rancio".

—Espérese.

Me dió el portazo y yo me aguanté como los hombres.

—Que entre —me dijo, a poco abriendo la puerta.

Del zaguán pasé a una pieza muy amplia, mal enjalbegada y con piso de ladrillo corriente. Parecía pequeña por tanto estante lleno de libros, santos de bulto, estatuas, cuadros y qué se yo cuantas cosas.

Estaba sentado en un gran equipal de vaqueta, leyendo un libro, cerca de una mesita con muchos pa-

peles, tintero y pluma. Luego que oyó mis pasos puso el libro a un lado, se quitó las antiparras y me preguntó con cierta aspereza:

—¿Qué libro quiere?

—Los Dos Estudiantes a lo Rancio.

Sonrió con ironía hiriente y me corrigió:

—Los Dos Estudiosos a lo Rancio.

Se había puesto de pie y seguía mirándome con sus ojos pequeños, bajo unas cejas ásperas y grises. Me miraba como si yo fuera el mono del cilindro.

Me puse muy colorado y él gritó por tres veces:

—O. . .O. . .O. . .

Me acerqué a la ventana que daba a la calle. En mi casa decían que un padre había dicho que el señor Rivera había estado loco.

—O. . .O. . .O. . .

Mentalmente medí la distancia de la ventana a la calle y la potencia de mis piernas. Pero O entró a devolverme la tranquilidad, en camisa de manta burda, chomite y descalza. ("Mis criadas no se han de poner botines porque maltratan mi alfombra." Uu burdo tapete de ixtle de los fabricados en San Luis.)

El entró en la habitación contigua y O se me plantó en frente, sin quitarme un momento los ojos.

Sentí la humillación y me volví a aguantar. Como si no me hubiese dado cuenta de nada me asomé a la ventana a bobear.

Aunque en aquel entonces mi conocimiento de los hombres y las cosas era muy limitado, ya tenía noticia de que a los sabios les están permitidas muchas genialida-

des que se nos niegan a los infelices mortales sin diplomas.

Me picó el tufo agrio levantado de un cerro de cáscaras de tuna amontonadas con otros desperdicios de comida y basuras sobre la banqueta. El callejón del Indio es el eco del corazón de Lagos. Apenas apunta el sol y se oye el golpe del hacha cortando y picando carne a la puerta de las carnicerías, el vocerío de compradores y vendedores: café, leche, pan, tortillas, verduras, fruta, etc. Sube el sol y todo se va aquietando; al medio día puede oírse el vuelo de una mosca.

En el callejón del Indio sientan sus reales los tuneros y leñadores. Huelen a romero los grandes huacales de tunas rojas, cenizas de espinas. Cerca están las fondas donde por real y medio los rancheros se dan un banquete. Al anochecer vuelve el vocerío; se encienden los faroles de petróleo, chisporrotean los mecheros de ocote recinoso y oloroso y todavía mucho después de los *clamores* de las ocho llegan desvahidos, hasta las últimas casas del pueblo, los gritos:

—Birria gorda y calientita...

—Ruido de uñas... Aprébelo, niña, aprébelo...

—De limón, de leche la nieeeve...

Pero yo no oía ni veía ni me importaba nada de lo que estaba afuera. El viejo nimbado de canas, sus ojos pentrantes, su nariz aquilina no se me borraban de la memoria. Y mucho sentimiento porque no me dijo: "¡Siéntese!", ¿quién es usted?..."

—Aquí está.

Volví la cara, casi asustado. Me dió el libro.

Saqué los veinte reales de la bolsa y se los conté en la mano.

Entonces me dió un vuelto que yo no me esperaba:

—O, registra este dinero, a ver si no hay alguna moneda falsa.

Todavía se lo agradezco: jamás me ha vuelto la gana de andar conociendo sabios.

Viajes a Chicomoztoc y el Sombrero

I

Estando algo delicado de salud, allá por el 74, confió su cargo de capellán de las capuchinas a otro sacerdote y tomó unas vacaciones. Hacía algunos años deseaba hacer un viaje a las ruinas de Chicomoztoc.

Acompañado por algunos amigos tomó la diligencia de Lagos a Zacatecas. En tres largas jornadas llegó a Villanueva y de allí partió en coche rumbo a la hacienda de la Quemada. Su breve estancia en esa finca fué sonado acontecimiento. El dueño salió a recibirlo con muchos agasajos, dió una velada en su casa con música, canto y recitaciones. "Estando reunidos en la sala, mientras se aprestaban los caballos, una marcha triunfal cantada por las señoritas y los acentos del piano, hacieron asomar las lágrimas a mis ojos, por el gozo de haber cumplido un deseo procurado por tanto tiempo."

Subieron a Chicomoztoc a caballo; pero por lo anfractuoso del terreno muchas veces se apearon y condujeron sus cabalgaduras por la brida.

En su imaginación aparecen las augustas sombras de Xicoténcatl, Cuauhtémoc, el padre Margil, el padre Clavijero y excelsos pasajes de la historia antigua de México, que trasladará fielmente en su libro "Viaje a las Ruinas de Chicomoztoc". Su sentimiento innato de

de la belleza al evocar aquellos magníficos paisajes le arrancará una apóstrofe vigorosa: "Jóvenes, estudiad a Virgilio, fuente de la belleza y de la forma en que ha bebido toda la edad moderna. En ninguna de las obras supremas de ésta hallaréis la belleza y ternura del mantuano. Dejad a los poetastros y las novelas que no sean como el Quijote y la Atala. . . Estudiad a los clásicos cristianos y a los paganos expurgados. . ."

A su regreso de la Quemada se detiene brevemente en Zacatecas, visita el Santuario de la Bufa, el cerro del Grillo, recorre celda por celda el ex colegio de Guadalupe y algunos otros sitios memorables de esa capital.

II

Muchas veces al despuntar la aurora ya estaba en el mirador de su casa de Capuchinas contemplando los crestones de la sierra y esperando que los primeros fulgores del sol tiñeran de carmín la línea sinuosa hasta que aparecía nítida una prominencia que lo tenía fascinado. Así como un viaje de ocho días en diligencia a México le había inspirado vehementes deseos de visitar Europa, este picacho diminuto, perdido en la nevada sierra de Comanja, le sugirió la idea de escribir una epopeya.

La inquina de los conservadores, inocentemente auxiliada por la apatía de muchos languenses bien informados de la vida y hechos de Pedro Moreno, mantuvo por largos años esta gloriosa figura en la sombra. Pocos historiadores se dignaban relatar en tres o cuatro líneas uno de los hechos de armas más insigne de la

guerra de Independencia; otros ni siquiera lo mencionaban. Fortificado en el cerro del Sombrero con trescientos insurgentes, Pedro Moreno había sostenido el sitio de muchos millares de soldados de línea de las tres armas, hasta que por hambre y sed lo hicieron romperlo. Los bravos y generosos realistas fusilaron o pasaron a cuchillo á cuantos pudieron coger vivos.

El Dr. Rivera había oído desde su juventud relatar esta hazaña y relacionó con los hermanos, hijos y nietos del héroe, hizo venir de un rancho al único supreviviente de los que defendieron el fuerte del Sombrero, juntó cuantos documentos e informaciones pudo y, en seguida determinó hacer un viaje al sitio mismo donde tuvo lugar la magna hazaña. Una mañana de junio del 75 salió en carretela rumbo al mineral de Comanja. "En la noche anterior habían caído dos aguaceros que eran los primeros y que no habían hecho más que regar la tierra. La frescura del ambiente, el sol que se levantaba en un horizonte cerrado por esbeltas y caprichosas montañas y las flores con que nos brindaba el balsámico mayo, resucitaron en el fondo de mi alma el sentimiento poético de otros mejores días."

Cincuenta años de edad contaba entonces; pero en esos momentos había rejuvenecido y el regocijo y la emoción desbordaban de su alma.

Breve tiempo se detuvo en la hacienda de la Sauceda, propiedad que fuera de don Pedro Moreno cuando en ese lugar precisamente se levantó en armas con un grupo numeroso de rancheros, indios y muchos vecinos de Lagos. De la Sauceda tomó rumbo al mineral de Comanja y pernoctó en un humilde jacal del pintoresco pueblecillo de la sierra. Ahí terminó su viaje

en carretela. A otro día, montando buenos caballos, en compañía del propietario del Sombrero y de algunas otras personas, ascendieron por veredas abruptas y entre pañascales, a riesgo de desbarrancar, buscando acceso a la meseta.

El cerro del Sombrero por su forma de cono truncado se parece al sombrero que usaban los primeros virreyes, y a eso debe su nombre.

"Viudas estaban las encinas de sus antiguas campanas,, viudos los tordos azules que huían a nuestra presencia. . ."

Aun encuentra huellas de aquella gloriosa lucha; hay restos de esqueletos humanos y de animales calcinados por el sol, de los cimientos de las murallas, tanto al norte como al sur de la meseta. Asoma a la cueva a donde entraban a jugar los pequeños hijos de Moreno.

"Contemplé el algibe; monumento que parece haber quedado en pie, solitario en medio de las calladas ruinas y de las calladas montañas, para recordar la terrible sed y el valor heroico de Moreno y sus compañeros."

Según su costumbre, de las ruinas de ese depósito retira algunos fragmentos de mezcla para enriquecer su museo.

"Vi la barranca de Barbosa, donde creí encontrar todavía las huellas de mi padre. Al contemplar este lugar tan caro para mi corazón, me asaltó un pensamiento de inefable misericordia y un sentimiento de profunda gratitud. ¡Ah! En 1817 no había llegado todavía el momento en que dos seres nacidos en muy apartadas tierras se conocieran y se enlazaran por un destino eterno. Mientras mi padre combatía al pie del

Sombrero, mi dulce madre, jovencita criada en la sencillez de los campos, oraba en la iglesia del Carmen de Guadalajara. Cien veces dirigió mi padre la vista a estas rocas inaccesibles y jamás pensó que un hijo suyo vendría al mismo lugar y contaría la historia de aquel espantoso sitio y la historia de él mismo."

* * *

"Viaje a las Ruinas del Fuerte del Sombrero" es uno de los mejores libros del Dr. Rivera, por su veracidad, por la sencillez del relato y por la profunda emoción que produce en el lector.

"Concluyo este documento histórico con la conciencia de haber referido los hechos con la verdad e imparcialidad que me han sido posibles. Al cabo de 54 años, calmadas las pasiones, españoles y mexicanos vivimos en paz y armonía no sólo bajo el mismo cielo, sino bajo el mismo techo. Los mexicanos jamás podremos olvidar que somos los hijos de Bartolomé de las Casas, de Vasco de Quiroga, de Antonio Alcalde..."

Nunca un historiador se identificó tanto con el héroe que glorifica como el padre Rivera con don Pedro Moreno. No sin cierta verdad dijo alguna vez un escritor mordaz: "el padre Rivera glorifica hasta el perico de la casa de don Pedro Moreno". Los homenajes rendidos a la memoria del héroe los recibía como algo propio. En la fiesta del 27 de octubre, el primer número del programa era una visita al historiador laguense. Cuando se trasladó a León, la Junta Pedro Moreno, en la misma fecha, con toda solemnidad ocurría a la oficina telegráfica a ponerle un mensaje de felicitación.

En su senectud se llevó a su casa a don Rafael Muñoz Moreno, nieto del héroe, con sus familiares a quienes dió el nombre de hijos. Y a su fallecimiento dejó como heredero de lo único que le quedaba, una modesta biblioteca, al mismo señor Muñoz Moreno.

MEMOR

El laguense que después de una larga ausencia vuelve a su terruño jamás deja de subir al cerro del Calvario. Como en condensado film en tiempo y espacio, revive un pasado entero en breves instantes. Al pie del cerro el caserío se aletarga como en dulce y sedante sueño. Todo es quietud y soledad. Desde las blancas polvaredas del camino real por el puentecito de Nuestra Señora del Refugio hasta las techumbres oxidadas de las bodegas de la estación del ferrocarril, se adelgaza, luego se hincha y se vuelve a adelgazar, como un huso que se desvanece y se pierde por uno de sus extremos en la tierra blanca y salitrosa de los Pozos Artesianos. De éstos nace la Acequia que culebreando viene hacia la ciudad, regando alfalfares, huertas, hortalizas; entra ya bardeada frente a la capillita del Señor del Rescate, surte las turbinas de la Victoria, los baños de los Marqueses, riega la Quinta Rincón Gallardo de frescos muros pintados de rojo, se derama en tapiz de cristal en los prados del Jardín Grande (parque poblado los domingos de rosas más frescas y radiantes que las de castilla, las reinas, los claveles, los pensamientos y las perfumadas violetas) para desembocar por fin en el Chorro en la corriente del río, a inmediaciones de una plazoleta con muchos bancos de herrar y mesones.

Siguiendo la línea sinuosa del cerro por el poniente, a su misma altura se levanta otro, rematado por una gran cruz de madera sobre un rojo pedestal de cal y canto, cuyos brazos abiertos parecen llamar y proteger al pueblo. Entre ambos cerros media una explanada de blancos tapetates, los blancos muros del panteón municipal y blancas lápidas entre verde follaje. Bajando por esa cuesta se encuentra el caminillo del pueblo de Buenavista y bruscamente, en un recodo, se tropieza con un tosco pilarón de mampostería desportillado por la incuria y los años. Las letras pintadas sobre una lápida de cantera se han borrado y con trabajo se adivina que es el monumento conmemorativo del sitio donde estuvo expuesta la cabeza de Pedro Moreno en un picota, cuando el gobierno español en agonía quería poner escarmiento a los patriotas.

De entonces arranca la división política de los vecinos de la población. Los magnates, como el marqués de Guadalupe, militaron al lado de Calleja con las armas en la mano, criollos como don Rafael Moreno (hermano del héroe) estuvieron en las filas del cura Hidalgo. El levantamiento de don Pedro en la Sauceda con numerosos laguenses acabó de realizar la división.

* * *

A los acentos marciales del himno nacional mexicano y a los repiques sonoros en todos los campanarios del pueblo, la comitiva salía de la Jefatura Política a cerrar la formación.

Previamente la banda del maestro Apolonio Moreno, a platillo y tambora, juntaba a los vagos, mien-

tras iban llegando los niños y niñas de las escuelas oficiales y del Padre Guerra en orden perfecto.

Se iniciaba el desfile. Aparecía el Sr. Jefe Político de flamante levita cruzada, sombrero alto, relucientes borceguíes de charol (todo proporcionado a vistas por alguna sastrería de postín de la capital y devuelto al día siguiente sin cepillar siquiera) acompañado por el presidente y los consejales del Muy Ilustre Ayuntamiento, el personal de las oficinas de gobierno, los catedráticos del Liceo y tres o cuatro que nos ufanábamos de llamarnos liberales.

En el callejón del Indio se detenía la columna, una comisión entraba a la casa del padre Rivera, don Ausencio López Arce, presentaba su homenaje y felicitación en breve discurso y lo respondía muy emocionado el viejo sacerdote. En seguida se reanudaba la marcha en dirección de "la histórica colina".

—¡Viva don Pedro Moreno! —se desgañitaba el que iba adelante tirando cohetes.

—¡Viva el pozole! ¡Viva la cabecita! —respondía como un eco, un guasón escondido tras la ventana de una casa decente.

Nadie se alteraba. Así era siempre. La fiesta de Pedro Moreno, con todo y la obra del padre Rivera, es impopular en su tierra. Los clericales y la gente de la alta, descendientes de realistas y conservadores, por principio la despreciaban; los de la clase media por servilismo y por ignorancia muchos de la clase baja. Pero van muchos herreros, carpinteros y otros artesanos que saben leer y escribir, y eso basta.

En torno a la tosca columna cuadrangular y cacariza se ha levantado una plataforma, bajo un gran

toldo de lona. En el fondo, entre coronas de fresno, se ve un retrato al óleo de Pedro Moreno. Hay asientos numerosos para la Comitiva. Adelante una tribuna que a su tiempo ocuparán Pepe Becerra, Pancho Guerrero o alguno de los López Arce. Con el himno nacional y muchos vivas termina el festejo.

La devoción del padre Rivera a Moreno era muy grande. Lo acompañé a la tribuna la mañana en que se descubrió el modesto monumento levantado en la calzada Pedro Moreno, por suscripción popular. Oí su voz quebrada por la emoción y vi correr lágrimas por sus mejillas arrugadas y resecas.

Censura Eclesiástica

I

Sólo dos años desempeñó su cátedra de historia en el Liceo del padre Guerra. Su salud se resintió por exceso de trabajo hasta el grado de no poder decir misa. Solicitó licencia por algunos meses y salió a México a curarse. Permaneció algún tiempo, reanudando sus estudios a medida de su mejoría. Tuvo como amanuense, con un sueldo de treinta y un centavos por hora, al después famoso director de "El País" don Trinidad Sánchez Santos.

Mejorado regresó, pero ya no a la casa de las Capuchinas sino a una de su hermano Antonio, por el costado oriente de la paroquia en la calle de la Industria. Una casa de recuerdos, En una viga de un techo se leía la fecha de su construcción en 1705, es decir un siglo antes de la Paroquia y medio siglo antes del convento de las Capuchinas. Además, en esa casa había vivido don Diego Romero, el Alcalde que tanta fama supo dar a Lagos, antes de 1810.

Además del cargo de capellán de las monjas desempeñaba otro tan espléndidamente retribuido como aquél: era capellán de la hacienda de El Salto de Zurita, propiedad de sus parientes los Sanromanes. Por obligación tenía que ir cada ocho días a decir misa, caminando a caballo diez leguas de ida y vuelta. Llevaba su capote de hule, se calaba un ancho sombrero y

chivarras y al galope, remudando de bestia, hacía su recorrido. Y como si eso fuera poco, por su cuenta confesaba, predicaba, asistía agonizantes, alabando a Dios y confirmando la especie salida del curato de que estaba un poco *distraído*. Otra mejor era su retribución: el conocimiento exacto del estado de miseria e ignorancia en que se tenía a los jornaleros del campo. Lo que le hace comprender por qué los rancheros, con las beatas, fueron el último baluarte del fanatismo. Y escribe: "Afortunadamente los rancheros comienzan a abrir los ojos a la luz de la civilización y comienzan a emigrar a donde les pagan mejores sueldos."

Razón de sobra tuvieron sus parientes ricos para repudiarlo, como él la tuvo para amputarse de su apellido un apéndice estorboso.

* * *

Hacía dos años que había publicado el tomo primero de su "Compendio de Historia Antigua de México", cuando una noche llegó muy alarmado el Juez de Letras don Manuel Cabral, amigo suyo, diciendo:

—En el Curato se ha recibido una censura eclesiástica de su libro. ¿Qué va a hacer usted ahora?

El padre Rivera le dió una palmadita en la espalda, calmando su espanto, le ofreció asiento en uno de sus equipajes y tranquilamente le respondió:

—Ya veremos.

En seguida se puso a platicar de otra cosa.

El documento había llegado ya a su poder, remitido directamente por el mismo arzobispo y acompañado de una carta que por su tono contrarrestaba la

acritud de la censura. Eso lo obligaba a guardar una discreción absoluta, y por eso sólo dijo: .

—Ya veremos.

Desempeñando el cargo de Promotor Fiscal de la Curia Eclesiástica de Guadalajara, en el curso de un proceso seguido a un fraile de Zapopan había tenido una fricción violenta con otro de la misma orden apellidado Barbosa. Quedó éste tan enojado que dejó hasta de saludarlo desde entonces. En alguno de sus libros pone al padre Rivera esta nota, acordándose de aquel penoso incidente: "En las paredes de mi gabinete tengo siempre bajo vidrio y en marco los retratos de los señores Ventura, Sollano, Alamán y Zamacois, para que me recuerden perpetuamente el temor de escribir para el público y quisiera tener también el retrato del licenciado Mallén y el de Fray José María Chávez, guardián del convento de Zapopan."

En ese tiempo era obispo de Sinaloa el Sr. don Pedro Loza, después arzobispo de Guadalajara. Ignorando tales antecedentes, éste había sometido el libro del padre Rivera a la censura de un enemigo personal, el fraile zapopano don Luis R. Barbosa, cura del Sagrario entonces.

Bien aguzados los dientes y mejor afiladas las uñas, el censor ha leído ya 145 páginas sin encontrar hueso, cuando de pronto hace un gesto de regocijo y comienza a garrapatear.

Refiere el Dr. Rivera la leyenda de la princesa Papantzin comentando las palabras del "bellísimo joven de ropas más blancas que la nieve y alas muy hermosas:

"Los clamores que has oído, son de las almas de tus antepasados que viven y vivirán siempre atormentados en castigo de sus culpas"

Y el padre Rivera escribe: "El espíritu que habló a Papantzin era mal teólogo porque creyó que todos los que mueren en el gentilismo se condenan."

El cura Barbosa, ardiendo en amor cristiano, anota: "El decir que las almas de los aztecas son atormentadas eternamente por sus culpas es no sólo una verdad teológica, sino de sana filosofía, porque ésta enseña que el culpable debe ser castigado."

Como muestra de la calidad cristiana del teólogo Barbosa con ese botón basta. Pero hay algo más divertido.

Hace el padre Rivera un paralelo entre los sacrificios humanos de los aztecas y las hogueras de la Inquisición española y comenta: "Graciosos estarían los españoles de México cuando exclamaban: ¡Sacrificar a los hombres sacándoles el corazón! ¡Eso es horroroso! No, no; nosotros nomás los quemamos vivos"

Indignado el sabio censor levanta la voz. Esas bromas del padre Rivera son de un gusto detestable. "Los sacrificios humanos de los aztecas se hacían como agradables a sus dioses para obtener sus beneficios, y las ejecuciones de la Santa Inquisición eran para castigar delitos y crímenes excecrables ante Dios y ante los hombres."

¡Ira santa! No hay reactivo mejor para descubrir el amor cristiano que hay en un católico, como el hacerlo hablar de la Inquisición española.

Unos matan sin odio en su corazón creyendo ser propicios a sus dioses, otros con el alma henchida de odio para vengar horrendos crímenes que ellos mismos

califican. Aquellos tendrán que ser refundidos en los abismos del infierno y éstos de patitas van al cielo.

Pero cuando la indignación del cura llega al paroxismo es al leer unos renglones en que el padre Rivera osa comparar los sacrificios humanos de los aztecas, la comida que hacen con la carne de las víctimas, con el Santo Sacramento de la Eucaristía. No lo habría hecho seguramente sin graves autoridades en quienes ampararse. Cita en apoyo de su tesis a Huet, Lacordaire, Conde de Maistre, Ventura, etc. "Todos estos sabios afirman que los dogmas y sacramentos de todas las naciones paganas civilizadas, eran muy semejantes a los dogmas y sacramentos de la religión cristiana, y no sólo lo afirman, sino lo prueban con sus sapientísimas obras, cuyas doctrinas presento".

Pero el desolado Barbosa replica: "Confieso que al leer esto, he sentido una impresión muy triste y desagradable y no comprendo como un católico puede asentar tamaña proposición, sin ofender los oídos piadosos. El asunto es demasiado serio para aplicarle el *risum teneatis.*"

Dos años antes de publicar el "Compendio de Historia Antigua de México" el padre Rivera había hecho circular su folleto "Concordancia entre la Razón y la Fe", sosteniendo la misma tesis relativa a los sacrificios humanos de los aztecas, citando en su apoyo, entre otros autores, al famoso predicador Baurdalue, reputado como uno de los hombres más eminentes de Francia. "Bien sabéis que un pagano a quien no haya

sido anunciada la ley de Jesucristo no será juzgado por ella y no lo condenará por una ley que no lo haya hecho conocer. ¿Conocemos acaso todas las operaciones secretas de Dios sobre las almas y todos los modos con que puede iluminarlas?"

¡Claro que un Bourdalue no las conoce, pero sí y de sobra los secretarios de Dios como el cura Barbosa y Cía!

Este folleto lo recibió y leyó el Arzobispo Loza, lo mismo que muchos altos dignatarios de la Iglesia a quienes el padre Rivera enviaba regularmente sus libros y nadie tuvo la idea de censurarlo. Había pues un enigma, pero enigma que no lo era para el directamente interesado, quien sólo por un sentimiento de lealtad y delicadeza se guardó el secreto, hasta que no hubo persona a la que comprometiera haciéndolo público. Respetuosamente contestó la carta de su prelado así: "Tengo el honor de decir a S. Sría. Ilustrísima que he leído la censura y el decreto y obedezco."

No fué respuesta hipócrita ni mentirosa. La obra censurada quedó definitivamente interrumpida y lo ya impreso jamás fué reeditado. Como sólo dos ejemplares de la censura llegaron a Lagos, solicitó algunos más a Guadalajara, donde tampoco se consiguieron. Esto le llamó la atención y entonces mandó hacer una reimpresión que remitió a las personas que tenían el susodicho libro, sin más comentario que éste: "No doy explicación de mis conceptos censurados por el Sr. Barbosa; entrego la censura a mis lectores y me limito a decir que obedezco."

Obedece, en efecto, no con la obediencia del perro a su amo, sino con la de todo ser racional digno

y consciente. Reconoce al superior jerárquico, pero no abdica ni de su inteligencia ni de su voluntad. Por eso escribirá más tarde: "Una vez impreso un escrito, todo ciudadano es libre para opinar acerca de él como le parezca conveniente. Todo censurado sensato que no busca más que la verdad, debe aceptar la censura con modestia. Respecto de las injustas debe mirarlas con filosófica indiferencia y hasta con alegría, porque según el axioma clásico latino, *la verdad impugnada resplandece más.*"

II

Sin la estupidez de sus enemigos pequeños, no por insignificantes menos molestos, quizás el padre Rivera se hubiera guardado indefinidamente el secreto del verdadero móvil de la censura de su libro; pero tanto lo irritaron con sus impertinencias, que en su vejez dió plena luz en el asunto. Comenzó publicando algunas cartas de ameritados personajes de la iglesia. "Mi pluma está a sus órdenes —le escribe un obispo— con la sola condición de no expresar mi nombre." Otro, el canónigo don José de Jesús Torres, más tarde obispo de Zacatecas, le dice: "Nos ha parecido algo singular la conducta del Sr. Barbosa y a no venir cubierta la censura con la autoridad de S. S. Ilma., el Sr. Arzobispo Loza, no habría faltado quien hubiera escrito en favor de usted."

El Dr. D. Ramón López, canónigo de la catedral de Guadalajara, escribe: "Tuve la ocasión de leer la censura del Sr. Barbosa. . . Espero que tan inesperada apreciación no lo desaliente en sus futuros escritos. Todas las obras de mérito sufren contradicciones apasionadas."

El Dr. D. Agustín de la Rosa, tan celoso guardián de la religión católica, ni siquiera hace mención de la censura de Barbosa, en su periódico "La Religión y la Sociedad", antes bien habla en su favor con el arzobispo.

El propio censor comienza su obra con estas significativas palabras: "Ante todo me complazco en reconocer y apreciar el profundo respeto del Sr. Dr. Rivera a la doctrina ortodoxa."

Poco se nos da saber si tan preciosa confesión sólo tuvo por objeto dorar la píldora al censurado.

Después publica "Mis bodas de Oro" y en ese folleto hace una aclaración que no desmintió el mismo arzobispo Loza. "Tengo pruebas de que el Sr. Sollano de León tuvo gran participación en que fuera censurado y reprobado mi "Compendio de Historia Antigua de México", alegando que contenía cosas contrarias a la religión católica."

Por último, muerto ya el Sr. Loza, ya sin compromiso con nadie, publicó la carta completa que su Prelado le escribió, acompañando la Censura. "No quería sujetar a censura su referido Compendio; pero una persona de otra diósesis, muy respetable para mí, me ha estado instando. . ."

¡Todo humano!

El padre Rivera prodigó siempre sus elogios al Seminario Conciliar de Guadalajara y especialmente a sus catedráticos. Cuando la rectoría de ese establecimiento designó como maestro de Teología Dogmática al señor cura don Luis R. Barboso, habría sido una buena ocasión para aplicar al padre Rivera el mismo cuentecillo que él le inventó al obispo Sollano y preguntarle:

—¿No le parece? . . .

III

"Con intuición se aprende más en un rato que en el estudio de muchos años sobre los libros. Teresa de Jesús que nunca pisó las aulas y Vicente de Paul que llevó vida de pastor de ovejas prueban esta verdad."

Pero aunque el obispo Sollano era un sabio y el cura Barbosa un teólogo, lo que les faltó de intuición les sobró de santo encono. Sin desearlo tomaron de la mano al padre Rivera y lo pusieron en el camino mejor.

El hombre superior no se somete a los acontecimientos que se le atraviesan en su ruta, antes bien los somete a su voluntad y los pone a su servicio como medios de su propia realización. Desde el año de 1870 el padre Rivera venía documentándose para un trabajo relativo el estado de la cultura colonial desde el siglo XVII hasta la primera década del XIX. La conducta del obispo Sollano y del cura Barbosa fueron como una proyección luminosa en lo que había vislumbrado vagamente. Encontró los efectos de la educación de la Colonia encarnados todavía en hombres de reconocido saber. Y recordando al benedicto de Oviedo que tanto había leído desde su juventud, en lo íntimo de su alma se regocijó de verse también perseguido por "las brillantes pelucas, los venerables bonetes y las reverendas capillas", y en este nuevo camino vió las huellas del maestro y valientemente se propuso seguirlas.

Y al señor cura don Luis R. Barbosa le salió el tiro por la culata. Un fuerte núcleo de liberales ilustrados y católicos de amplio criterio y genuino es-

píritu cristiano estuvieron ostensiblemente de parte del padre Rivera. Y lo que él apenas esbozó en su libro, salió por enésima vez a relucir descarnadamente en la prensa, sin componendas ni ambigüedades: el paralelo entre los sacrificios humanos de los aztecas y los crímenes de la Santa Inquisición.

Naturalmente el gallinero de beatas y chupacirios entró en viva efervescencia. Y la guerra sorda y solapada de ayer se desembozó en los ataques más virulentos.

Todo para bien. Ha encontrado el gran camino y por él se aventura sin vacilación ni miedo. Tiene en sus manos la veta inagotable para realizar la obra máxima de su vida. Ahora se le da un comino la enseñanza de los clásicos paganos expurgados a la juventud, le importa un pito investigar si los aztecas se van al limbo o a las llamas eternas del infierno. Demostrar el atraso de México como consecuencia natural del de la Nueva España en sus últimos siglos va a ser el tema al que consagre todas sus energías.

El éxito es inmediato y resonante. Apenas aparecido el primer tomo de "Principios Críticos sobre el Virreinato de la Nueva España" y "La Filosofía en la Nueva España" salta un paladín a la palestra. No es ya un oscuro obispo de provincia, ni un teólogo resentido y obtuso, ni un sabio cacique de Lagos, sino el sacerdote más eminente por sus virtudes y saber en Jalisco, el canónigo honorario de la catedral de Guadalajara, doctor don Agustín de la Rosa.

Contendientes de esta categoría dan prestigio y honor. A partir de esta controversia el padre Rivera ocupará un puesto de primer orden entre los escritores de su siglo.

Hombre de Letras

Que no carecía de dotes literarias lo comprueban superabundantemente muchos de sus sermones y discursos, lo mismo que algunos relatos como "El Pozo de la Sacristía" y "Viaje a las Ruinas del Fuerte del Sombrero". Pero sea que las disciplinas que de preferencia cultivó lo hubiesen alejado de la obra meramente literaria, sea por real incapacidad para desplegar aquellas facultades, ello es que los juicios que emite acerca de obras de letras y artes no son a menudo sino el reflejo de las opiniones dominantes en su tiempo. Suele citar composiciones de una ramplonería desconcertante, como estos renglones cortos de una poetisa a cuya obra consagra uno de sus escritos:

Mi padre era inteligente
Comerciante muy honrado
Y muy bien acreditado
Por fino, probo y decente.

No es disculpa que anote que esos versos fueron de juventud y permanecieron inéditos. Falta mayor fué la suya, al haberlos publicado. El cariño de la familia o de los amigos con frecuencia hace del dominio público insignes mamarrachos que en vez de enaltecer a los indefensos difuntos, son injurias graves para su memoria.

"¡Qué queréis! Carezco de buen gusto literario; pero cada uno tiene su modo de sentir." Disculpa peor que la culpa.

En polémica con un padre Chávez de Irapuato hace esta confesión: "La sátira fina es una cosa muy difícil y sería yo un fatuo si creyera poseerla. Es muy posible en mis escritos haya empleado simplezas y chocarrerías." Tiene soterrada tal idea, pero asoma a veces con impertinencia penosa. El asunto del estilo en su obsesión; en algunos de sus libros, como "Los dos Estudiosos a lo Rancio", le consagra a su defensa más de un centenar de páginas. Incurre, por lo demás, en la misma candorosidad que hoy está de moda en ciertos exquisitos esotéricos que escriben prólogos para explicar lo que en sus libros han querido decir. Si el estilo no se defiende solo, peor es meneallo.

Poniendo aparte a los clásicos de fama inconmovible en el sentir de las gentes, sus selecciones literarias rastrean el suelo con abrumadora frecuencia. Su admiración por Díaz Mirón es sospechosa desde el momento en que lo junta en la misma canasta con yerbas de toda especie.

Es dudoso que hubiera publicado muchos escritos que afean su obra, si en vez de haber vivido en un pueblo donde unos lo adulaban con servilismo y otros lo atacaban con sandeces, hubiera respirado el ambiente de una capital. De esta circunstancia se aprovecharon sus enemigos para presentarlo al público, que gusta de las opiniones hechas, como un tipo divertido y excéntrico, sin valimiento verdadero. Siendo de tan escasa circulación sus obras y prefiriendo la mayoría de los lectores que no se les obligue a pensar, el daño que le han hecho ha sido enorme.

La paradoja más singular de su vida es ésta: si como pensador ocupa siempre sitio en primera fila, como hombre de letras es un irreducible conservador. Aconseja a la juventud que sólo lea "novelas como el Quijote de Cervantes o Atala de Chateubriand." Después de las obras de Virgilio y de Horacio nada superior se ha producido en las letras. La novela histórica y la biografía novelada lo sublevan. Eso todo lo embrolla, ni es historia, ni es novela, ni biografía. Como casi todos los historiadores de su tiempo estima el valor de los acontecimientos en función de nombres, sitios y fechas. Su visión se estrecha y todo lo ve con ojos de microscopista. Los grandes panoramas y los conjuntos lejanos no le seducen.

Apenas habrá nombre de literato, político, artista u hombre de fama universal que no ocupe sitio en "su librería" o no sea citado en sus libros. Pero su incapacidad para comprender a los innovadores es evidente: Lo mismo le niega mérito a un Góngora o a un Gracián que a cualesquiera de los modernos.

Su gusto artístico corre parejas con el literario. Cuando prefiere las madonas de Fra Angélico a las de Rafael, por ejemplo, se siente uno tentado a pensar que eso lo ha leído o se lo ha escuchado a otra persona. Pone a Salvator Rosa sobre Miguel Angel, optando por un criterio católico y morales ajenas al arte. Mete en el mismo saco a Chopin, a Wagner y a Mascagni.

Con todo sus opiniones se cobijan siempre con las de autores a quienes reconoce competencia.

Y esto ocurre en todas las materias. En su segunda edición de "Elementos de Gramática Castellana" de-

fendió el uso de la i en vez de la y en ciertos casos, pero no se atrevió a adoptarlo en sus propios escritos. Está corigiendo las pruebas de su libro "Un Cuadro de 20 Edificios" cuando cae en sus manos la obra de Andrés Bello defendiendo la misma doctrina y desde ese momento corrige su libro desde la página 73 poniendo *i* en vez de *y* en las conjunciones y en algunos otros vocablos.

A poco tiempo de haberse ordenado incurrió en la común debilidad de los hombres de letras; escribió versos. Naturalmente, siendo los primeros, se llamaron "A la Luna". Le agradaron mucho al señor obispo Barajas y a algunos canónigos y los mandó imprimir. Reincidió más tarde con otros "A la Viryen de Moya" y "A los Niños de una Escuela". Felizmente alguien le prestó "Ripios Ultramarinos" de don Antonio de Valbuena, y con una visión más exacta que la de S. S. Ilma., hizo una chamusquina con los ejemplares que le quedaban.

* *
*

El pueblo corto, especialmente cuando se frecuenta su sociedad, no sólo contagia de sus virtudes sino mayormente de sus defectos. Los horizontes se reducen, se pierde el sentido de la perspectiva y de las proporciones y el individuo mejor dotado con facilidad se tuerce y se deforma. Mezquindad, egoísmo e incomprensión saturan el ambiente. El fenómeno que sorprendió al padre Rivera en la Basílica de San Pedro, viéndolo todo vulgar, en virtud de la estupenda armonía del conjunto, se presenta aquí invertido: se agiganta lo pequeño,

se crece lo insignificante, se concede valor a lo que no lo tiene. Cuando menos se lo espera, el hombre ha quedado encadenado al medio. Sin puntos de orientación ni comparación, en vez de crecer su personalidad se hincha.

El padre Rivera encontró por una parte enemigos gratuitos sin categoría intelectual, que lo trataban de tú a tú y por la otra un grupo no menos numeroso de admiradores ciegos que con sus elogios incondicionales le hacían quizá más daño que los primeros. Estas influencias se resienten de una manera notable en los escritos de sus últimos años.

Asediados sin cesar por individuos ignorantes, envidiosos, serviles, incomprensivos, los obligan a participar, sin darse cuenta de ello, en sus bajas pasioncillas.

Estos hombres de estudio, de positivo valimiento, que oscuramente viven en pueblos cortos, como medida de higiene y salud, deberían de cuando en cuando salir a las grandes ciudades a respirar nuevo ambiente, a contemplar otros horizontes y a tomar puntos de referencia más exactos. Recuperando el sentido de una justa perspectiva, volverían a su solar, curados de su hidropesía, a dar frutos más sanos y sazonados.

Con todo, si el éxito de un escritor estriba en el equilibrio entre sus posibilidades y sus realizaciones, es injusto acentuar más de la cuenta estas fallas. El padre Rivera realizó plenamente el ideal que se propuso como educador de la juventud y del pueblo. Y en nada amengua su gloria el hecho de que su predilección por trabajos de otra índole, lo hayan hecho descuidar el meramente literario.

MEMOR

Me dió un abrazo y nos señaló el canapé, lugar de preferencia para sus *visitas de cumplimiento.*

—Dispénsenme, señores, pero como no tengo señora no se ha encedido la lámpara de lujo.

Y mi mujer era su sobrina.

A la luz de un velón de parafina oscilaba la araña de prismáticos que no podían descomponer la luz por tanto polvo y telarañas.

Hizo señal a O de que se retirara.

—Porque estos criados son hijos de otro Adán.

Observé que no era la misma O que había conocido en mala hora y que todas sus criadas se llamaban O.

Desconfiando de las gentes cuyo modo de pensar ignoraba, mi recién tío Rivera nos agasajó sin salirse de las fórmulas de cortesía.

Después de algún tiempo, amigos y admiradores suyos me pidieron un "pensamiento" para un álbum que le iban a obsequiar en su onomástico. Escribí cinco renglones chorreando de jacobinismo en plena erupción.

—¡Ya reventó el cohete! —me dijo riendo, en la segunda visita.

Se levantó, se acercó a un cajoncito de su biblioteca y sacó dos cuarterones de chocolate.

—O . . . O . . . O . . .

Raro será el viejo vecino de Lagos que no conserve entre sus recuerdos algún folleto del padre Rivera con dedicatoria que lo acredite de "muy ilustrado". En cambio sólo a quienes quería distinguir como amigos ínti-

mos, los invitaba a tomar el chocolate. A su amigo el Lic. Antonio Rivera G., en prueba de especial estimación y agradecimiento, le enviaba una "molienda" del chocolate que bajo su vigilancia se hacía en el metate de su propia casa.

Sólo de su título de Doctor en Derecho Civil se ufanaba tanto como de su chocolate. Jamás perdonó al padre Rositas de Guadalajara que lo hubiera llamado "el Doctor de Lagos".

Alguna vez un buen hombre del pueblo, viéndolo venir por una acera, se bajó y con el sombrero en las manos lo saludó:

—Padrecito, buenos días le dé Dios a su merced.

¿Padrecito? . . . Bruscamente se detuvo, lo tomó por el cuello de la blusa, lo sacudió con violencia y le puso una dura reprimienda. Padrecito se le llama al primer tonsurado que llega, aunque no tenga dos dedos de frente; pero la borla de Doctor en el Seminario o en la Universidad de Guadalajara no es moco de pavo. Para ganarla se necesita haberse distinguido como estudiante, poseer a fondo la materia del doctorado, haber sufrido el *vejamen* en la *Noche Triste* y haber gastado setecientos pesos en el examen.

Vino O a poner la mesa y él me mostraba las curiosidades de su gabinete. Desde el cubo del zagúan, todo estaba tapizado de cuadros, cartones, fotografías, grabados, óleos y hasta simples recortes de periódico. No había personaje de actualidad que no estuviera en aquella miscelánea gráfica, que más que de adorno le servía de fácil recordatorio para sus investigaciones y estudios. Galerías de papas, emperadores, retratos de literatos, historiadores, sabios y hasta políticos de todos

los tiempos. Cerca de un auténtico Cabrera, el Panorama de Lagos pintado al óleo por don Nachito, el maestro de dibujo del Liceo. San José de Alcíbar, Simón Bar Jona del Dr. Reina. Savonarola predicando a las multitudes, Jerónimo de Praga en la hoguera. . .

—Lo que ve con tanto interés, señor sobrino, es una silla de nogal de la sala de nuestro don Pedro Moreno. Un regalo de su familia que es de inestimable valor para mí.

Pero advirtiendo que mis ojos no se fijaban precisamente en la silla sino en un óleo, a inmediaciones de una águila real que con sus enormes alas desplegadas ocupaba todo un costado, me dijo:

—Es copia de la Magdalena de Correggio. Es una de mis mejores adquisiciones de Europa.

Y no pude participar del entusiasmo y satisfacción con que me la elogió, porque lo que yo había advertido me tenía desolado: dos obleas de las que venden en "La Colmena" a tlaco, pegadas en el soberbio busto de la hermosa pecadora.

—Esta escultura —prosiguió señalándome un horrible santo, cerca de el águila que llevaba una serpiente en el pico, es la de San Sebastián, primer patrono de la Parroquia, que fué la primera escultura que hubo en Lagos. La rescaté cuando un cura ignorante la había mañdado quemar, porque le había llegado otra nueva. Tiene un gran mérito: es de manufactura tarasca, hecha con trapo y rastrojo.

Me levanté a ver de cerca otros cuadros y objetos curiosos en tanto que él daba a su sobrina la explicación más minuciosa para hacer un buen chocolate.

Precisamente cuando se oyó el batir del molinillo en la ollita de barro. Discretamente vine luego a ocupar mi asiento.

—Si, es mi gallo —seguía platicando—; lo tengo amarrado bajo el floripondio del patio. Siempre me ha agradado que su cantó me despierte.

O entró con las tacitas de china cubiertas de espuma. El no nos acompañó a la mesa, porque merendaba en su mismo equipal. Se había cubierto ya desde el cuello hasta la cintura con infinidad de servilletitas y comenzó a tomar vasos de leche con doradas palomas de harina que se le habían servido en una mesita, a un lado de su sillón.

Polémica con el Dr. de la Rosa

Supongamos que dentro de cien años se le ocurriese a un escritor demostrar el atraso moral y económico de México en la primera mitad del siglo XX, fundando su tesis en el fabuloso número de despojos y asesinatos cometidos impunemente, la mayor parte de ellos por hombres prominentes de los sucesivos gobiernos, según el abrumador testimonio de la prensa diaria del país. Cualquier escritor venal, bien remunerado, podría rebatir al primero fácilmente, no con documentos anónimos sino con fehacientes discursos, manifiestos, declaraciones y demás "expresiones de la voluntad nacional", amparados con las firmas auténticas de un Carranza, de un Obregón, de un Calles o de cualquier Lázaro Cárdenas, y comprobar que nunca se disfrutó en nuestro país de mayor respeto a la vida humana, a las garantías individuales a las leyes vigentes, a la libertad de pensamiento, etc., y que nunca México alcanzó más alto nivel de cultura y prosperidad que en esta época.

Tarea de aquella magnitud fué la que se echó encima el padre Rivera con su obra máxima "Principios Críticos sobre el Virreinato en la Nueva España" asentando el atraso de la Colonia desde mediados del siglo XVII hasta principios del XIX, en las ciencias filosóficas, en las ciencias naturales y en otros muchos ramos del saber. Obra paciente y laboriosamente preparada, aportando un caudal de documentación

con grandes facilidades para que cualquier investigador la ratifique, conforme a su propio criterio.

Como banderillas de fuego prendieron en los partidarios del régimen colonial dos documentos que encabezan "La Filosofía en la Nueva España". No pudiendo negar su autenticidad, tuvieron que recurrir a malabarismo de palabras e ideas para embaucar incautos.

Son dos programas de actos públicos de la cátedra de física: uno del colegio de Santo Tomás de los jesuitas de Guadalajara, en el año de 1764 y el otro del Seminario de Guadalajara en 1798.

Trata estos puntos el primero: *La causa prima. Las virtudes de las causas secundarias. Las operaciones sobrenaturales. El Sacramento de la Eucaristía. La Eternidad.*

Los principios sostenidos según el segundo son éstos:

Nosotros estamos persuadidos de que el frío, de parte del cuerpo frío, consiste en la ausencia o quietud de las partículas de fuego determinadas por ciertas partículas nitrosas y principalmente salinas.

La materia del relámpago, la del trueno y la del rayo, son las exhalaciones de azufre, las del nitro, las mezcladas del betún, amontonadas por cierta razón especial en la temperatura de la región del norte, al cual fenómeno ayudan no poco las nieves y el hielo.

No todos los cometas tienen por origen las exhalaciones quemadas en lo más alto del aire.

Curándose en salud, el catedrático de FISICA agrega que en su programa las proposiciones asentadas "son los conocimientos que tenían en FISICA los va-

rones que iban a la vanguardia en materia filosófica en la Nueva España".

Dícese que la ciencia de hoy es la religión de mañana. El positivismo barrió con muchas patrañas de la enseñanza colonial, y de la basura que del positivismo quedó son los que propugnan en programas oficiales por principios no menos risibles que aquéllos: "la explicación exacta y racional del Universo".

Lo mismo que hoy cualquier hijo de vecino puede reír de los programas universitarios de la época colonial, mañana podrá reír de los elaborados por nuestros pedántitos oficiales de hoy.

El positivismo hizo su obra y pasó dejando campo libre a nuevas corrientes de ideas que a la vez harán la suya. En defensa de nuestro tiempo hay, sin embargo, que recalcar que no fueron voces aisladas, sino las de todo México culto y digno las que se levantaron con risas y burlas como una protesta contra quienes diciéndose representantes de una época y de un país, sólo lo han sido de una facción de audaces aventureros en cuyas manos la revolución nos arrojó.

* * *

Transcurridos sólo unos cuantos meses después de la aparición de estos libros, saltó a la palestra un ardiente defensor de la Colonia.

El padre Rositas lo llamaba cariñosamente el pueblo de Guadalajara. Su humildad era ejemplar y corría parejas con el descuido de su persona. Se le encontraba por todas partes, abstraído siempre en sus

pensamientos. Usaba capa española de color indefinible por lo sucia y vieja; su sombrero de bolita no le tenía envidia a la capa, ni los pantalones raídos y los zapatos pardos de tierra y vejez. El peine nunca pasó por su gruesa melena blanca ni el cepillo por su ropa. Gozaba de grandes privilegios: sólo decía misa tres o cuatro veces al año, no por incuria sino por el sagrado respeto que tal acto le inspiraba. En sus tareas habituales —sus cátedras en el Seminario y la redacción de su revista quincenal "La Religión y la Sociedad"— era rigurosamente cumplido. Su bondad y su sencillez aparejadas a su gran cultura teológica y filosófica hacían que los seminaristas lo adoraran, gastando con él cariñosas familiaridades a las que por su gran candor daba lugar. Su flaco eran los protestantes: no había escrito, plática o sermón, en que no los pusiera de oro y azul. Aborrecía los ferrocarriles, la electricidad, la maquinaria moderna y cuantas comodidades proporciona la civilización, porque abrigaba la convicción inquebrantable de que eran medios de que se servían los protestantes para realizar la conquista espiritual y temporal de México.

El padre Rivera aceptó desde luego la lucha, sin desconocer lo desfavorable que le era el terreno. Sus libros, editados a sus propias expensas, presentados modestísimamente, en tiros muy reducidos, tenían que ser de escasa circulación. "La Religión y la Sociedad" del Dr. de la Rosa era una revista bien impresa, sostenida por la Mitra de Guadalajara, de gran prestigio y circulación no sólo en el Estado sino en todo el país.

Esperó, pues, a que terminara la refutación de "La Filosofía en la Nueva España", la que dilató mu-

chos meses, saliendo en artículos periódicos en "La Religión y la Sociedad", y en seguida publicó su respuesta en un nutrido folleto "Treinta Sofismas y un Buen Argumento".

Desconfiando siempre de su criterio personal acudió a lo poco que tenía a su alcance. Reunió en su casa a varios de sus amigos más ilustrados y, a la luz de una vela, tres horas diario, les estuvo leyendo su trabajo.

En previsión de los ataques que "La Filosofía en la Nueva España" habría de tener, había escrito de antemano: "Los defensores del antaño, cuando oyen hablar del atraso de la Nueva España y de España en las ciencias filosóficas en el siglo XVIII y principios del XIX, saltan a la palestra con Alzate, Díaz de Gamarra, Bartolache, Clavijero, Velázquez de León, Gama y otros ilustres varones de la Colonia, como si fueran los representantes del espíritu de esa época y no como productos aislados que representaban actividades individuales."

Advierte a los lectores al iniciar el torneo que no sólo lean los artículos de "La Religión y la Sociedad", sino también su libro. Porque aunque el Sr. de la Rosa es persona de buena fe, su ciego apasionamiento por las causas que defiende lo obliga a menudo a recurrir a medios poco lícitos, como lo demostrará en el curso de la polémica.

"Tengo una excelente memoria, pero poco talento", observa con humildad ejemplar. Y es por eso que antepone a su criterio personal el de autoridades muy respetables, en defensa de sus afirmaciones. Sus documentos los ha reducido estrictamente a autores es-

pañoles y a uno que otro mexicano bien aceptado por aquéllos, dejando a un lado a los extranjeros. Y es tal el número de citas que presenta, siempre con indicaciones muy claras para comprobarlas que él mismo se sorprende: "Dirán muchos que recargo de sombras el cuadro, pero dificulto que lo digan los que conocen mi modo de estudiar y escribir para el público."

II

"El Sr. de la Rosa, en su vida de escritor y polemista, ha defendido causas buenas y malas; la de los gobiernos coloniales es causa perdida en el siglo XIX y sólo puede defenderse con sofismas. Pero el sofisma es arma que él maneja admirablemente por su talento y por su saber. Es un guerrillero habilísimo en evasivas: presenta un sofisma que parece la pura verdad y deja siempre una puerta falsa oculta por donde escaparse a su contrincante cuaando lo estrecha, dejándolo a la luna de Valencia. El ser catedrático del Seminario hace 39 años lo ha hecho contraer el hábito de Dómine y a todos los que no somos de sus opiniones nos trata como si fuésemos sus discípulos. De los tiempos del verbo opta por el imperativo: "oiga el Sr. R. Vea el Sr. R. Estudie el Sr. R. El Sr. R. debía haber hecho esto. El Sr. R. debía haber hecho esto otro. Responda el Sr R. Pruebe el Sr. R. ¿Qué dirá de esto el Sr. R?"

"Ninguno tan enemigo del juicío individual de los protestantes y ninguno tan amigo de su propio juicio individual. Hasta San Agustín tuvo que retractarse de algunas de sus opiniones, pero nunca se

ha sabido que el Sr. de la Rosa, que hace veinte años escribe para el público, se haya retractado de una sola. Tal es el campeón con quien tengo que competir."

Y con estas palabras de Descartes comienza el torneo: *Il n'est pas plus aise a un homne de se defaire de ses prejuges que de bruler sa maison.*

DOCTOR DE LA ROSA

La obra "La Filosofía en la Nueva España" es tan fácil de impugnar en lo que dice desfavorablemente de España como en lo que dice de México. En España hay hombres instruidos que si llegan a conocerla la impugnarán con facilidad. Ellos defenderán a su Patria como los mexicanos defenderemos la nuestra.

El Dr. Rivera escribe contra su Patria, presentándola como un país muy atrasado hasta la Independencia. Admira a Santo Tomás, al Cardenal González y a otros muy ilustres escolásticos, al mismo tiempo que ataca con virulencia a catedráticos de la época colonial que no hicieron sino enseñar las doctrinas de aquellos sabios.

El Sr. Rivera debió tener presente para calificar el hecho de que México estuviera atrasado en la enseñanza, una época en que sus condiciones eran muy distintas a las de otros países europeos. Mientras en Europa los investigadores disfrutaban de la quietud de sus celdas en los monasterios, consultando los libros de las bibliotecas y dando a luz voluminosas obras de gran mérito, los de México tenían que andar penando en pos de los idólatras para convertirlos a la religión cristiana, para juntarlos en comunidades,

enseñarlos a leer, a cultivar la tierra, etc., no siendo posible que hicieran por el adelanto de la ciencia lo que pudieran haber hecho viéndose libres de tales ocupaciones.

El programa que nos presenta el Sr. Rivera como argumento de atraso contiene algunas cuestiones muy importantes de la Filosofía fundamental en lo relativo a la naturaleza corpórea, cuyas cuestiones son muy dignas de ocupar el entendimiento de los sabios. Así censura el Sr. Rivera a su Patria. El hecho de que nos presente como un monumento de atraso ese programa, significa que el Sr. Rivera no comprende las cuestiones muy importantes que contiene. Para que se convenza de ello se le suplica trate al menos las siguientes cuestiones sin consultar a ningún autor escolástico ni aun vulgar. ¿Qué cosa es lugar? ¿En qué consiste la ubicación de un cuerpo? ¿Qué es el movimiento? ¿La eternidad del mundo es posible?

Hoeffer en su Historia de la Física y la Química, tratando del calor ha dicho una importante verdad: que los antiguos al ocuparse de una cuestión la tomaban luego desde el punto de vista de la esencia de las cosas. Este modo de ver y tratar las cuestiones científicas en los últimos tiempos caracteriza a los escolásticos y por eso sus discusiones fueron las verdades fundamentales de la filosofía. Pero los hombres de poco talento no las entienden y otros dicen en tono magisterial que no son sino sutilezas y embrollos ininteligibles.

No está en la condición del hombre hacerlo todo desde luego. Las naciones más aventajadas ¿cuántos siglos trabajaron para llegar a la altura en que ahora se

encuentran? No hay que tomar por ignorantes a los profesores antiguos, porque no eran profetas para tener conocimientos anticipados del estado en que se encontraron las ciencias después.

El Sr. Rivera trunca un texto de Alzate en la parte que dice: "Me consta que hay individuos en la Nueva España que por su instrucción en las ciencias naturales pueden compararse con los más célebres físicos de Europa."

El Sr. Rivera vitupera al peripatético Campoy que fué uno de los hombres que más fama dieron a su Patria en Europa.

Es rigurosamente exacto que España en letras teológicas estuvo a una altura que no la superó ninguno de los otros países de Europa.

No es ahora peligro para nosotros perder la nacionalidad y volver a vivir bajo el dominio de España. Ha cerca de 67 años que la Independencia fué consumada. Mejor empleado estaría el talento del Sr. Rivera combatiendo los errores del protestantismo, patentizando el daño de que es origen la masonería, con lo que haría un bien a su Patria.

DOCTOR RIVERA

El Sr. de la Rosa escribe Patria con P mayúscula porque sabe que con eso se impresionan cierta clase de lectores.

Los literatos de España como don Modesto Lafuente, don Antonio Ferrer del Río, don Luis Vidart, los editores de las obras escogidas de Feijoo y otros que se citarán más tarde, opinan que su patria por

diversas causas estuvo muy atrasada en las ciencias filosóficas y en otras en los siglos XVII y XVIII.

Confunde el Sr. de la Rosa, de propósito, a los escolásticos con los seudoescolásticos. Con toda claridad he escrito que la escolástica es muy útil y que la seudoescolástica debe reprobarse. Por eso distingo a Santo Tomás, al Cardenal González, a Balmes y a León XIII, que son unos, del padre Puga, el padre Peralta y el doctor Vallarta, que son otros y que el señor de la Rosa bendice por igual como en día de San Antonio.

Confunde de nuevo el Sr. de la Rosa: unos son los frailes del siglo de oro del monacato en México y otros los de fines del siglo XVI, siglo XVII, siglos XVIIII y comienzos del XIX. Haría bien el Sr. de la Rosa en abstenerse de tocar el punto relativo a la conducta de estos frailes, porque *peor sería meneallo*.

El Sr. de la Rosa toma valientemente el toro por los cuernos, defendiendo el programa del colegio de Santo Tomás de los jesuitas de Guadalajara. Pero se sale por la tangente. Pruebe el Sr. de la Rosa que el catedrático de FISICA al enseñar la filosofía de Balmes y los estudios del Cardenal González sobre Santo Tomás, enseñó FISICA. Pruebe que enseñar la esencia del fuego sin enseñar por qué el fuego quema es enseñar física. Muy importantes pueden ser las cuestiones que ese programa encierra, su defecto es que no enseñan física.

Pretende resucitar el Sr. de la Rosa el desacreditado sofisma: "Vosotros no entendéis esto porque os falta talento". Ese argumento es del mismo género que el de Patria con P mayúscula.

Mucho talento tiene el Sr. de la Rosa, pero es jactancia que se ufane de entender a los seudoescolásticos de quienes el mismo Melchor Cano decía: "Me daría mucha vergüenza no entender sus cosas si las entendieran los mismos que las han tratado."

¿Conque los catedráticos antiguos no merecen el nombre de ignorantes porque no eran profetas para saber lo que mucho después de ellos ha enseñado la ciencia?

Según Lafuente y Ferrer del Río en la época de Carlos III las universidades y casi todos los colegios de España y de la Nueva España estaban atrasados, en tanto que los de Francia, Inglaterra, Italia, Bélgica, Suiza, etc., estaban muy adelantados. Estos, pues, eran profetas, pero los primeros no eran profetas.

En la segunda mitad del siglo XVIII, Clavijero enseñaba filosofía moderna en Valladolid, después en Guadalajara, al mismo tiempo que en el colegio de Santo Tomás se enseñaba en la cátedra de FISICA *La Causa Prima, El Sacramento de la Eucaristía* y *La Eternidad.* Es decir que Clavijero pudo ser profeta, pero los catedráticos de Santo Tomás no pudieron ser profetas.

En el último tercio del siglo XVIII Alzate, Bartolache y otros sabios mexicanos escribieron sobre astronomía conforme a los últimos conocimientos europeos y al mismo tiempo en el Seminario de Guadalajara se enseñaba en la cátedra de FISICA que algunos cometas no están formados por las exhalaciones terrestres y otros sí. Aquellos eran profetas y éstos no.

Es un buen argumento del Dr. de la Rosa notar la omisión de una parte de un texto de Alzate. Dice

Horacio: "cuando en un libro de historia se han presentado cien documentos, no me ofenderé porque se hayan omitido dos o tres. En toda obra humana debe haber necesariamente descuidos."

Es curioso que los partidarios de la Colonia invariablemente la defienden citando como representativos del espíritu de esa época precisamente a los que vivieron siempre postergados. Campoy fué destituído de su cátedra no por enseñar el peripatetismo, sino por haber abominado de él. Alzate fué increpado con violencia por un catedrático de seminario, como impío, por haber sostenido que los temblores obedecían a causas naturales. Clavijero obligado a dejar su cátedra de filosofía, fué sustituído por el peripatético Francisco Vivar. "Clavijero —asienta el insospechable Beristáin— estudio a Descartes, Newton, Magendie, Leibnitz, etc., en lo privado y secretamente porque los jesuitas de México (la vanguardia de la cultura colonial) miraban peligrosa la lectura de esos libros." El Dr. Gamarra sufrió ataques y humillaciones sin cuento por su rebeldía contra el sistema aristotélico, defendiendo la filosofía moderna. Una controversia violentísima con los catedráticos franciscanos de una Universidad a quienes se atrevió a llamar "los cuatro burros" le puso en cama y le costó la vida.

Con razón Beristáin, ya después de proclamada la Independencia de México, increpa a Hidalgo y a los principales caudillos: "¡Pérfidos! ¡Impostores! Ojalá España no os hubiera dado tantas alas ni permitido la libertad de leer libros emponzoñados que vomitáis ahora." No hay apóstrofe que mejor pinte el odio de los defensores de la Colonia a la filosofía moderna.

El Sr. de la Rosa con su excelente talento ha comprendido que esto de impugnar la filosofía en la Nueva España lleva *cola* muy larga y con razón quisiera que mejor se combatiera a los protestantes y a los masones. Cree o pretende creer que la influencia educativa de la Colonia no viene al caso. Y de sobra sabe que en numerosos pueblos del país se oye constantemente decir a ciertos padres de familia que temen enviar sus hijos a la escuela: "más valen burritos en el cielo que sabios en el infierno".

El Sr. de la Rosa, gravemente asienta que en letras teológicas España y la Nueva España estaban tan adelantadas como los más adelantados países de Europa.

¿Conque en letras teológicas? Pues entonces ahí le va un cuentecillo:

—Isidra, dime ¿cuántos nombres acaban en tlán?

—Zapotlán, Ocotlán, Tepatitlán y . . . San Luis Potosí.

—¿San Luis Potosí acaba en tlán, Isidra?

—No, pero yo fuí a San Luis y es muy bonito.

III

No fué la primera ocasión en que se le acusara de falta de patriotismo porque exhibía lacras de su país. Siempre ha habido cuistres mitoteros que amparándose con el cómodo lema: "la ropa sucia se lava en casa", vituperan a los que prefieren decir verdades amargas a compartir con ellos el hartazgo en los pesebres oficiales. Pero ésto no es aplicable —y mil veces no— al santo sacerdote jalisciense don Agustín de la

Rosa. El sentido de sus enconados ataques al padre Rivera estriba exclusivamente en su amor a México, en lo más hondo de sus raíces.

La obra del padre Rivera ha sido reconocida por los hombres más eminentes e imparciales de México. Don Justo Sierra en su discurso de inauguración de la Universidad Nacional, dijo: "La base de ese enseñanza (la que se impartía en la Real y Pontificia Universidad) era la escolástica, en cuyas manos se habían vuelto flores de trapo las doctrinas de los grandes pensadores católicos que, con Tomás de Aquino y Vives, habían desaparecido de la escena, que quedó vacía hasta el cardenal Newman, no de inteligencia y de sentimiento místico que fueron siempre exuberantes, sino de genuina creación filosófica. Deduciendo siempre de los dogmas, superiores o extraños a la razón, o de los comentarios de los Padres, y peritísimos en recetas dialécticas o retóricas, los maestros universitarios, aquí como en la vieja España, hacían la labor de Penélope y enseñaban como se podía discutir indefinidamente, siguiendo la cadena silogística, para no llegar ni a una idea nueva, ni a un hecho cierto; aquello no era el camino de ninguna creación, de ninguna invención: era una telaraña oral hecha de la propia substancia del verbo y el *quod erat probandum* no probaba, sino lo que ya estaba en la proposición original. Y esa técnica era la que se aplicaba a los estudios canónicos, jurídicos, médicos y filosóficos, como que la Teología hablaba cual ama y señora, y como ciencias esclavas las otras.

"Ya podían resultar, como resultaron, universitarios que eran prodigios razonantes de memoria y de

silogística, entre profesores y alumnos de la Universidad; este organismo se convirtió en un caso de vida vegetativa y después en un ejemplar del reino mineral; era la loza de una tumba; el epitafio lo ha escrito el padre Agustín Rivera en "La Filosofía en la Nueva España".

El padre Rivera fué uno de los designados por la Universidad Nacional, Doctor Honoris Causa.

No deja de dar risa y tristeza a la vez, que algunos escritores liberales, por mezquindad u ofuscación, hayan censurado también el padre Rivera por sus ataques al régimen de la Colonia, por inútiles y fuera de tiempo, revelando su incapacidad para reconocer el momento y medio en que produjo su obra. La Independencia y la Reforma se habían consumado por la fuerza de las armas, pero no por la de las ideas. Y la tarea que él se impuso fué cabalmente la de llevar a la conciencia de la juventud y del pueblo esas convicciones.

Si la pasión aminora quizás la parte meramente doctrinal de su obra, no amengua los méritos de quien puso cuanto pudo al servicio de una causa noble y generosa: la manumición espiritual de su país.

*

* *

Cuando los contendientes son de categoría, estas polémicas interesan por la parte vital que contienen. Hubo aquí para todos los gustos: para los que prefieren el documento y luego pensar con su propia cabeza y para los que optan porque todo se les sirva ya condimentado y si es posible hasta predigerido. Los con-

tendientes dieron pruebas evidentes de su fuerza y sus respectivos partidarios quedaron satisfechos atribuyéndose unos y otros el triunfo, ya que de antemano llevaban la convicción de que la verdad era la suya, sin percatarse de que unos y los otros tenían la misma verdad en sus manos. Destello de la eterna lucha entre dos polos de la vida, sin la que ésta dejaría de ser.

Diferencia de palabras, más bien dicho de interpretación de las mismas palabras. El padre Rivera con el nombre de Colonia designa el tipo medio de cultura, el padre Rositas con el nombre de Colonia denomina a las personalidades más eminentes. Y aquél tiene razón cuando asienta el atraso de la Colonia y éste la tiene cuando defiende su adelanto.

El final de esta polémica fué una declaración del Dr. de la Rosa afirmando con disgusto que el doctor de Lagos (sic) trataba los asuntos más serios con bromas y chocarrerías y que por tal razón no seguiría discutiendo con él.

Posiblemente tuvo razón. El Dr. Rivera le contestó: "Me acusa el Sr. de la Rosa de tratar asuntos serios sin seriedad. Pero no es asunto serio ver en el siglo XIX a un indio de Jamay viajando en ferrocarril y a un gran teólogo viajando en burro."

Quienes han leído al padre Rivera observan su estilo guasón y sarcástico desde las primeras páginas. Extraña que el Dr. de la Rosa exija a un anciano de setenta años un cambio en su manera de ser. Lo conoció desde el Seminario como condiscípulo en Facultad Menor, como compañero en el profesorado de la misma Institución. Se ordenaron en el mismo día y juntos salieron de la capilla episcopal, vistiendo por primera

vez la casulla, por las calles de Guadalajara, como entonces se acostumbraba. Lo visitó en su retiro de Lagos y bromeó con él:

—Tiene usted más lujo en su sala que el Sr Sollano en su palacio episcopal.

—Dígale que cambiamos.

El padre Rivera siempre había citado en sus libros al Dr. de la Rosa con gran cariño y respeto. Ni en lo más enconado de la lucha le negó sus virtudes y su saber. Pero no le perdonó sus debilidades por ofuscamiento de partido, como nunca se las perdonaba a nadie.

Oradores Gerundios y Frailes Relajados

I

Después de "La Filosofía en la Nueva España" aparece el segundo tomo de "Principios Críticos" que es una sátira despiadada a los oradores gerundios que dominaron en el púlpito al mismo tiempo que los seudo-escolásticos en la cátedra, desde fines del siglo XVII hasta las primeras décadas del XIX.

"La Filosofía, la Religión y las Costumbres —escribe el padre Rivera— son materias capitales para estimar el estado de la civilización de un país". Su tercer tomo estará dedicado, por tanto, al estudio de las costumbres del clero secular y regular de fines del siglo XVI hasta la consumación de la Independencia.

Dando como siempre la preferencia a una documentación nutrida hace pasar por los ojos asombrados del lector, en número abrumador, citas y transcripciones breves de los sermones más celebrados en España y en la Nueva España. Apenas puede creerse que en la cátedra sagrada se hayan dicho tantas sandeces, tantas patrañas y disparates, por predicadores de gran fama.

Cuando brillaban en Francia Boussuet, Massillón, Neuville y otros ilustres oradores, en España un predicador de gran nombradía, religioso del Real Monasterio del Escorial, en la fiesta de San Lorenzo produjo una pieza oratoria, publicada luego con este epígrafe: "Sermón alegórico, anagógico, panegírico, que al Fé-

nix de cambiantes españoles rayos, Pyrausta de reales religiosos incendios, el Mártir invicto español San Lorenzo, predicó este presente año..."

"¿Adónde, abrasado galán Pyrausta, derretida estuante mariposa, a dónde giras, te remontas y elevas, que en la flamígera, presurosa actividad de tus rayos respiras, suspiras y pías por la pira de tus incendios?... ¿A dónde, regia, generosa garzota, rizado penacho de plumas en el peinado aire de la esfera, pavón de vistosas matizadas alas, que alimentándote de la incorruptible sustancia del Cedro en la frondosidad del más bien cuajado Líbano, anidas en el Líbano del más incorruptible Cedro? Calma el ardor del vuelo, sosiega el aire de tu curso; que si acaloras tus derretidas ansias al impulso de tus volantes violencias, el impulso de tus volantes violencias soplará la hoguera de tus redetidas ansias..."

Después hace un largo recorrido con sermones del famoso padre Vieyra, contemporáneo de Góngora, y sin desconocer el mérito literario de este orador, de muchos trozos transcritos de sus discursos dice: "unos son soporíferos por su aridez, por su oscuridad, por su sutileza que tienen más vueltas que un turbante armenio y otros hacen sonreír por sus sandeces".

Entra en materia con los predicadores de la Colonia, citando exclusivamente a los más elogiados de su tiempo y que merecieron la impresión de sus piezas con aprobación eclesiástica y grandes encomios.

He aquí algo de Fray Nicolás de Jesús María, Carmelita que según Beristáin "si como orador cristiano hubiese de medirse por el ingenio, la gracia y sutileza de sus discursos y por la fama y aplauso de toda la

primera mitad del siglo XVIII, ni en América ni en Europa podría encontrarse igual". Su sermón intitulado *El Christus* fué predicado en la profesión de unas monjas Claras.

"¡Qué misterio! ¡Que hoy venga desde su retiro el Carmen a lucir tan a las Claras! ¡Qué milagro! ¡Que hoy sirva desde su pequeñez mi oratoria a predicar tan a las luces! ¿No extrañan hoy los discursos en todo una novedad? Luego vacilan hoy los discursos en toda una admiración. ¿Pues dónde vas o dónde vienes Carmelita familia, hija del Príncipe Elías? Yo pienso que andas hoy en buenos pasos, pues galantean tus rumbos los divinos embelesos. *Quam pulchri sunt gressus tui in calccamentis, filia Principis, filia Eliae,* te dice el Lugdunense. ¿A dónde vas o a dónde vienes, que siendo siempre en literarias alas por la estrechez de tu clausura muy celebrada: *gressus tui commendatur, eo quod raro progredi soleant,* hoy por dejarla te miro en lucientes plumas más aplaudida? *Pedes tui pulchri preadicantur postquam currunt.*"

"Te saca, Paloma, de tu nido, algún Serafín Llagado? Déjate ir: será para introducirte en los cóncavos de su amor. *Veni in formainibus petrae.* Que no, no eleva la Aguila a Ganímedes de su monte, menos que para que ofrezca en altares de su Júpiter. . ."

Comentario al margen: "Reminiscencia hecha en la cátedra del Espíritu Santo de un crimen de pederastía gentílica, aplicada laudatoriamente a un asunto cristiano. "Y cita unas palabras de Alápide: "Nubes sin agua son los predicadores verbosos y pedantes que hieren el oído, pero no el corazón."

II

El tercer y último tomo de "Principios Críticos" lleva este subtítulo: "Relajación del Clero de España y de la Nueva España."

Se imprimió, pero no circuló sino poco tiempo antes de la muerte de su autor, que quiso pasar con más tranquilidad sus últimos días. Su difusión fué entonces inmediata entre sus habituales lectores.

Iníciase con algunas reflexiones:

"Un mal violinista toma en sus manos el violín de Paganini y hace reír a sus oyentes con los horribles chillidos que le saca. El Cristianismo en manos de los frailes de la Nueva España, lo mismo que de los predicadores gerundios y los catedráticos seudoescolásticos fué el violín de Paganini."

"El sacerdocio es respecto de una nación lo que la levadura respecto de la masa, si aquella está corrompida corrompe a toda la masa."

"No hay en el mundo bestia más cruel que un mal sacerdote."

Hace salvedades al respecto. La mayor parte de los obispos fueron probos y muchos se distinguieron por sus virtudes. Los jesuitas, muy fanáticos, fueron observantes, así como los franciscanos de hábito pardo y los felipenses. Los demás clérigos seculares y regulares fueron de conducta relajada. Avaros, comodinos, intrigantes y sensuales, dejaron su fama tan bien sentada, que todavía a mediados del siglo XIX el Obispo don Diego Aranda, de Guadalajara, tenía prohibido rigurosamente que ningún fraile pusiera sus pies en conventos de monjas, cuando esto se les permitía a muchos seglares.

Lograron acaparar enormes riquezas. Diesmeros y demandantes pasaban como langosta por pueblos, haciendas y ranchos, cargando sus colectas en grandes hatajos de mulas. El no pagar diezmos hasta por las pepitas de calabaza era un crimen penado con excomunión mayor. El Virrey de Branciforte asienta: "Se tiene por cierto ser la más pesada opresión de los indios la que sufren de los frailes." Pero los canónigos con aquellas fabulosas sumas de dinero, vivían lujosamente, amancebados y con hijos.

"No había familia con que no estuvieran entroncados por amistad o parentesco —dice el historiador Ferrer del Río—; ni casa que les cerrara sus puertas; ni conversación en que no se les cediera la palabra, ni mesa en que no se les obligara a ocupar la primera silla; ni resolución grave entre ricos o pobres que se adoptara sin su consejo; y si no tomaban parte en ellas, las satisfacciones domésticas no eran cabales."

Los viejos que se acuerdan de los curas de mediados del siglo pasado pueden ser otros tantos testimonios. "Los frailes —dice el padre Rivera— nos hicieron a los mexicanos ignorantes como ellos, mugrientos como ellos, flojos como ellos, supersticiosos como ellos e inmorales como ellos." Los ricos supieron aprovechar sus enseñanzas. La religión es muy buena porque mantiene al pueblo sumiso, muriéndose de hambre, pero con la cabeza baja para no ofender a Dios, para no condenarse y para no ir a la cárcel. La religión es muy útil porque multitud de viejas y viejos beatos al que ven oyendo misa con frecuencia, con el rosario en las manos, a ojos cerados lo nombran su albacea.

Lagos, 22 años después de fundado por españoles que pagaban con toda puntualidad diezmos y primi-

cias, estaba solicitando todavía un ministro del culto que les suministrara los sacramentos. Porque todos eran unos holgazanes que no querían salir de las grandes capitales.

El desorden no respetó ni los conventos de monjas. Famosos fueron los escándalos que las religiosas de Regina, en la elección de sus superioras, daban a todo México.

La religión que impartieron a los indios ha dejado numerosos testimonios de su eficacia. En la obra "México Desconocido" de Carl Lumpholtz, escrita después de la permanencia de su autor durante los años de 1892 y 1893, entre los indios tarahumares, se encuentra esta curiosa relación: "Los primeros tarahumares bajaron del cielo con patatas y maíz en las orejas y fueron llevados a Tata Dios a estas montañas. El pájaro carpintero hizo una guitarra y se la dió a la mariposa para que la tocara. Tata Dios bajó al mundo. Tenía en su casa grandes ollas llenas de fuerte tesgüino. Al otro lado del río Huerachic, en la barranca vivía el diablo que era muy pobre. Tata Dios le dió una olla llena de tesgüino y la jícara para beberla, lo que no dejaron de hacer, entreteniéndose al mismo tiempo en cantar como los mexicanos, hasta que ambos rodaron por el suelo enteramente ebrios. Ya muy entrada la noche se levantó el diablo y se acostó con la mujer de Tata Dios. Pero Tata Dios despertó al rato y dijo al diablo: "¡húndete!" y desde entonces el diablo se hundió y ha permanecido debajo de la tierra. Cuando Tata Dios volvió al cielo llevaba en la mano derecha un gallo. Tata Dios tiene como principal ocupación jugar a las carreras con los ángeles."

Acostumbraba el padre Rivera pasear por los barrios más pobres de Lagos y en una de tantas ocasiones dió con la casa de una india llamada Dionisia Valerio que poseía más de cien pinturas de santos y retablos. Encontró alguna que le llamó mucho la atención y le preguntó:

—¿Qué es esto?

—Es Nuestro Señor que lo llevan a ahorcar y le va ayudando a bien morir San Antonio.

Se la compró en unas cuantas monedas y la puso entre los cuadros de su gabiente. "En un gran carro van montados seis de los santos fundadores de órdenes monásticas, entre ellos San Francisco de Asís, a quien la india llamaba San Antonio. Jesucristo con sus cinco llagas y montado en un asno va conduciendo el carro, y dos esqueletos van tirando el asno por medio de un lazo hacia una colina donde se levantan algunos patíbulos, en donde aquellas dos muertes van a ahorcar a Jesucristo, después de crucificado, y sin duda ahorcarán también a todos los que van en la carreta y hasta al burro."

La instrucción del clero corría parejas con su conducta. Un rector del Seminario escribía *buelo*, otro cura exasperado en la lectura del evangelio del Domingo de Pasión, porque no entendía el latín, para abreviar daba vuelta a la página comenzada, rezongando: "¡tarugadas de Pilatos!"

La buena fe de los defensores de la Colonia es ejemplar. Por ejemplo, el insigne don Marcelino Menéndez Pelayo asienta: "La Inquisición Española no coartó la justa libertad de pensamiento. Hablar de los horrores de la Inquisición Española en el siglo XIX es para hacer reír hasta las piedras."

Pero el historiador Lafuente, que no era una piedra, cuenta que en el reinado del primer Borbón se contaron cuatrocientos ochenta y dos autos de fe y sobre catorce mil personas las que sufrieron sentencias y penas más o menos grandes.

Son unas cuantas notas entresacadas de este libro. Si el padre Rivera hubiera hecho sus aseveraciones bajo palabra de honor, con un cínico mentís de cualquier alquilado habría sido suficiente para callarlo. Pero siempre fué su pecado capital los documentos y eso es lo que jamás le perdonarán sus enemigos que, si en sus manos hubiese estado, lo habrían hecho quemar vivo.

Polemistas y Libelistas

I

Poco tiempo después de conquistada su borla de Doctor en Derecho Civil, siendo catedrático de sintaxis latina en el Seminario de Guadalajara, su prelado y protector el señor obispo Aranda le confió en consulta una solicitud de algunos acaudalados católicos para fundar un Monte de Piedad. Con el cuidado y solicitud que puso siempre en su sasuntos, estudió el caso y emitió un dictamen adverso, en virtud de haber encontrado algunas cláusulas usurarias. Tomó la defensa en airada réplica el licenciado don Juan Mallén, y el obispo, que ya había dado su aprobación al dictamen del Dr Rivera, envió los documentos a Roma, en consulta, y de Roma vino un nuevo acuerdo adverso a los solicitantes.

Así inició su carrera de polemista el que más tarde mediría sus armas con el sabio más insigne de Jalisco.

Pero no siempre fueron sus adversarios de la calidad de un Mallén, de un Sollano o de un Agustín de la Rosa.

Algunos años después de su regreso de Europa sostuvo una polémica, que si no hubiera sido la causa de infinitas molestias durante toda su vida, apenas habría sido motivo de risa.

La falla más común del polemista es casarse con sus opiniones y olvidar que el objeto de una controversia

debe ser la investigación de la verdad y no del talento y saber de los que en ella intervienen. Esto se puso de manifiesto en la discusión que sostuvo con un rico vecino de Lagos. Era éste hijo del coronel realista don Rafael Flores, que fuera comandante de la plaza de Lagos cuando don Pedro Moreno se levantó en armas. Disfrutaba en el pueblo de gran reputación por su abolengo, por su haber sido ministro de Comonfort, por haber viajado mucho y ser dueño de la mejor biblioteca de Lagos. En París él y el doctor Rivera se habían encontrado y reconocido como paisanos y amigos y seguían cultivando esa amistad.

No fueron, por tanto, el licenciado Mallén, ni el obispo de León, ni el Dr. de la Rosa, sino una notabilidad pueblerina la que diera al Dr. Rivera el revolcón de su vida.

Ocurrió que un joven estudiante, de vacaciones en Lagos, estuvo de visita con otro joven amigo suyo, hijo del mayordomo de la hacienda de Buenavista. Paseando por esos terrenos, propiedad de don Bernardo Flores, en unos coecillos se encontraron una estatua pequeñita y se la llevaron a Lagos. Pasando de mano en mano llegó a las del padre Rivera, que en el acto dijo:

—Es un idolillo egipcio.

Se la enseñó a un alemán de apellido Kegel, avecindado en Lagos, persona culta y que también había viajado, y fué de la misma opinión; pero recordando que en esos mismos terrenos se habían encontrado ya muchos cacharros de cerámica chichimeca, le vino la sospecha de que el idolillo fuera de la misma procedencia y se dió a la ingrata tarea de estudiarlo sin la preparación y disciplina que tales trabajos requieren.

El lema del escudo de armas de la villa de Santa María de los Lagos reza: ADVERSUS POPULOS XICONAQUE ET CUZTIQUE. Su emblema es una fortaleza en medio de aguas, entre dos montes. Fundada el 31 de marzo de 1563 con 74 españoles para defender a los viajeros de las tribus chichimecas que merodeaban por esa región.

No es extraño pues que al padre Rivera le viniese al pensamiento tal idea. El fruto de sus investigaciones fué un brevísimo folleto intitulado "El Difunto de Rivera". El idolillo representaba una figura humana en mortaja.

Don Bernardo Flores le hizo una visita para advertirle con buenas razones el error en que había incurrido bautizando con su nombre una baratija. Un beduino se la había vendido, estando de visita al pie de una de las pirámides de Egipto, y él la trajo como un recuerdo de su viaje. Se trataba, pues, sólo de una de tantas falsificaciones con que es costumbre asaltar a todos los turistas del mundo. Tal figurilla desapareció de la recámara de su esposa, sin que ninguno le hubiese dado importancia.

El asunto era tan claro que no valía ya la pena de insistir en él. Pero sea por un capricho infantil o por ciego amor propio, el padre Rivera se obstinó en defender a su Difunto, en un folleto tres veces mayor que el primero, apretado de razonamientos y abstrusas disquisiciones. Justamente lastimado don Bernardo Flores porque se ponía en duda su palabra de caballero, no hizo esperar su respuesta y publicó un folleto, modelo de la pedantería e insolencia de los caciques de antaño.

Entre tanto, amigos competentes en la materia, a quienes el padre Rivera consultara el caso, lo convencieron de su error. Con toda lealtad escribió y publicó entonces una retractación muy mesurada, dando una lección evidente de humildad, disciplina y decencia. Opinar sobre materias que se ignoran o sobre las que sólo se tienen nociones, es el peligro más frecuente a que está expuesto el hombre de ilustración y cultura superiores que reside en pequeños pueblos. Constreñido a opinar sobre no importa que asunto, cegado a menudo por la vanidad y atenido sólo a su talento, toma entre sus manos armas de dos filos con las que a menudo se hiere.

Puede presumirse el escándalo que esta derrota provocaría entre sus malquerientes. A hombres de la talla del padre Rivera el vulgo no puede perdonar sus fallas. Fanáticos, envidiosos y pacatos viven cazando gazapos para presumir con ellos, en desquite y consuelo de su propia nulidad. Desde ese momento Juan Lanas se siente con los tamaños suficientes para enfrentársele. Comienzan a lloverle los más groseros ataques en hojas sueltas o pequeños folletos, anónimos los más, uno que otro con cualquier nombre genérico o simples iniciales que no esconden modestia sino cobardía.

Sin desconcertarse, en breves líneas les responde: "Os conozco; sóis de la misma cepa que me ha combatido desde mi juventud. Los fanáticos le tienen terror a la verdad porque saben que desde que una nación comienza a ilustrarse a ellos se les destapan luego las costillas. Dios me ha dado mucha facilidad para entendérmela con personas muy respetables, pero no la tengo contra las consejas, supersticiones, fanatismos,

añejas preocupaciones, pesada herencia de la educación colonial, existente todavía en toda la República."

Tan pequeños enemigos le hacen recordar a Jerónimo de Praga en la hoguera, cuando se acercan muchos campesinos con sendos haces de leña para atizarla al quemarlo vivo. Y mirando el grabado que ocupa sitio de preferencia en su estudio, repite con acento de amargura, las palabras de aquel mártir:

—¡Oh, santa simplicidad! La intención de estas almas merece compasión y respeto.

*
* *

En uso de su legítimo derecho de defensa, en más de una ocasión se enfrenta con sus pequeños enemigos, que no por pequeños dejan de molestar como molesta el mosquero, y saca a colación opiniones elogiosas que sobre sus escritos han hecho los hombres más eminentes de su tiempo. Y esto levanta la alharaca consiguiente:

—¡Fatuo, soberbio, vanidoso!

No en el oscuro rincón de un pueblo sino en la misma capital de la República y en el siglo XX, un filósofo y maestro de gran reputación ha tenido que hacer lo mismo, defendiéndose de los ataques de algún censor. Nadie le ha negado el derecho de hacerlo.

No fueron testimonios los que le faltaron para comprobar la estimación que hombres cultos, lo mismo católicos que liberales, tuvieron por su obra. Si algunos jacobinos exaltados no lo hubieran tomado torpemente como bandera, mayores habrían sido los frutos de su obra y mucho mayor la difusión de sus

ideas. Pero de esa falta se aprovecharon los zorros para alejarle cuantos lectores pudieron.

Después de su muerte se ha visto algo muy triste y cómico al mismo tiempo: liberales que en vida lo elogiaron sin medida, después se dedican a deturparlo con impudor. Son los liberales de la engorda porfiriana que cuando el nuevo orden de cosas les "retiró la canasta" y perdieron para siempre la esperanza de ver sus nombres en las nóminas del presupuesto, se han convertido en rabiosos aliados de la clerigalla.

* *
*

Algunos dimes y diretes tuvo con un padre Chávez de Irapuato, a propósito de interpretación de cánones, de los milagros falsos y otras sutilezas teológicas. Su importancia es mínima y se reduce a exhibir el contraste entre un católico moderno e ilustrado y un curita obtuso que en vez de adoptar la humilde postura del carbonero y su fe, pretende lucir la risible casaca del magíster.

"El orgullo de la ciencia es humilde comparado con el orgullo de la ignorancia", —comenta el padre Rivera citando a Spencer—. "Porque el orgullo de saber una materia científicamente, después de haberla estudiado suficientemente, es noble y justo y es moderado porque se pone de manifiesto sólo por necesidad, en virtud del derecho a la legítima defensa."

Extraña a muchos que el padre Rivera haya descendido a contestar ataques de impugnadores ignaros y cobardes, después de haber sostenido serias discusionse con hombres de calidad y decencia. Paga en esto, no su pecado por "El Difunto de Rivera", sino el de ha-

ber hecho objeto de sus sátiras en más de una ocasión, a individuos perfectamente inofensivos, como aquel buen vecino de la Villita que publicó un "Voto de Gracias" a sus paisanos que a la media noche le ayudaron a buscar a su adorado hijo a quien unas mujeres malas se habían llevado a su casa.

Por lo demás justifica esas respuestas diciendo: "No contesto al hombre, sino al símbolo del antaño que me proporciona el medio de mejor hacer resplandecer la verdad."

Un anciano vecino de Lagos, descendiente del general realista don Cirilo Gómez Anaya, (de quien el padre Rivera se había expresado con respecto en su Viaje a las Ruinas del Fuerte del Sombrero), agricultor de profesión, dedicado a la lectura de obras piadosas y que en años anteriores había cultivado la amistad del Dr. Rivera hasta el punto de hacerlo su compadre, posteriormente se dió a la ingrata tarea de atacarlo primero en murmuraciones caseras y al último en algunos folletos que firmaba con las iniciales de C. G. M. En uno de estos opúsculos deturpó la figura de Pedro Moreno, y en todos acusó al padre Rivera de frívolo, mendaz y nulo. "A los ocho días de su muerte sus libros se venderán a peso la arroba."

El improvisado crítico había dedicado largos años de su vida a cazar los gazapos de su compadre para luego injuriarlo. El pobre resultado de tantos afanes es más o menos de este género: "Los indios no celebran sus fiestas comiendo pozole con mole, sino mole de guajolote. El Sr. obispo Garciadiego no nació en la hacienda de la Daga, sino en la calle de Capuchinas; el licenciado Verdad no se llamaba Luis; el intendente Cruz no ofreció a Moreno el indulto en octubre sino

en enero; el cura Alvarez no pertenecía al obispado de Durango sino al de Guadalajara; la tercera acción de guerra de Pedro Moreno, no fué en San Salvador sino en el Ojo de Agua." Y así por el mismo estilo.

El padre Rivera reconoce desde luego la superioridad de su contrincante en conocimientos culinarios, pero le demuestra que los demás errores ya estaban corregidos en escritos posteriores y que dicho señor lo sabía. ¡Y este caballero fué el más respetable de sus pequeños enemigos!

No más afortunado estuvo en el campo de las ideas.

"Señor don Cirilo —escribe el padre Rivera en su respuesta a dichos folletos— invoca en la primera página de su libro la libertad de imprenta. Y hace bien, porque esa fué una de las conquistas democráticas de nuestro siglo. Estos partidarios del antaño aborrecen los principios liberales, pero cuando les conviene los suponen justos y se aprovechan de ellos."

Con gran humildad el censor cita este refrán ruso en descargo de su alma: "Si un necio tira una piedra al mar, cien sabios no pueden sacarla."

"¿Pero, señor don Cirilo —observa el padre Rivera— qué sabio ha de sacar la piedra que un badulaque haya echado al mar?

Vitupera el crítico una frase del "Discurso sobre los Hombres Ilustres de Lagos" (entre los que no se le ha incluído) que dice: "Lagos inmolará el novillo de la alabanza a Pedro Moreno en primer lugar."

"¡Es claro! Señor don Cirilo no conoce más novillos que los de su rancho."

Y con muchos comentarios satíricos y mordaces, termina diciendo:

"Si con mis libros he hecho bien o mal, los hombres imparciales, después de mi muerte, juzgarán. La historia no se ocupará por cierto de mis escritos ni para bien ni para mal. Me tiene sin cuidado el que ocho días después de mi muerte mis libros se vendan a peso la arroba. ¿Cuánto dura un artículo de un buen periódico? ¿Cuánto el riego de una cementera? Un solo día. Moriré contento por haber contribuído con mis pobres escritos al vencimiento de las ideas de antaño."

*

* *

El pueblo corto suele poner a sus calles, teatros y paseos, nombres de algunos de sus hijos más ilustres, pero en vida procura fastidiarlos lo mejor posible. En la monotonía de la vida pueblerina son artículos de primera necesidad no sólo el aire y el agua, sino también el chisme. Y el chisme se cultiva con especial cariño.

Un pensador eminente ha escrito un libro destinado exclusivamente a demostrar que no ha habido un solo hombre grande sin enormes deficiencias. Pero si estas deficiencias apenas hacen sonreír generosamente a personas cultas y comprensivas, son imperdonables para los espíritus chatos, para el vulgo, especialmente el de arriba, el de "las brillantes pelucas, de los venerables bonetes y de las reverendas capillas", gentes apocadas y mezquinas, víctimas de represiones y que en las fallas de aquellos hombres encuentran compensación a su propia insignificancia.

*

* *

Si como hazañas pueden estimarse las controversias que el padre Rivera sostuvo con altas personalidades,

no lo fué por cierto su impugnación al folleto del presbítero español Sardá y Salvani, intitulado: "El Liberalismo es Pecado". No se necesitaban grandes facultades para arrancarle la máscara a uno de tantos gazmoños que todavía en el siglo XIX defendían el asesinato *Ad Majorem Dei Gloriam.*

Lo importante en esta refutación es el concepto personal que el padre Rivera tiene del liberalismo. "Liberal —escribe— es el amante del progreso." Y no es lo interesante discutir si su definición es exacta o no, sino conforme a la definición que da de "su liberalismo" juzgar al hombre y su obra. Por no haberse ajustado a esto, tantos han escrito los más solemnes disparates sobre el padre Rivera.

Su liberalismo como defensor de los Insurgentes consiste, pues, en creer que con su independencia de España, México progresaría; su liberalismo como defensor de la Reforma, porque en la Reforma vió un nuevo progreso para nuestro país y su adhesión al porfirismo, porque en ese sistema de gobierno vió un afianzamiento de los progresos alcanzados.

A la verdad con este concepto de liberalismo estuvieron acordes infinidad de clérigos más o menos ilustrados y si no hubiera sido por los crímenes cometidos en las guerras de Reforma, no se habrían separado de ese credo, en la misma forma en que numerosos hombres íntegros y verdaderos revolucionarios se alejaron de nuestra última revolución. Igual que en la lucha de Independencia los hombres más despiertos y generosos estuvieron con Hidalgo, espíritus del mismo género lo estuvieron con Madero cuando enarboló la oposición para renovar los sistemas de privilegio del gobierno de Porfirio Díaz.

Muchos años antes de la proclamación de la Independencia, las obras de Alzate y de otros insignes maestros mexicanos habían abierto ya la brecha a nuevos libros que llegaban hasta poblaciones tan pequeñas como Lagos, en donde el padre Rivera encontró las obras del Padre Feijoo en cuatro casas diferentes. Ni que agregar más a lo dicho acerca de la influencia de los profesores de los Seminarios, como propagandistas de las nuevas doctrinas.

Pero no todo el mundo posee la capacidad ni el carácter necesarios para mantenerse en su puesto en el fragor del combate y por esto mismo merece mayormente admiración y respeto el padre Rivera que no lo abandonó ni en los últimos momentos de su vida.

Es digna de atención también la nota que en esa misma refutación complementa su defensa contra la censura que el cura Barbosa le hizo en días ya muy lejanos. "Los fanáticos aztecas —escribe— inmolaban hombres, creyendo hacer un obsequio a sus dioses. Algunos de los inquisidores españoles que después de 16 siglos de haber recibido el cristianismo podían y debían estar más civilizados y con los ojos más abiertos que los aztecas, quemaban hombres creyendo hacer un obsequio a Dios. Y digo algunos, porque otros decapitaban a sus enemigos a sabiendas de lo malo que hacían, porque eran unos bribones."

Fortuna y no poca ha sido para la Iglesia Católica Mexicana, hoy purificada por el dolor, que el tipo de santurrón-energúmeno sea cada día más raro en su seno. O prudentemente lo mantiene a distancia o él mismo por vital instinto busca su prosperidad en los campos de lucha moderna donde el apostolado del odio

fructifica lujuriosamente y el criminal en potencia sí puede realizarse.

MEMOR

—¡Pero, señor sobrino —exclamó con las manos en alto—, usted no sabe cómo se toma mi chocolate! Se lo ha empinado de un trago.

Me disculpé torpemente. El movió de un lado al otro la cabeza, recordando seguramente las dulces palabras del evangelio: "margaritas ad porcos".

En otra ocasión nos había enterado de las malas mañas de O.-Se comía la cajeta y el queso, destinado a los ratones, y ahora él mismo tenía que vigilar el reparto al pie de los anaqueles. "Porque si los ratones roen los libros es porque se les priva de alimentos."

Pero la maña de la que nunca se dió cuenta fué más seria: O se comía también los cuarterones de chocolate destinados a las visitas de confianza y nos servía un brebaje infernal, segura no sólo de que nadie se atrevería a denunciarla, sino de que todo mundo haría elogios del exquisito chocolate.

—¡Cómo que yo mismo la he enseñado hasta a batirlo!

Por las tardes, una vez extintas las últimas luces del crepúsculo, suspendía sus labores y mandaba abrir las puertas de su casa para sus visitas. A las ocho de la noche era de verse su estrado. El Sr. Jefe Político, grado 33 de la masonería, cerca de algún valiente padrecito que desafiaba los chismes del Notario del Curato y la iracundia del Superior. Un forastero que no perdía la ocasión de conocer de cerca al famoso historiador,

al lado de alguna dama de alto copete. El fabricante de pitiflores y alamares con su saco de holanda hasta la rodilla, blanco de harina, con el greñudo orador de las fiestas cívicas (a medios chiles). Un militar de vistosos entorchados al lado de un sucio y maloliente matancero.

Afectuoso siempre, con la sonrisa pronta en los labios y una chispa de ironía en los ojos, el padre Rivera mantenía en alerta la atención de sus amigos, pendientes de su palabra.

Me aventuré a afirmar en alguna ocasión que si mucho valía como escritor y como orador, mucho más valía como conversador. Causé algún escándalo entre sus ciegos admiradores porque generalmente se ignora que un auténtico conversador es mucho más raro que un auténtico poeta. De éstos los he conocido por docenas: conversadores verdaderos sólo dos en toda mi vida, al padre Rivera y al insigne literato de estupenda cultura Lic. Rafael de Alba.

Las notas llenas de color, de ingenuidad, de gracia y frescura que abundan en sus escritos, adquirían en sus labios una potencia de irresistible fascinación. En ningún hombre ví mejor comprobado el acerto de que el valor de la palabra es inconmensurable con el del renglón escrito y que éste será siempre incapaz de contener la totalidad expresiva de aquélla.

Su sola manera de informar sus ideas era ya una creación. Siempre fué él y ningún otro el que se expresó por su boca. Daba sin reserva cuanto de inédito había en él. La sensación de descanso y bienestar de que se disfrutaba escuchándolo, estribaba en la seguridad de su ilustración, del gran sentido de responsabilidad y

fácil comprobación de cada uno de sus asertos. Inversa en absoluto a la fatiga mental e inquietud que nos causan los charlatanes y pedantes que discurren acerca de temas que apenas conocen.

La fuerza de su palabra se imponía a multitudes de todas clases, lo mismo en el púlpito que en la tribuna. Y en la quietud de su gabinete, ante un reducido grupo de amigos, en vez de aminorar, se acentuaba su fuerza.

Nunca olvidaba dirigir la palabra ni al más humilde de sus visitantes. Para cada uno tenía una buena frase. Su facilidad de adaptación a todas las inteligencias y capacidades hacía recordar a los apóstoles de Cristo haciéndose entender hasta por multitudes de distintas lenguas.

Sorprendía al hombre culto con su gran memoria, citando no sólo nombres, fechas y acontecimientos, sino pasajes completos de algún libro, la página y hasta la línea para su comprobación. Conocía la historia de Lagos desde su fundación. Había conseguido rescatar el libro de Actas del Ayuntamiento medio quemado en un incendio y lo conservaba empastado. En más de una ocasión dejó boquiabierto a algún vecino relatándole acontecimientos ocurridos a sus antepasados que él mismo desconocía.

Del asunto más noble como del más vulgar sacaba partido con los más sabrosos comentarios, anécdotas y chascarrillos ingeniosos de sobriedad y discreción.

Las horas se deslizaban insensiblemente. Pero en cuanto sonaban las diez en la parroquia, todos se ponían de pie y se despedían. Los pasos se alejaban a poco en el silencio de la ciudad ya dormida.

Rememorando con algún paisano amigo aquellas gratas veladas, asistiendo a una reunión donde un pedante gustaba de hacerse oír de sus invitados, nos acordamos del chocolate del Padre Rivera, sin leche, azúcar, canela ni cacao que O nos confeccionaba.

—Pero esto es peor aún —rumoreó a mi oído—. Después de esta conferencia deberían obsequiarnos cuando menos con una cafiaspirina y una limonada caliente.

*
* *

Con todo, es una ligereza hacer hincapié sobre la vida íntima del padre Rivera y celebrar sus candorosidades y exabruptos, como si eso fuera lo único interesante de él. Muchos escritores de buena fe han incurrido en este error, por falta de mejor información, y han contribuído poderosamente en la obra despreciable de los que quisieran con el aliento que de los escritos del padre Rivera no quedaran ni rastros. Poniendo aparte el valor de sus opiniones personales, sus libros son de una riqueza documental de inestimable valor para los cultivadores de la historia de nuestro país.

Ultimos Viajes, Decrepitud, Miseria y Muerte

GUADALAJARA

¡Treinta y siete años de ausencia! Resquemores por rencillas de viejos enemigos. Puntillos de amor propio herido. Pero todo ello sin mermar un ápice su cariño a esa tierra que tiene la virtud de embrujar a cuantos la han habitado, que adora como a sus propios terrones, porque allí discurrieron su juventud y su madurez.

Su viaje a Guadalajara a los 82 años es uno de los triunfos de su senectud. A la estación del ferrocarril ocurren a recibirlo sus discípulos el doctor don Manuel Alvarado, Secretario de la Mitra y el periodista, grado 33 de la masonería, don Félix L. Maldonado, el historiador jaliscience licenciado don Luis Pérez Vardía y el Jefe Político de Guadalajara, don José de Jesús Anaya, sacerdotes y profesionistas connotados, comisiones de la prensa, de los estudiantes y numerosos compañeros y amigos. Estalla un aplauso estruendoso cuando desciende de su carro, a los acentos de una banda.

Sin distinción de credos la prensa tapatía lo saluda. En su honor se organizan festivales que acepta con excepción de una velada solemne en el gran Teatro Degollado que lastimaría su modestia. El gobernador, licenciado don Luis C. Curiel lo sienta a su derecha en la inauguración de una exposición regional.

Visita el Liceo de Varones y numerosas escuelas oficiales donde los alumnos pronuncian arengas que él responde con frases cortadas por la más profunda emoción.

Una de las visitas que más lo impresionan es la de la Biblioteca Pública. Uno de sus salones está adornado, desde mucho tiempo antes, con un retrato suyo. Reconoce el sitio: es el mismo donde estuvo la enfermería del Seminario, donde, encamado, sufrió los días más amargos de su vida de estudiante, amenazado con el tremendo diagnóstico de "aneurisma" que su médico le hizo. Por fortuna la ciencia médica constantemente está coja y el aneurisma se convirtió en "una enfermedad del corazón que consiste en una ligera tos que se me acentúa cuando emito algún razonamiento convincente." Se comprende que de tan grave dolencia lo haya curado, su amanuense en funciones de curandero, con un vasito de pulque de los Llanos de Apam, después de comer.

Escribe un folleto para despedirse de sus amigos de Guadalajara con una cita llena de cálida y tierna emoción: "Chactas, vuelve a tus bosques. . ."

EN LAS FIESTAS DEL CENTENARIO

En 1898 se fundó en Comitán, Chiapas, una sociedad recreativa intitulada "Agustín Rivera y Sanromán" en la que se leían escritos del padre Rivera. El alma de ese centro era el joven abogado don Antonio Rivera G., su entusiasta admirador. En cierta ocasión hizo viaje especial a Lagos, sólo por visitarlo, y allí pudo informarse con algunos vecinos bien enterados, de que el padre Rivera estaba a punto de quedar en la

miseria porque había gastado quince mil pesos (casi todo su capital) en la impresión de sus libros. A la vuelta de dos años, siendo diputado al Congreso de la Unión dicho abogado, compulsó el parecer de los políticos y en seguida gestionó una pensión para el historiador laguense, por los servicios que con sus obras había rendido a su patria. En octubre de 1901 fundó tal petición el famoso tribuno Lic. D. Juan A. Mateos, pronunciando un discurso jacobino, como todos los suyos, y entre aplausos estruendosos, por unanimidad de votos, se le concedió una pensión de 150 pesos mensuales. Hasta los periódicos conservadores, como El Tiempo, aplaudieron calurosamente tal acto de justicia.

Desde ese día el padre Rivera se sintió profundamente obligado con el gobierno de Porfirio Díaz y cuando se le invitó para decir el discurso oficial en la ceremonia más solemne de las fiestas del Centenario de la Independencia de México, no obstante sus años, sus enfermedades y sus achaques, hizo viaje a la capital y cumplió su cometido.

Un viejo blanco de canas y surcado de arrugas, doblegado por 86 años, tenía que desilusionar a los efebos de la corte porfiriana que habrían preferido una tanda en El Principal o un malabarista del circo Orrin a un desmañado orador de pueblo. Cuenta don Federico Gamboa en el libro de sus Lamentaciones, que como se prolongara el discurso del padre Rivera, el presidente Díaz le ordenó se acercara a la tribuna y le diera aviso de cortarlo.

Eso no debe haber sorprendido mucho ni poco al viejo orador.

"Cuando he predicado en las catedrales de Puebla, Guadalajara y México, no me he guiado por el reloj,

sino que he dejado libre el curso de mi pensamiento hasta que me tocan la campana." Y cuenta que predicando en la Basílica de Guadalupe, al son de la campana suspendió su sermón, pero que el oficiante, el Ilmo. Sr. Arzobispo Labastida, le hizo seña de que prosiguiera hablando y así lo hizo hasta terminar su oración.

Esta respuesta se la había dado ya a su más testarudo censor que le criticaba su discurso sobre "Los Hombres Ilustres de Lagos" asegurando que había sido tan largo que numerosos concurrentes abandonaron el teatro de puro aburridos.

—Pierden el tiempo los que van a oírme, si creen que mis discursos son helados con soletas.

—¡Vanidoso y soberbio hasta a los ochenta!

—Por entre los agujeros de tu capa veo tu orgullo. La modestia no es imprudencia ni imbecilidad.

No fué nada extraño por tanto que el padre Rivera, alejado medio siglo en su oscuro retiro, se hubiese olvidado de que en las repúblicas lo mismo que en las cortes se imponen las fórmulas protocolarias, pero tampoco lo fué el que el buen don Federico, creyendo hacer una ironía a costas del viejo sacerdote, se haya exhibido en funciones no muy airosas en la corte porfiriana.

II

A su salida del Seminario había vivido en Guadalajara con su madre y sus hermanos. A su regreso de Europa, poco después del fallecimiento de su madre, vivió solo en casa aparte, atendido por sirvientes. "Los que no tenemos esposa, ni madre, ni hermanas libres,

Dr. Agustín Rivera, Lic. Antonio Rivera G., Lic. Juan A. Mateos, Antonio Rivera de la Torre, en las fiestas del centenario

vivimos en poder de criados. Y aquí los criados son aquellos que no han tenido capacidad para la agricultura, para la zapatería, para la costura, ni para ningún arte, sino solamente para acarrear agua y cocer frijoles o cosas por el estilo. Son unos porros. Tienen una memoria fatal y su frase favorita es "se me olvidó", y una gracia especial para hacer las cosas del peor modo posible. Si yo fuera un filósofo me contentaría con una camilla, una mesa, una silla y un candelero; pero desgraciadamnete soy muy flaco y me gusta tener un criado, tres criadas, los muebles necesarios para la comodidad material; me agradan el orden, el aseo, la economía. Mi biblioteca y mi museo exigen un cuidado diario personal. Además tengo 73 compadres y otros mucho amigos y parientes. Soy muy cumplido en las visitas de pésame, cumpleaños, alumbramiento, prisión y enfermedad. Eso quita mucho tiempo para el estudio. El secreto de mi abundante producción está en que "la gota cava la piedra no con la fuerza sino cayendo sobre ella muchas veces", es decir, en la exacta y cumplida distribución de mi tiempo. Pero todo hombre que procura estas cosas tiene que entenderse diariamente con la larga y enojosa serie de pequeñeces domésticas que me causa vergüenza nombrar."

Acostumbraba dar un festín a sus amigos en el día de su onomástico. Con tal motivo muchas familias desde temprana hora le enviaban suculentos manjares para el medio día. Personalmente seleccionaba su menú y los platillos desechados, inmediatamente los obsequiaba a sus relaciones, dándose el caso de que el platillo que alguna persona le hubiera enviado, la misma lo recibía como regalo poco antes del medio día.

Poco a poco su servidumbre se fué reduciendo hasta llegar sólo a O y después a o.

*
* *

Todavía a los cincuenta y siete años se ufanaba de una excelente salud. "Mi estómago es bastante bueno y no sé todavía cómo es un dolor de cabeza". Más tarde había comenzado a quejarse de enfermedades imaginarias, como la de su corazón, y reales como la de sus ojos y de su estómago. Por temporadas se veía obligado a dictar a su amanuense y a hacerse leer los libros que necesitaba consultar. Pero siempre presumió de un gran vigor físico. A los 81 años, el Jefe Político de Lagos lo visitaba a la una de la mañana en un día de su santo, llevándole música. "Los recibí en mi sala y los estuve obsequiando con copitas hasta las tres de la mañana, hora en que se despidieron y llegaron más amigos con otra música. Cuando tocaron La Golondrina quise brindar, recitando "La Ausencia"; pero no lo hice por temor a que la emoción a que excita la poesía no fuera conveniente, atendidos mi estado y mi salud."

Nada lo ufana tanto como caminar sin bastón, y el simple hecho de que el Rector del Liceo del Padre Guerra le ofrece su brazo al subir la escalera, es motivo suficiente para romper sus relaciones.

Pero ya en 1900 se levanta de su cama hasta las diez "porque el frío de la mañana, de octubre a marzo, me produce dolores reumáticos."

El temporal de lluvias lo recluye en sus habitaciones durante semanas enteras. Y como por la tarde no puede leer, escribir, ni dictar, por lo laborioso de sus diges-

tiones, ha de hacerlo en la misma mañana escribiendo en su cama, valiéndose de una tablilla. En estas tareas lo ayuda Muñoz Moreno que se ha instalado ya con su familia en la casa. La decrepitud se había presentado urgiendo los cuidados y el calor de un hogar. Su veneración por don Pedro Moreno habíase tranferido al único nieto superviviente, el que adopto como hijo. Ora por este motivo, ora por el otro, este señor iba de una parte a la otra del Estado y el padre Rivera lo seguía con sus enfermedades, sus achaques y su pobreza. Hasta que se radicaron en León.

Antes de su partida, se despide de sus amigos regalándoles la mayor parte de los objetos de su museo y colecciones completas de sus obras.

La revolución de Madero en triunfo le suspende su pensión. Es el principio del fin. La moneda se desvaloriza y vienen los horrores de la miseria y el hambre. Sin embargo sigue escribiendo. "Anales de la Vida del Padre Hidalgo" aparecen a la vez en "El Comercio" de León, "Jalisco Libre" de Guadalajara, "El Correo de la Tarde" de Mazatlán y en edicciones especiales en México y en León.

Este folleto sólo es una ampliación a libros anteriormente publicados sobre la historia de México.

Invitado por el cuerpo de profesores de una Escuela Secundaria, en su fiesta de distribución de premios, a los 91 años de edad, enfermo y casi ciego, pronuncia un discurso. "Acepté por mi gran amor a la patria, a las ciencias y a la juventud. Me puse a recordar lo mucho que leí sobre la poesía, y como conservo todavía una memoria bastante feliz, compuse en mi entendimiento un discurso sobre la poesía. Hablé de pie tres cuartos de hora en la tribuna y no dije más

que la mitad de lo que llevaba preparado, por no fatigar al auditorio."

"Su voz era tan vigorosa —dice el Dr. José de Jesús González— que estando yo en la puerta y el gran teatro Doblado totalmente lleno de gente, se le oía con toda claridad."

En dicho discurso hace un elogio consumado de "Los Parias" de Salvador Díaz Mirón, con una salvedad que no debió haber hecho mucha gracia a los dispensadores de pases al Cielo: "Ninguna poesía me agrada tanto, a excepción de algunas frases impías que no apruebo y omito." En efecto, no tomar en serio las tremendas amenazas de Monseñor Orozco y Jiménez fué un verdadero desacato.

Ese discurso se lo dictó a un amigo, y más tarde el Dr. Cayetano Andrade, director del Diario Oficial de Morelia, le ofreció imprimirlo.

"Acepto —le responde —por no tener ya ni un solo peso disponible."

Cuando años antes el gobernador Curiel le ofreciera en Guadalajara la imprenta de la Escuela de Artes para la impresión de sus escritos aceptó, por estricta cortesía, y sólo para algún folleto. Tomaba al pie de la letra el decreto del presidente Díaz que le otorgaba una pensión de $150.00 mensuales "para que pueda continuar sus estudios de historia." Y de tan exígua cantidad deducía lo necesario para seguir imprimiendo sus escritos.

Inspiran, más que desprecio, compasión, los que en la edad provecta vinieron a amargarle sus últimos días.

Todavía en junio de 1919 puede escribir una carta última suplicando a su amigo el Dr. Andrade que "si

para cuando concluya la impresión de mi "Discurso sobre la Poesía", yo hubiere fallecido, le remita los ejemplares a D. Rafael Muñoz Moreno que vive en mi misma casa" . . .

A fines del mes siguiente, cuando iba a cumplir 92 años, piadosamente llegó la muerte.

Post Mortem

Aclaren otros si la actitud de los católicos mexicanos pidiendo libertad de conciencia es grito sincero, arrancado de su corazón por las persecuciones y crímenes odiosos de que fueron víctimas desde el régimen sanguinario de Plutarco Elías Calles hasta el más corrompido e hipócrita de Lázaro Cárdenas, o sólo ha sido *táctica de lucha,* como los comunistas llaman lo que tan cínica y torpemente han imitado de aquellos. Si lo primero es verdad, razón sobrada tuvo Vasconcelos al afirmar que la incapacidad del clero para comprender y para adaptarse a las exigencias del pensamiento moderno, es la causa principal de nuestras más sangrientas luchas intestinas. Y resultaría evidenciado que el padre Rivera superó al clero mexicano, a ese mismo clero que tanto lo deturpó por las ideas que ahora propugna.

El vulgo de los de arriba, la clerigalla, al igual que todas las directivas políticas, sociales o religiosas, se arroga derechos dictatoriales para expedir títulos, diplomas y pases, lo mismo que para quitarles sus etiquetas a los que no juzga dignos de anotar en su credo o en su gremio. Esta conducta explicable y muy justificada cuando ha de ejercerse en la masa que no es capaz de superarse y necesita directores y guías como el rebaño y la manada de cabestros y caponeras, es error inexcusable (y un crimen además que en la historia ha dado tantos mártires) cuando se intenta aplicar a seres que por sus propios esfuerzos han alcanzado la

categoría de personas, con sentido de responsabilidad y conciencia de si mismos para elegir el credo o al ideología que les acomode, sin necesidad de la venia de nadie.

Si algo singular y digno de la mayor admiración hay en la vida del padre Rivera es precisamente su actitud heroica, defendiendo con su palabra, con su pluma y con sus actos, las doctrinas más avanzadas de su tiempo, sin mengua de su credo religioso.

En honor del episcopado mexicano y del de Jalisco en especial, hay que recalcar, que el padre Rivera pudo realizar íntegramente su obra, en gracia a la ecuanimidad de sus superiores jerárquicos que supieron colocarse a la altura de su siglo. Su labor estaba ya terminada cuando a deshora llegó un obispo de Comitán, "la última rana que gritó en el charco", como dijera el padre Feijoo. El representante genuino de las beatas y de los santurrones, como arzobispo de Guadalajara, venía a cumplirles por fin sus santos anhelos. Monseñor Orozco y Jiménez exige al padre Rivera lo que ninguno de sus ilustres antecesores hubiera osado pedirle en su larga vida de sacerdote: "la retractación de sus errores." Sólo que ahora no se encontró con ningún chamula caquetizable.

La respuesta del padre Rivera no se hace esperar: su folleto "Post Mortem" es una de las obras más vigorosas que escribió en toda su vida; algo que sorprende por su claridad y por la fuerza de sus razonamientos en un viejo de 90 años.

*

"Post Mortem", opúsculo destinado a circular, como su nombre lo indica, después del fallecimiento del padre Rivera, fué impreso dos años antes.

De Comitán llegó como arzobispo de Guadalajara don Francisco Orozco y Jiménez, clérigo famoso ya como fanático y levantisco. El Dr. Rivera, fiel observante de sus deberes como sacerdote, solicitó de su nuevo prelado la renovación de las licencias que los anteriores le habían otorgado para residir en León, con las prerrogativas de su ministerio. El nuevo arzobispo le contesta felicitándolo "por la fidelidad de sus sentimientos hacia su nuevo Prelado. . . Pero como en mi antigua lejana diósesis de Chiapas se le tiene a usted como acatólico, supuesto que lo reputan afiliado al liberalismo sectario y nadie puede reputarse católico liberal sin que sea cuando menos sopechoso a la fe, he mandado que haga juramento contra dichos errores. . . Usted hará profesión de fe y el mencionado juramento, tanto para cerciorarme yo de que la profesa en toda su pureza y que por lo mismo injustamente lo cuentan entre los católicos liberales, como para que todos éstos y todos los acatólicos dejen de citar como autoridad su sagrada persona en apoyo de sus errores, precisamente y nada más porque Ud. es sacerdote. . . Después de haber cumplido con estos requisitos podrá seguir disfrutando de sus licencias."

¡Suspenso pues! ¡La gran ilusión de sus enemigos por fin cumplida!

Existían entonces muchos mogigatos que se espantaban de los católico-liberales. Ahora las cosas han cambiado y se les han puesto peor: ha aparecido un tipo de católico al que maldito lo que le importa el visto bueno de un cura. Y su número es ya tan grande que es de temerse que si la Iglesia no sigue haciéndose la inadvertida o se decide a dar un paso en firme hacia adelante, se quede con su exiguo mundo de sacristías.

Y bien el padre Rivera se dijo: ¡estoy suspenso! Y en seguida se puso a escribir con toda calma una carta a su discípulo el canónigo Dr. D. Manuel Alvarado, Secretario de la Mitra de Guadalajara, para que diera a conocer su respuesta al arzobispo. Es esta carta, la que luego manda imprimir con el título de "Post Mortem".

Como buen sastre conoce el paño, y sabe curarse en salud a tiempo. Con esta carta le quitó la última esperanza a los fariseos que como en festín de zopilotes, rodean el lecho de los moribundos para arrancarles confesiones y retractaciones ridículas, en los momentos solemnes en que una personalidad se desintegra y que todo hombre honesto respeta.

No me extraña la conducta del Sr. Orozco porque soy viejo y conozco a los hombres. El Sr. Orozco ha hecho un nudo que a un cura de Tierra Caliente le habría parecido el nudo gordiano, y el Sr. Orozco habría mandado ahorcar al cura. Respecto de mí hay alguna diferencia. En mi humilde juicio es muy fácil desatar ese nudo, porque la más sencilla jurisprudencia enseña que no hay obligación de obedecer al superior cuando manda alguna cosa contra el honor. La Suspensión es deshonra para un sacerdote. Por tanto para ser suspendido debe tenerse algún motivo grave. El motivo ha sido la opinión individual que es muy falible y tiene que serlo la del Sr. Orozco.

Pío IX reprobó y condenó los principios proclamados por la Revolución Francesa y León XIII no sólo aprobó sino encomió la Constitución Política de los Estados Unidos que contiene los mismos principios.

Hidalgo fué excomulgado por todos los obispos y cuando entró a Guadalajara, el Venerable Cabildo de

la Catedral salió a recibirlo, el Dean le dió el agua bendita, se entonó el Te Deum a toda orquesta, se le colocó en sitio de honor bajo palio, y el cura Hidalgo, vistiendo su uniforme de Generalísimo, el sombrero de empanada bajo el brazo, correspondiendo a tantas gentilezas, dijo: "Aquí tienen ustedes al hereje."

La inmensa mayoría de los conservadores de buena capacidad intelecutal e imparciales me han tenido como católico, apostólico, romano. Los Ilmos. y Rvmos. señores arzobispos antecesores del Sr. Orozco no me han juzgado sospechoso de la fe; pero el Sr. Orozco cree que su juicio individual vale más que el de aquellos sabios y prudentes prelados.

Muchos fingen escandalizarse con mis escritos, no obrando por ignorancia sino por pasiones políticas contrarias a las mías. La Teología Católica llama eso *scandallum pharisaicum*. ¿Y qué me importa a mí el escándalo farisaico de algunos de Guadalajara, de México y de toda la República?

Cuando fué arzobispo de Guadalajara el Ilmo. Sr. D. Jacinto López hubo en Comitán un disturbio, con motivo de la lectura de mis libros. El cura dijo a las señoras y señoritas que no los leyeran porque estaban prohibidos, los señores les dijeron que no estaban prohibidos y los siguieran leyendo. Entonces un vecino ilustrado, para poner fin a la disputa, escribió una carta consultando al Sr. López de Guadalajara, quien le contestó: "ninguno de los escritos del Sr. D. Agustín Rivera está prohibido."

Esta respuesta se publicó sin intervención mía en periódicos de todo el país. Advirtiendo que en ese tiempo ya estaba publicado mi opúsculo "Juicio Crítico del librillo intitulado *El Liberalismo es Pecado*, del

presbítero español Sardá y Salvani." Que ese opúsculo se lo remití al Sr. arzobispo López y más tarde a su sucesor el Sr. arzobispo Ortiz, sin que ninguno lo prohibiera.

¿Quiénes son, pues, los que en Chiapas me tienen por acatólico? Las beatas y los clérigos y seglares de poca capacidad. Este es el escándalo que en la Teología Católica se llama *scandallum pusillorum,* escándalo de los ignorantes. ¿Y qué me importan a mí los *pusilli* de Comitán, de Cotija y de toda la República?

Hidalgo, declarado hereje por la Inquisición y todos los obispos de México, después de la consumación de la Independencia ha sido celebrado en los mismos templos como católico y como héroe.

Y éste es sólo un ejemplo entre miles de los daños que la pasión política hace a la Religión.

En 65 años he escrito e impreso más de ciento treinta composiciones, de las que unas son libros, otras folletos y otras hojas sueltas. Yo no me retracto de ninguno de mis escritos, ni me retractaré a la hora de mi muerte, porque el Concilio de Trento manda a todo católico que se confiese y arrepienta de todo aquello que, después de diligente examen, tenga conciencia de que es pecado mortal, y yo después, de meditar largos años en mis escritos, tengo conciencia de que en ninguno de ellos he ofendido a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. En otras circunstancias escribiría un libro en que analizaría todos mis escritos; pero a los 89 años, enfermo, pobre y achacoso, me es imposible hacerlo.

Además de mis prelados muchos señores obispos mexicanos me han tratado siempre como católico, apostólico, romano, honrándome con sus afectuosas rela-

ciones. Me visitaron en mi pobre casa los Ilustrísimos y Reverendísimos Sres. Munguía, Barajas, Loza, Jacinto López, Herculano López, José de Jesús Ortiz, Fray José María de Jesús Portugal, José María Armas, Ignacio Suárez Peredo, Fray Ramón Moreno, los dos Guerras y Agustín Torres. El Sr. Munguía me invitó a pasarme a su Diócesis de Michoacán y me rehusé; el Sr. Suárez Peredo me instó a ocupar el puesto de Vicario General en su diócesis y me rehusé; el Ilmo. Sr. Labastida me invitó a pasarme al arzobispado de México y me rehusé, el Ilmo. Sr. Camacho me instó repetidas veces a oponerme a una canongía en Querétaro, asegurándome el éxito y me rehusé. El Ilmo. Sr. Sollano me distinguió con su amistad, antes de nuestra polémica.

Cuando el Sr. Arzobispo don Pedro Loza, mi prelado, me visitó en Lagos; por ser día de mi santo mi casa estaba llena de amigos liberales y conservadores.

Me distinguieron con sus elogios acerca de mis libros los Ilmos. Sres. Carrillo y Ancona y Atenógenes Silva, etc.

Pero para el Sr. Orozco soy sospechoso en cuanto a la fe. La opinión individual del Sr. Orozco no me sorprende ni me enoja, me hace sonreír.

Soy católico, apostólico, romano. No me retracto de ninguno de mis escritos públicos. Pobre ha sido mi carrera de escritor público, durante más de medio siglo; pero aunque pobre no quiero cerrarla de una manera infame. Si el Sr. Orozco insiste en negarme sus licencias si no hago la profesión de fe y el juramento en el sentido que quiere, me quedaré suspenso toda mi vida, y si a la hora de mi muerte no se me quiere dar los Sacramentos, moriré sin Sacramentos, pe-

ro con la conciencia de ser católico, apostólico, romano.

*
* *

Murió a su hora. Su misión estaba terminada. Poco después de su fallecimiento la grey católica de toda la república y de una manera muy especial la gobernada por Monseñor Orozco y Jiménez, pidió al gobierno en clamorosos ocursos, en nombre de los principales liberales consignados en la Constitución, ¡libertad de conciencia!

Final

No se juzgará atinadamente la vida y la obra del padre Rivera si no se les coloca con absoluta precisión en su medio y momento. Representan uno de los polos de México, de la consumación de la Independencia al triunfo de la Reforma. Este buen soldado jamás desamparó el sitio en que el destino lo puso. Estuvo siempre con los que creían en el *progreso*, en la *ilustración* y en la *ciencia;* con los que esperaban que rompiendo viejos moldes se renovaran y prosperaran los pueblos.

El tema fundamental de su vida aparece en toda su grandeza con su muerte, en la decrepitud y en la miseria. Sus polémicas sólo son motivos accesorios y variaciones que le sirven para dar mayor realce al fundamental.

La crisis provocada por la revisión de valores que ahora padecemos, imposibilitará seguramente a muchos para comprender con acierto el mérito de este esforzado sacerdote, entusiasta defensor de las libertades humanas. Quienes han sufrido el desencanto de ver sus ideales de democracia rotos en mil pedazos, por la realización de una serie de estultocracias; los que son testigos de la deshonestidad general de los mandatarios del mundo, los que con un concepto nuevo y más exacto de la libertad saben que es una ilusión el pretender convertir masas de ilotas en masas de hombres libres, que la libertad es privilegio y carga que poquísimos hombres

son capaces de soportar y que esta libertad no necesita teorizantes, apóstoles ni defensores, porque contra ella nada pueden ni las fuerzas del cielo y del infierno juntas, vendrán a cuenta de que aquella magna labor implica esfuerzos que no corresponden a lo exiguo de sus resultados.

Pero es ocioso entretenerse en examen de doctrinas. No son éstas sino el hombre lo que aquí interesa. Y es inconcuso que el padre Rivera, obedeciendo los impulsos más generosos de su espíritu y los ideales más levantados de su tiempo, sacrificó su brillante carrera, un porvenir lleno de halagadoras promesas, de comodidades, de honores y de glorias y su capital que, aunque modesto, le habría deparado una senectud sin zozobra ni miseria.

MEMOR

La poderosa División del Norte había sido destrozada en las planicies de Celaya. Veníamos derrotados.

Nuestros trenes se detuvieron en la estación de León y nos bajamos a almorzar.

Yo dije:

—Aprovecharé la ocasión de visitar al padre Rivera.

Alguien me oyó. Fuimos entonces más de una docena los que de pronto irrumpimos en su quieta mansión de la calle del Oratorio.

Nos recibió con su cortesía habitual, si bien con la inquietud consiguiente del que ve invadido su callado hogar por una turba de facinerosos.

Me veía, me reveía y no podía creerlo.

Doblegado, en sus labios ya no quedaban ni briznas de optimismo, de sus ojos habían desaparecido sus chispas luminosos y una larga pena había roto dolorosamente sus líneas. Era sólo su sombra.

La visita fué muy breve. Nos despedimos.

Trabajosamente se incorporó sobre sus piernas temblorosas y vacilantes. Me dió un abrazo y me dijo con voz velada:

—¡Hasta la eternidad, señor sobrino!

Indice

	Pág.
Prólogo	5
Capuchinas	11
Fiesta de inauguración	27
Años de Seminario	33
El Liceo del Padre Guerra	47
Viaje a Europa	55
Polémica con un obispo	71
Viajes a Chicomoztoc y al Sombrero	87
Censura Eclesiástica	99
Hombre de letras	111
Polémica con el Doctor de la Rosa	123
Oradores gerundios y frailes relajados	143
Polemistas y Libelistas	153
Ultimos viajes, decrepitud, miseria y muerte	171
Post Mortem	183
Final	193

En las Mismas Ediciones

COMPENDIO DE HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, por Ernesto Merimee. Traducción, con un apéndice sobre la Literatura Mexicana, de Francisco J. de Gamoneda $ 4.00

CLASICOS - ROMANTICOS - MODERNOS. Estudios de Literatura, por Ermilo Abreu Gómez. 2.50

EN PRO DEL CASTICISMO. Estudios de Lenguaje y Literatura, por Manuel G. Revilla 5.00

JUAN RUIZ ALARCON, bibliografía crítica, por E. Abreu Gómez 2.50

HISTORIA DE LA LITERATURA MEXICANA, por Julio Jiménez Rueda. Profesor de la Universidad de México. Segunda edición puesta al día y aumentada con buen número de notas bibliográficas 4.50

ANTOLOGIA DE LA PROSA EN MEXICO, por Julio Jiménez Rueda, 2a. edición 3.75

ABRIRSE PASO, por Orison Swett Marden. Traducida por Rafael Téllez Girón 2.00

GUIA PARA UN CURSO DE BOTANICA en las Escuelas Secundarias, Normales y Preparatorias, por Maximino Martínez 3.75

CATALOGO DE NOMBRES VULGARES Y CIENTIFICOS DE PLANTAS MEXICANAS, por Maximino Martínez 10.00

PLANTAS MEDICINALES DE MEXICO, por el Prof. Maximino Martínez, 2a. edición 12.50

GUIA PARA UN CURSO DE ZOOLOGIA en las Escuelas Secundarias, Normales y Preparatorias, por el Prof. Maximino Martínez 4.00

COMPARACIONES DE LA MATERIA MEDICA HOMEOPATICA, por Williard Ide Pierce. Versión española del Dr. Miguel Pozo 2.50

CURSO TEORICO PRACTICO DE LENGUA ESPAÑOLA, por Ignacio Loureda 1.50

ELEMENTOS DE POLICIA CIENTIFICA, por Carlos Roumagnac. Obra de Texto en la Escuela Científica de Policía de México 4.50

HORTICULTURA MODERNA, por Carlos Gajón Sánchez 2.00

NUEVO TRATADO PRACTICO PARA LA EXPLOTACION LUCRATIVA DE LAS GALLINAS por M. Robert 2.50

PLANTAS UTILES DE MEXICO, por Maximino Martínez, 2a. edición 10.00

APUNTES DE MEDICINA LEGAL, por el Dr. Gustavo A. Rodríguez 4.50

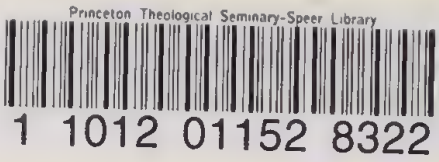
TRATADO ELEMENTAL DE BIOLOGIA, por I. Ochoterena 8.00

EDICIONES BOTAS

Apartado núm. 941. México, D. F. Bolivar 9.

El catálogo de estas EDICIONES se envía gratis a quien lo solicite.

8723 BB 503
1-08-97 32180 FS


Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01152 8322